URUGUAY, VIERNES 14 DE ABRIL DE 1972.

GRIECO-ROVIRA

MENCION TESTIMONIO

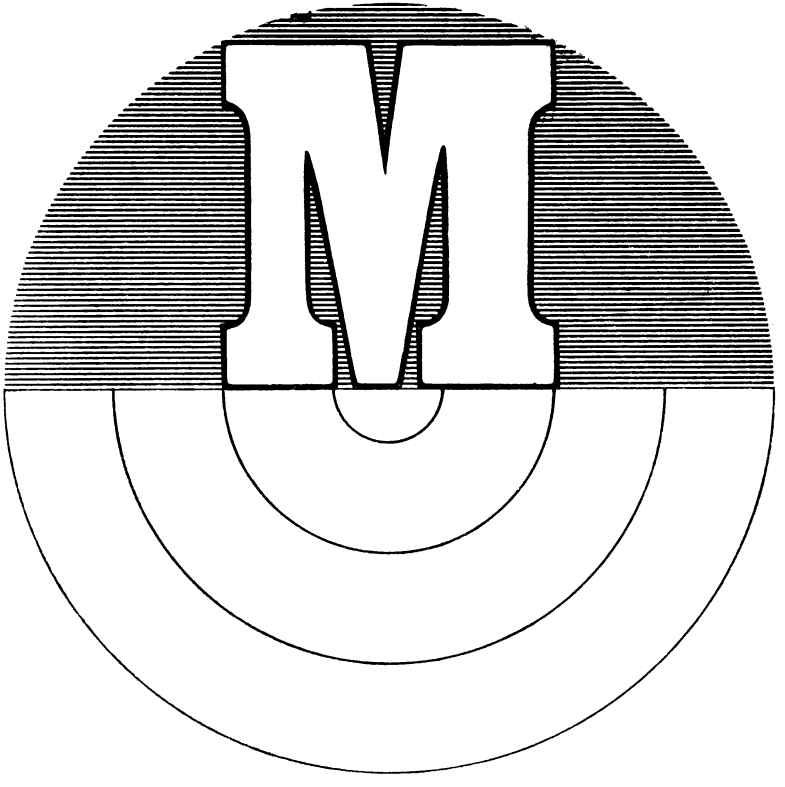
COLECCION PREMIO

CASA DE LAS AMERICAS 1973

Uruguay, viernes 14 de abril de 1972, del matrimonio Grieco-Rovira, mereció la primera mención en el género Testimonio del Premio Casa de las Américas 1973. La obra constituye un documento de gran calidad humana destinado a denunciar el estado de represión prevaleciente en el Uruguay. Los autores relatan en este libro, con redoblado vigor y en forma descarnada y directa, las circunstancias de la muerte de su hijo y varios de sus compañeros, y revela, a partir de sus experiencias personales, las características del decadente sistema carcelario uruguayo.

La vinculación de esta obra de hijo y padres como actores de un episodio histórico, otorga una fuerza adicional al relato y hace útil su conocimiento a toda la América Latina. Mediante la evocación de las virtudes de su hijo, los autores enuncian a lo largo de su dramático testimonio los valores e ideales revolucionarios de la juventud, el sentido de su lucha para tratar de sacar al Uruguay de una situación socioeconómica límite y transformarlo en una patria para todos.

uruguay,
viernes 14 de
abril de 1972.



uruguay, viernes 14 de abril de 1972.

GRIECO-ROVIRA

MENCION TESTIMONIO

COLECCION PREMIO

CASA DE LAS AMERICAS 1973

Casa de las Américas,
3ra. y G, Vedado,
La Habana, Cuba.
Primera edición, junio de 1973.
Diseño de Umberto Peña.

Se precisan niños para amanecer

DANIEL VIGLIETTI

Para Horacio-Marcos-Rodolfo-Gabriel.
A todos los que luchan, que son los mejores

Este libro es una necesidad, es nuestra necesidad de que se conozca a qué grados de injusticia y crimen llega un régimen para mantener los privilegios de los poderosos.

Lo escribimos entre los dos, lo pensamos y lo vivimos entre los dos.

Lo concebimos con amor y lágrimas, como un nuevo hijo.

Este libro es otro hijo, el hermano que Horacio nos pidió tanto cuando era chico. Si se lo hubiéramos dado entonces, lo más seguro es que hoy estaría muerto como él. Porque los asesinos entraron a matar a todos.

Este hijo que nace hoy, vive. Es el hermano vivo de Horacio, que toma su puesto de lucha.

Vive y lucha por él, con él.

Sus padres.

Realmente me llamó la atención. Nunca había visto la calle tan desierta. Como un relámpago recordé aquella escena de *A la hora señalada.* No tuve tiempo para más. Carlos maniobró para arrimar la camioneta a la vereda. Aquello fue infernal. Veinte, treinta policías fuertemente armados salieron de nuestra casa y nos cercaron.

—¡Llegaste, hijo de puta! Bajen, bajen.

—¿Qué es esto? Esta es mi casa —dijo Carlos, levantando las manos.

Veinte caños de metralleta nos respondían.

Un golpe me tiró la cartera, con los cuadernos y la túnica. Otro golpe me tiró boca abajo contra el césped del jardín.

—Mi hijo, ¿dónde está mi hijo?

—Callate, yegua. Hoy nos mataron cuatro. —Sentí el caño frío contra la sien.

—¿Qué pasa con mi hijo? —grité. La sucia bota me pisaba la cabeza para que no la levantara. Se me salieron los lentes.

—Mis lentes, señor.

—Aquí están —y los deshizo con sus botas. Sentía el pasto en la boca, en la nariz. Alcancé a ver las duras patadas que le daban a Carlos. Él no decía nada. ¡Qué sufrido, cómo aguanta! Yo gritaba y gritaba.

—No puedo respirar. ¿Mi hijo dónde está?

—¡Callate, hija de puta! Che, vamos a esposarlos a la espalda. Tiralo a él también.

Carlos cayó boca abajo, a mi lado. Un golpe en la cabeza lo hacía sangrar. No vi más. Nos cubrieron la cara con los grandes almohadones de la hamaca, que ellos apretaban con sus botas. El caño frío seguía en la sien.

—¡Quedate quieta, que se me va a escapar un tiro!

Una voz sin color, monótona, repetía: «Local Pérez Gomar 4392, captura de camioneta Indio, matrícula 116-129, y dos sediciosos, un hombre y una mujer.»

No me dieron las fuerzas, las muñecas esposadas a la espalda me abatieron. Sentí que no podía protestar más. De pronto una voz imponente, acerada, gritó:

—¡Cierren las persianas! Avisen a esos de enfrente. Que todos los vecinos cierren. Nadie debe mirar nada.

De golpe nos levantaron; cubriendo nuestras cabezas con sacos, nos encapucharon.

—Los llevamos en ese vehículo militar, che.

—¡Vamos, vamos, caminen! —y nos arrastraron y nos subieron en vilo al vehículo.

Arrancó a gran velocidad, con la sirena abierta.

Era ensordecedor, y el hombre me apretaba la capucha al cuello. Me faltaba el aire.

—¡Por favor, señor, no puedo respirar!

—Quedate quieta, que te podés caer. Si te caés, te vas a lastimar —me decía riendo burlonamente, mientras me

apretaba más. Yo no podía pensar nada, no protesté. Estaba vacía, casi sin sentido. ¡Y ese ruido terrible de la sirena, las frenadas bruscas con brutales puteadas, y la gran velocidad bamboleante!

Finalmente nos detuvimos y en vilo me bajaron. El hombre seguía apretándome la capucha al cuello. No sabía dónde estaba. Suponía que Carlos también había sido llevado, pero no lo sabía. A empujones me hacían subir escaleras, dar vueltas, luego bajar, volver a subir. Todo entre empujones, gritos e insultos. Una voz de mujer rugió de golpe:

—¡La trajiste viva, a esta yegua! ¿Por qué no la reventaste? ¡Hoy nos mataron a cuatro, hija de puta!

Pareció que tomábamos un ascensor. No sé, estaba muy aturdida. Llegamos a un lugar donde nos pusieron contra la pared. Me sacaron la capucha y pude ver que Carlos estaba también.

—Mire la pared. No se dé vuelta —ordenó alguien.

Oía que a Carlos le preguntaban los datos, nombre, domicilio, cédula.

—No la tengo, me robaron la billetera recién.

—No importa. ¿Recuerda el número? Bien, ya está. Che, llevalo a curar y después ponelo en la 72.

Me di vuelta. Nos miramos transidos de dolor. «Chau Filo», «Chau viejo».

—Pase, señora. Nombre, edad, domicilio, documentos.

—No los tengo, me los sacaron ellos.

—¿Recuerda el número?

En la boleta que estaba escribiendo puso: En averiguación.

—Señor —le dije—, ¿puedo hablar por teléfono? Es para avisarles a mis hermanos, para que mi madre no se asuste. Es una señora de edad, esto le va a hacer mucho daño.

—No se preocupe, ya le van a avisar. Che, llevala a la 4.

—Venga, señora, esta es su celda. Si necesita algo, toque este timbre.

De golpe la puerta de hierro quedó cerrada. Sola, ahí adentro, en la estrecha celda oscura. Una ventanita enrejada y alta apenas dejaba pasar una luz gris, casi negra. La cama tenía un sucio colchón, lustroso de mugre, igual que la almohada. Me senté con asco y me vi las rodillas y tobillos lastimados. ¿Cómo no me había dado cuenta? Ni dolor sentí.

¿Qué era esto? ¿Qué habría sucedido en casa? Yo tirada sobre este sucio colchón, y Carlos, ¿cómo estaría?, y Horacio, ¿dónde estaba?

Le había preguntado al señor que me tomó los datos y no sabía nada. Pero seguramente estaría también detenido. Por aquí cerca podría estar. Pero, ¿dónde?

Horacio, ¿qué pasó? ¡Si pudiera entender esto! Pero tiene que aclararse pronto, seguramente ahora nos interrogarán y se aclarará todo este error. Esta noche, tal vez mañana, estaremos en casa y habrá pasado esta pesadilla.

Tenía frío, estaba tan confundida, las ideas se me mezclaban. Me acurruqué en el sucio colchón. Ya no pensaba. Era una cosa más de esa oscura celda, pared, reja, puerta de hierro. ¿Cuánto tiempo así? No sé.

Un fuerte ruido me sobresalta. Se abre la ventanita de la puerta. Me vuelvo de golpe hacia esa luz.

—¿Va a comer?

—¿Qué?

—¿Va a comer?

—No sé.

Un golpe seco cierra la luz que entraba. Otra vez la soledad oscura. Yo era un bichito perdido, un débil bichito acurrucado.

¿Dónde está Horacio? Si pudiera saber, explicar algo. Tal vez lo están interrogando ahora. Y ¿si lo torturan? ¡No, por favor! Es casi un niño. ¡Déjenlo, cobardes!

Vuelve a abrirse la luz de la ventanita.

—Tome su plato.

—No hay luz. Aquí está oscuro.

—¡Qué me importa! Tome el plato.

Cerró la ventana. Dejé el plato en el suelo. Había visto unos grandes fideos engrudados. No podía probar nada. Estaba cerrada a todo. Devolví el plato intacto. Me tiré nuevamente en el colchón.

Un ruido ensordecedor de voces y golpes llegaba a través de la ventanita de rejas. ¿De dónde venía? Traté de ver. Sólo un pozo de aire, rodeado de ventanas por los cuatro costados. Enfrente a mi celda eran ventanas grandes, como de grandes habitaciones. ¿Ahí se torturaría? Parecía que el ruido venía de ahí. Por los otros costados eran ventanitas chicas, con tejido y rejas como la mía. Todas celdas. ¿Dónde estarían Carlos y Horacio?

Caí en un sopor que me oscurecía. Eran ruidos terribles, a veces música muy fuerte; otras, gritos y aplausos de aprobación; otras, quejidos y lamentos. Una voz cargada de odio gritó:

—¿Qué ideales, qué ideales? ¡Veinticinco años tirados a la calle!

Sin duda estaban torturando, ¿o me estaban torturando con una grabación? No podía saberlo con certeza. Imaginaba cosas horrorosas. Veía a Horacio en manos de esos monstruos, que reían mientras lo picaneaban. Lo veía desmayado, sin sentido, y esas bestias burlándose: «¿Por qué te metiste en esto, chiquilín? ¿Ves qué bravo es? ¡Creías que era todo heroísmo! ¡Cómo te duele! ¿No aguantás más, eh? ¡Pero acá no está tu mamá! ¡Jodete, botija!»[1]

—¡Yo quiero ir con mi mamá! ¡Yo quiero ir con mi mamá! —pasó frente a mi celda esta voz chillona. ¿Qué era? ¿Una burla, o un indicio de lo que estaría pasando con Horacio?

Pedí para ir al baño. En el corredor miré mi reloj. Las tres de la mañana. Vuelvo a la celda.

—Gracias, señorita —digo a la policía femenina.

Como respuesta, un fuerte portazo y la estridencia del cerrojo. Otra vez sola en la oscuridad, vacía, confundida. La fuerte mezcla de gritos, órdenes, risas, gemidos, música, se metía por mi ventana enrejada. Me asomé. No veía más que las grandes ventanas de enfrente, iluminadas. De ahí venían los ruidos. ¿Era una grabación, o era terrible realidad de torturas? Me pareció oír quejidos de alguien muy joven. ¿Horacio? ¡No, no, por favor!

¡Qué seres tan deformados son los torturadores! ¿Cómo puede un hombre llegar a ser tan abyecto, tan sádico? Yo había leído algo sobre torturas. Cuesta creer, siempre nos parece que exageran. Pero acá estaban estos lamentos, lle-

[1] Muchacho.

nando las horas de la madrugada. Y los aplausos, y las carcajadas, y los gritos: «¡Bueno, basta, dejalo! ¡Agua, agua!» Y el ruido de baldazos volcados, ¿sobre un cuerpo flagelado?, ¿en el piso, para lavar la sangre? Quería dormir, no oír, olvidar todo. Ya mañana me interrogarían y se aclararía todo. Me ovillé con la chaqueta sobre los pies. Tenía frío, estaba desabrigada. Quedé así, ¿cuánto tiempo? ¿Minutos, horas?

Violentamente abren la puerta. Salto de la cama. Me encandila la luz del corredor. Un mocetón fornido, de buzo[2] rompeviento blanco, rostro y aspecto de capanga,[3] con planilla en mano:

—¿Señora Filomena Grieco de Rovira?

—Sí, señor.

Cerró violentamente, de un portazo de hierro. ¿Qué era? ¿Para qué esto? ¿Sólo para molestar, o me llamarían para interrogarme?

Oía entrecortadas trasmisiones de la radio policial. Alcancé a oír: «Almiratti.» Presté atención. No entendí más. Después me pareció el informativo de radio Montecarlo. No podía entender nada coherentemente. Algo así como «estado de guerra», «sesión de la Asamblea General». ¿De qué se trataba? No podía entender nada.

Se hace de día. Distingo el color celeste sucio de las paredes de la celda. Veo algunas escrituras. No alcanzo a descifrarlas. Me faltan los lentes y no hay luz suficiente. Otra policía abre la puerta.

—Salga, señora, van a limpiar el piso.

[2] Suéter de cuello alto.

[3] Matón.

—¿No sabe dónde está mi hijo? ¿Cuándo me van a interrogar? No sé por qué estoy aquí.

—¡Y por algo estará! Yo no puedo contestarle eso. Estoy para atender a las detenidas, hacerlas pasar al baño y nada más.

Ya limpiaron y cerraron la puerta. Otra vez la incertidumbre. ¿A quién protestar?

¿Qué pasaría en casa de mamá? Todas las noches, ella esperaba mi llamado a las diez o diez y media. ¿Habrá llamado? Al advertir que no contestaba, ¿habrá pensado que el teléfono estaba descompuesto? ¡Es tan común eso!

Las diez de la mañana. ¡Qué despacio pasa el tiempo! ¿Me llamarán ahora? Del corredor me llegan voces y risas.

—¿Cuántos liquidaron?

—Llevamos ocho, y cantidad de detenidos.

—¡Fenómeno, así se hace! Te felicito.

—No se puede tener consideración con estos. ¡Hay que liquidarlos a todos!

—¡Se les va a terminar la joda!

—Che, la de la 12 pide *Valium*. Dice que está enferma.

—¡Que reviente! Si a vos te agarra la orga,[4] ¡te van a dar *Valium!* ¡Que reviente!

Yo me acordaba que los secuestrados liberados siempre declararon que los habían tratado bien, dándoles los medicamentos y la atención médica que pedían.

Hacía poco, en una entrevista con Cristina Morán, el periodista Fariña (redactor responsable de *Acción*) había dicho que lo atendió un excelente médico, que le hablaba de tal modo que le levantó el ánimo. Lo mismo dijeron el emba-

[4] La «Organización», o sea, el MLN.

jador inglés y el experto agrario norteamericano. A este lo atendieron tan bien, que lo llevaron al Sanatorio Británico acompañado por un cardiólogo que habían secuestrado para que lo atendiera.

¿Y ahora aquí decían esto? No estarán bien informados, o no habrán visto los reportajes en televisión. ¿Querían demostrar odio a los tupamaros? ¿Los odiaban? ¿Les ordenaban odiarlos? Al fin, ellos, policías, eran hombres, seres humanos también explotados, y defendían los intereses de los poderosos, culpables de todas las injusticias. ¿Por qué habrían de estar de parte de los explotadores y no del pueblo que integraban?

Era sábado, sábado 15 de abril. A esta hora, en casa, estaría preparando la *pizza* de los sábados. Carlos habría ido a trabajar. Hoy llegaría más tarde. Horacio me traería el pan y la *muzzarela* de lo de Devoto.

Pero no, estaba aquí. Hoy no habría la clásica *pizza* de los sábados, que tanto les gustaba.

Sentí unos golpes en la pared. Alguien quería saber si yo respondía. Golpeé también. Por unos instantes nos comunicamos así. Precaria comunicación. Al lado, otro ser humano, tal vez triste, sin saber por qué estaba allí, buscaba mi respuesta. Yo también estaba triste, con incertidumbre. Eso nos hermanaba.

Había más luz. Por reflejo llegaba de la pared de enfrente, a través de la ventanita enrejada. Traté de descifrar las escrituras de las paredes. Mensajes anónimos de otros detenidos que aquí habían estado, quién sabe cuándo: «¡Fuerza, carajo!» «Afuera luchan los compañeros», «Por la tierra y con Sendic», «Luchar con alegría, morir con alegría»,

Marighela. «A luchar juntos FARO, OPR-33, MLN.» «Policía, no mates tus hermanos, vos también sos pueblo.» Y una poesía:

Chau Uruguay, agua y arena,
y unas ganas enormes
de pasear un día, por tus calles llenas de sol,
cuando hagamos justicia, y haya patria para todos.

Y la infaltable: «Habrá patria para todos, o no habrá patria para nadie.»

La una de la tarde. Por la ventanita me alcanzan un plato de aluminio con un ensopado, engrudado, grasoso. Traté de probarlo. Imposible. Quemaba la garganta. ¡Cuánta sal! Dos, tres cucharadas. No pude seguir. No importa. No tenía ganas de comer.

Pedí para ir al baño y tomé agua en el hueco de mi mano. De día pude ver el baño con atención. Dos waters (uno clausurado) mugrientos, olor fétido, piso mojado. Realmente repugnante.

Pregunté si me interrogarían pronto. Me dijeron que ya se me avisaría.

Traté de tranquilizarme. Me tiré en la cama. Tal vez me dormí. No sé. Tantos pensamientos se me enredaban. En casa sabrían algo. Sin duda, en cuanto se enteraran, Donato pediría que se nos interrogara y se nos pasara al juez, así nos liberaba. Seguro aquello que yo no sabía bien qué era, que se llamaba *habeas corpus.* Al no haber motivo de detención, ya nos liberarían. No podía ser de otra manera. Esto terminaría pronto. Donato es abogado y esto lo entiende bien.

El ruido seco del motor de un helicóptero, sobrevolando la jefatura y sus alrededores, era prueba de la tensión que se estaba viviendo. En realidad, ¿qué había pasado? Sin duda algo muy grave. Todo estaría muy convulsionado. Pero estas gruesas paredes, puertas de hierro y ventanas enrejadas, me aislaban del exterior. Aquí adentro era la incomunicación y la soledad. Pero también tensión alimentada por una incesante, desatada imaginación. Trataba de reconstruir escenas del día anterior, con lo que presuntamente nos sucedería en los momentos próximos.

El helicóptero pasaba y volvía a pasar, lastimándome con su ruido áspero.

Traté de concentrarme. ¿Qué había pasado ayer en casa? No lo sabía. Excepto el atropello de nuestra detención, lo demás, anterior o posterior, lo ignoraba. De mañana todo había sido normal. Carlos fue al trabajo. Horacio se levantó a estudiar. Preparaba su próximo examen de filosofía, el último para ingresar a la Facultad, en la que ya se había inscrito. A eso de las diez llegó Rodolfo para repasar juntos. Me hizo los mandados de rigor, pan, fruta, mientras yo preparaba el almuerzo. Ellos leían los diarios y *Marcha,* haciendo comentarios sobre los mismos. Me bañé, preparé mi almuerzo temprano para ir a la escuela. Ellos comerían después, pues querían repasar algunas bolillas. Puse la radio para oír el informativo y después la audición de Heber. Pasaron noticias que conmovían la ciudad. Los tupamaros atentaron contra coches policiales, matando a dos integrantes en Rivera y Ponce. También en Las Piedras mataron a un oficial de la marina y en el Cordón atentaron contra el coche del ex subsecretario del Interior, hiriéndolo de gravedad.

Realmente era impactante. Quedamos sin habla.

—¡Qué barbaridad! ¡Qué época estamos viviendo! —dije.

Recuerdo las frases de Horacio, cargadas de entusiasmo juvenil:

—¡Qué semana para América Latina! El lunes, Salustro; el miércoles, la fuga de los tupas; y hoy, esto.

—¡Ah!, si pudiera estar tan entusiasmada como tú. Lo veo todo tan complejo, tan difícil.

—No lo dudes, vieja, ¡la liberación de América no la para nadie!

Yo había almorzado. Ellos tomaban mate en su cuarto. René llamó por teléfono avisando que pasaría a buscarme en la *Grumett* para ir a la escuela, pues el tiempo estaba feo. Carlos llegó pasadas las doce y media. Apenas cruzamos palabras. Dijo que la calle estaba muy patrullada, que algo grave pasaría. Frente a Arquitectura había grupos haciendo peajes y gran despliegue policial. Horacio no cabía en sí de entusiasmo.

—¡Ah, m'hijo!, acordate de la canción de Viglietti: «papel contra balas, no puede servir». ¡Por favor, no te entusiasmes tanto!

La bocina de la *Grumett* me reclamaba. El cobrador de Huracán Buceo llegó y Carlos salió a atenderlo.

—Chau, Horacio. Si se queda tu amigo a comer, ya sabés cómo ordenar el almuerzo. Dejé todo pronto. A la torta me olvidé de ponerle azúcar. No importa, la rellenás con dulce de leche. Hasta luego, m'hijo. Estudien bastante.

La una menos veinte. La escuela está a pocas cuadras, llegaríamos a tiempo para atender la entrada de los niños.

En los escasos minutos previos a la entrada a los salones se hacían comentarios nerviosos y confusos sobre los hechos

de la mañana. Todos estábamos llenos de asombro y confusión.

Pasamos a los salones con nuestros alumnos. Lo más maravilloso que tiene la labor docente es que absorbe de tal modo, que dentro del aula no se es más que la maestra, que es todo para sus niños, a la vez que éstos lo son todo para ella. Su vida familiar, social, pasa a un segundo o tercer plano. Durante las horas de clase la olvida, aunque haya tenido serios problemas. Además, estos chiquitos de primer año, con los cuales empezaba una experiencia controlada sobre rendimiento, me tenían absorbida: por la experiencia en sí, y por la afectividad que había establecido con ellos. ¡Son tan dulces y espontáneamente expresivos! Nada los detiene para demostrar su adhesión a la maestra.

Uno siente que tiene un profundo contenido lo que hace, se siente seguro, y da seguridad a través de esa corriente afectiva recíproca.

De pronto, a través de la ventana, veo a Carlos que me llama. Dejo a los niños con la practicante. Carlos me dice muy nervioso:

—Volví a casa a buscar la linterna y la vi rodeada de policías armados. ¡No sé qué pasará!

—¿Y Horacio?

—No sé. No sé si es en casa, o al lado, o al fondo. Como estaban armados no quise entrar, preferí venir a avisarte.

—Bueno, vamos. Horacio estaba en casa, estudiando.

—Sí, vamos a averiguar qué pasa. Debe ser una confusión.

Dejé los chiquitos a cargo de la practicante. Les prometí volver enseguida. Y aquí estoy, en esta celda oscura, sin

haber aclarado nada, sin que se me pregunte nada, incomunicada. ¿Por qué, qué pasó en casa?

Se hizo la noche. Oscuridad en la celda. Ninguna noticia. Nadie sabe si nos interrogarán. Descubro que hay una lamparilla. Trato de apretarla a ver si enciende. En efecto, estaba floja. Ahora tengo luz. Pero no la que necesito. Otra vez un ensopado de fideos, desmesuradamente grandes. Apenas lo pruebo, a pesar del hambre que tengo.

Voy al baño. No puedo lavarme la cara. No tengo con qué secarme. Las manos las dejo secar al aire. Me acuesto otra vez vestida y calzada. Tengo frío, me acurruco. Doblo el colchón sobre mis pies.

Otra vez los ruidos infernales que parecen torturas. No quiero oírlos. Aprieto los ojos, no quiero oír, no quiero imaginar. Es más torturante imaginar que comprobar. Durante toda la noche se suceden ruidos: puertas que se golpean, órdenes, rejas chirriantes, cerrojos estridentes. Oigo de continuo:

—¡Póngase contra la pared! Cara a la pared. No mire. ¡No se dé vuelta! ¿Nombre, domicilio, profesión, documentos?

Sin duda nuevos detenidos. ¿Cuántos? ¿Dos, tres, diez, veinte? Es continuo el trajín. A ratos descanso, de golpe despierto, sobresaltada. Está oscuro. Qué noche larga.

A la mañana siguiente de nuevo limpieza, baño, vuelta a la celda, soledad. Esto ya era rutina. Ya éramos nosotros seres olvidados, no importábamos a nadie. Un formulario con nuestros datos, y nada más. Esto ya se estaba trasformando en algo kafkiano. Me estrellaba siempre con las mismas respuestas:

—Nosotros somos encargados de piso. Estamos para atender a los detenidos. De interrogatorios no sabemos nada.

¿A quién dirigirme? Nunca habíamos estado detenidos. No teníamos idea de cómo era una celda y, menos aún, qué oprimente puede ser la incomunicación, la soledad más absoluta, la soledad más impotente. Los golpes en las paredes de las celdas contiguas intentaban una comunicación. Pero, ¿qué significaban? Los interpretaba sólo como un mensaje de una soledad a otra. Era reconfortante. Era una forma de solidaridad.

Se abre la ventanita de la puerta. La policía me alcanza refuerzos, un pedazo de pastel de queso y dulce de leche.

—Yo no pedí esto. No tenemos dinero, nos robaron los policías que nos trajeron.

—No, señora. No tiene que pagarlo. Se lo mandan de la celda de al lado.

—¡Oh, gracias, gracias! —y con la emoción ante esa solidaridad anónima, no pude contener el llanto.

—Coma, señora, que le va a hacer bien —y cerró la ventanita.

Yo lloraba ante aquella presencia, materializada en alimentos, que un ser desconocido me hacía llegar. Pensé en Carlos y en Horacio, que no tendrían nada. Traté de hacer tres porciones. Llamé a la policía y le pedí que les hiciera llegar esos paquetes a mi esposo y mi hijo: Carlos y Horacio Rovira, que estarían en el quinto o sexto piso. Ellos tampoco tenían dinero, ni comida. Dijo que se encargaría. Me quedé más tranquila. A través de la comida sabrían de mí y yo sabría de ellos.

Comí mi porción y algo de una especie de guiso aguachento que me trajeron. Por lo menos estaba caliente. Ade-

más, por injusto que fuera, estaba presa. Debía solidarizarme con tantos otros que también estaban sufriendo y cuyo único alimento era el de la Jefatura. Los privilegios deben ser rechazados, más en una situación como esta.

Salgo al baño. Era alrededor de las dos de la tarde, hora en que cambia el turno de las guardias. Pude oír que la señorita a quien habían encargado llevar los alimentos, preguntaba a otra:

—Che, ¿hay un Rovira solo? Horacio Rovira no está, ni en el quinto, ni en el sexto.

—¡Y yo qué sé! —dijo la otra, despreocupándose del asunto.

Me cerraron la celda. Ahora sí que estaba inquieta. ¿Qué pasaba con Horacio? ¿O, por el apuro en irse, ella no había averiguado con atención? No podía quedar tranquila. Llamé. Al abrir la ventanita, veo una policía alta, seca, severa: milica de pies a cabeza. Me intimidó su mirada, pero yo estaba demasiado angustiada por no saber de Horacio. Le pregunté por él. Me dijo no saber nada y no poder averiguarlo, pues su función se limitaba al piso cuatro. Cerró la ventanita. Quedé sumida en una profunda incertidumbre. Me sentí muy mal, con fuertes dolores que me parecieron de menstruación. ¿Qué hacer aquí, sola, sin nada? Pedí para ir al baño. En efecto, era un sensible adelanto imprevisto. Al salir del baño no había policía femenina. Sólo un hombre, en la mesa del despacho. Me acerqué con temor. Le expliqué la situación.

—No se preocupe, señora —y diligentemente me alcanzó unos paquetes de algodón.

—Muchas gracias, señor.

Volví a mi celda. Estaba abatida, sin saber de Horacio. No podía dominar mi inquietud. Sentía dolores y frío. Traté

de aguantar, no quería ser cargosa. Caminé a lo largo de los dos metros de la celda en interminables idas y vueltas. Trataba de que al acelerar la circulación el frío se me pasara. No lo conseguí. Me animé a llamar una vez más. Me atendió la policía-tipo. Le pedí una frazada, ya que estaba desabrigada y con mucho frío. Me alcanzó una gris, a rayas negras. Le supliqué que averiguara la ubicación de mi hijo y tratara de que le alcanzaran una frazada. Él tenía sólo una remera[5] muy fina y sufría mucho de la garganta. Me dijo que no me preocupara, que él ya se ocuparía de pedir eso. Le pedí por mi esposo también, y ya fastidiada, me dijo que en los pisos de los hombres había policías para atenderlos.

Comprendí que no debía insistir más, era inútil. Esta impotencia por saber de ellos me deprimía más que el encierro. Este encierro sin sentido, sin explicaciones, sin perspectivas. Nadie que no lo haya experimentado puede imaginar la opresión que se siente entre esas cuatro paredes. A ratos tremenda depresión, vaciedad interior. Otras, desesperación, ganas de golpear paredes, puertas. Otras, inquietud en un caminar incansable, de pared a pared. Sentarse en la cama, la cabeza apretada entre las manos. Tirarse abatida en el colchón, tratando de que el tiempo pase en un sopor que nos evada de la realidad. Todo para que el tiempo pase. Tal vez mañana...

Y amanece el lunes. Limpieza, baño, rutina. Ninguna novedad. La espera de la sopa grasosa, aunque sólo sea para dividir el día largo. Luego el sopor de la tarde, y otra vez la sopa de la noche. Tratar de dormir. Que pase el tiempo y yo no piense. A la policía de la tarde, una amable señora

[5] Pulóver.

de ojos negros brillantes, le pregunté por Horacio. Me prometió ocuparse. Cuando le pregunté de nuevo me dijo que no me preocupara, que le estaban dando medicamentos.

—Pero, ¿por qué? ¿Está aquí, lo llevaron al hospital, qué tiene?

—No sé. No me pregunte más. Pero no es nada. Está atendido. Quédese tranquila, que no es nada.

¡Cómo podía estar tranquila! ¿Se habría enfermado, o lo habrían torturado?

No sé cómo pasé esa noche. La cabeza me daba vueltas. Mil ideas terribles me enloquecían. ¿Sería verdad? ¿Por qué no me decían nada concreto? ¿No saber de mi hijo formaba parte también de la incomunicación? Mi imaginación indetenible tejía y destejía imágenes tenebrosas. Esto no podía seguir así. A la mañana siguiente trataría de ver con quién podría hablar para que me informara verazmente. No podía seguir esta incertidumbre. Tendría que haber alguien aquí que atendiera mi pedido. Sí, mañana a primera hora insistiré, suplicaré, exigiré, que me permitan hablar con un jerarca que no pueda eludir la respuesta.

¿Quién manda acá? Yo sólo trataba con las policías, y sólo lo estrictamente necesario. No veía a nadie más. No entendía nada de su organización jerárquica. Pero mañana tendrán que responderme. Pasé la noche entre sobresaltos y pesadillas. Veía a Horacio todo lastimado, lleno de moretones y heridas, desvanecido, golpeado por los monstruos torturadores. Fue una noche interminable. Sopor y pesadillas. Visiones dantescas y adormecimiento.

Violentamente abren mi puerta. De golpe me incorporo. Miro el reloj: ocho menos veinte de la mañana.

Un hombre de mediana edad, rostro anguloso, duro, ojitos de halcón, estaba parado en la puerta. Detrás de él, otro, blando, con expresión burlona de matón pagado. Un capanga, un segundón a sueldo. ¡Qué asco!

Con impaciencia histérica, el halcón me perforó con su mirada negra y su voz filosa:

—¿Dónde está el berretín?[6] Díganos dónde está. Revisamos toda la casa y no lo encontramos. Pero estamos seguros de que allí hay un berretín.

—Pero, señor, no sé de qué me habla —dije titubeante—. No entiendo. Quiero saber por qué estoy aquí y no se me explica nada.

—¡Sí que lo sabe! Usted sabe muy bien que en su casa se hacían reuniones. Allí se planificaron los atentados del viernes 14. ¡Bien que lo sabe!

El capanga blando aprobaba burlonamente.

—Pero no, señor. Si mi hijo estaba preparando filosofía, que examinaba la semana próxima. Sólo sé que estudiaba con compañeros que debían rendir el mismo examen.

El capanga fofo, ensanchando su burlona sonrisa, dijo:

—Y los muchachos estudiaban con las lapiceras en las metralletas.

—¡Por favor, señor! Yo sé que estaban repasando las últimas bolillas. Pero dígame qué pasó. Yo no sé nada de mi hijo y nadie me informa nada. ¿Está detenido? ¿Dónde está?

—Hubo un tiroteo, se resistieron.

[6] Escondrijo, compartimiento secreto usado por la guerrilla para guardar armas, documentos o personas.

—¡Por favor! ¿Qué pasó con mi hijo? Mi hijo, ¿qué pasó?

No podía contener mi desesperación.

—¡Imagínelo! No le será difícil.

—¡Por favor, dígame qué pasó con mi hijo! ¿Dónde está? ¡Por favor!

El capanga seguía con su risa congelada. Su rostro era un flan agrio.

—Está detenido —dijo el halcón secamente.

Un portazo de hierro estremeció todo mi cuerpo. Esto era peor. ¿En qué maquiavélico juego me estaban apretando? No podía más. Desesperada, llamé a la policía femenina. Era la misma del domingo: la milica-tipo. No se le movía un músculo, dura como una piedra, inexpresiva, despectivamente distante.

—Señorita, ¡por favor, quiero saber de mi hijo! Ese señor me dijo que hubo un tiroteo en mi casa. No sé qué confusión es esta. Pero mi hijo, ¿dónde está, qué pasó con él?

Me miró distante, fría, congelada.

—Rece por él, señora —y cerró la puerta, como ella, también congelada.

Ahora sí, ¡qué oscuridad en plena mañana! Rompí a llorar inconteniblemente. ¡Horacio, Horacio! ¿Qué hacer ahora? ¿Cómo ha sido esto? ¡Hijito mío! Mi niño grandote, lleno de preciosos sueños juveniles. Te han matado. Te han asesinado. ¡No, no estás muerto! Estás aquí dentro mío, fuera de mí, rodeándome con tu larga presencia de 1,85, tus largas piernas, tus vaqueros azules, tu remera, tus ojos soñadores que entreveían mundos nuevos más justos.

Tu puro idealismo de dieciocho años, tus arrebatos, tu mal humor, tus sonrisas, tus simples alegrías, tus apasionadas actividades estudiantiles que me oprimían de incertidumbre.

Pero esto es tan terrible, tan brutal. No estaba en mis lógicos temores de madre de un estudiante joven, idealista, comprometido a combatir la injusticia.

Sí, te comprendíamos, compartíamos tus ansias de una sociedad más justa para todos. Conversábamos tanto sobre esto. Nosotros, por adultos, teníamos nuestros temores por este mundo nuevo que ustedes querían construir.

Pero, ¿a costa de qué? Nos dolía el sacrificio de los más buenos, los más lúcidos, los más sensibles. Tú estabas entre ellos, los estudiantes sensibles a toda injusticia, que dejando el confort y sostén de una familia que los quiere y comprende, razonan que se deben a los demás, a los desamparados, a los que carecen de lo que ustedes tienen. ¡Maravillosa generosidad! Imposible coartarla.

—Pero, ¡cuidate, por favor! Mirá cuántos mártires estudiantiles están cayendo. ¿Será ese el camino para el mundo más justo que quieren hacer?

Nuestras dudas eran tremendas a pesar de estar básicamente de acuerdo con tu sangre joven, que quería participar en la construcción de ese mundo nuevo.

—Pero, mamá —me decías—, ese planteamiento es egoísta. No debemos medir lo que se da. Cuando se está convencido de que la lucha es justa se da todo, hasta la vida misma, que es el mayor capital. Los mártires no son en vano. Cada uno que cae hace que se levanten cien más para sustituirlo. Un mártir es una fecunda semilla de revolución. Sí, es trágico. Una vida joven, valiosa, cae. Pero su sangre enciende

las sangres de cientos de compañeros. Los padres de los mártires deben estar orgullosos a pesar del desgarramiento que sufren. Es la lucha y no pueden frenarla por un egoísta amor maternal. Por encima del amor lógico de padres está el gran amor a la humanidad, a los seres desamparados, a los que no tienen hogar, una familia que los quiere y los protege. A los niños de los cantegriles,[7] que no pidieron para nacer y están condenados a una existencia miserable, de hambre, promiscuidad, privaciones, que los lleva a la delincuencia, a la prostitución. ¿Ustedes creen que es justo? ¿Creen que es justo que yo tenga todo, casa, abrigo, cariño, estudio, y otros estén condenados a terminar en la delincuencia, sin remedio? Yo me resisto a ese orden injusto. Así no somos todos iguales. Se hace mentira el artículo de la Constitución que así lo dice. Iguales seríamos si partiéramos todos de las mismas condiciones. ¿Son iguales las oportunidades para mí, que tengo todo resuelto, que para un muchacho de un cantegril? ¿Qué culpa tuvo él de nacer allí? Uno no elige su lugar de nacimiento. Si desde el pique[8] las condiciones son tan distintas, cuánto más no lo serán a medida que crece. Y no les doy ejemplos extremos. No hablé de los «chicos bien», de los hijos de los millonarios, que ya no saben cómo llenar sus ocios con drogas y vicios de toda índole. ¿Dónde nos lleva esta socieded desigual y llena de corrupciones?

Si no reaccionamos a tiempo los que vemos claramente estos errores, si no contribuimos a corregirlos, seremos cómplices cobardes de situaciones cada vez más injustas, que nos torturarán el alma.

[7] Poblaciones marginales.

[8] Desde el comienzo.

—Sí, te entendemos, compartimos tus ideas, pero tenemos miedo. ¡Es todo tan complejo, tan difícil! No queremos detener tu idealismo maravilloso, puro. Quisiéramos que hubiera caminos más fáciles para llegar a los mismos sueños que tú tienes.

—Es inútil, es inútil, están cerradas todas esas puertas.

—¡Oh! Mi niño grandote, cuánta razón tenés, pero qué difícil es todo esto. No queremos ni pensar adónde nos va a llevar esta tremenda época que vivimos.

—No, viejos, no es tremenda ni trágica esta época. O sí lo es. Pero también es la más hermosa que se puede vivir, la época de alumbrar tiempos mejores. No se imaginan lo feliz que soy de vivir esta época. Es lo mejor que me podía pasar, ayudar a forjar un mundo nuevo, más justo y bueno para todos. Quisiera poder verlo, pero si no lo veo seré feliz de haber vivido estos años, hermosamente difíciles.

»Ustedes no pueden entenderme, tienen miedo, porque cuando fueron jóvenes tal vez no había tan agudos problemas, o no estaban sensibilizados para captarlos. Pero los muchachos de ahora, un chiquilín que empieza el Liceo, ya vibra generosamente con los mil problemas de hoy. Cómo les diré, se politiza precozmente. La vida, los problemas económicos de la casa, los ataques a la enseñanza, en fin, tantas cosas, ya lo hacen pensar y formar opinión. No se imaginan lo que valen estos botijas de trece o catorce años de ahora. Si los hubieran visto luchar por el boleto estudiantil, estos días. "A luchar, a luchar, por boleto popular", y paraban los ómnibus y les escribían consignas. ¡Lo que será esa majuga[9]

[9] Pez pequeño.

dentro de pocos años! ¡Nos sigue una generación bárbara! Ya van a ver.

—Ese maravilloso optimismo tuyo. ¡Si lo pudiéramos compartir! Pero estos cuarentones ya están un poco duros.

Estaba oprimida. Necesitaba ver a alguien, llorar con alguien querido. ¡Este triste duelo solitario!

—Señorita —le supliqué a la tiesa policía gris—, ¿puedo ver a mi esposo, sólo verlo, para llorar con él?

—¡Por favor, señora! ¿No sabe que está incomunicada? —dijo, cerrando mi pequeña ventana.

¡Qué crueldad! ¡Qué tortura es esta que matan a mi hijo y no me dejan siquiera llorarlo con Carlos! ¡De qué están hechos estos horribles seres que nos tienen encerrados sin decirnos por qué y haciéndonos padecer el terrible dolor del asesinato de nuestro hijo, en la más siniestra, la más absoluta soledad! ¡Si hasta a criminales peligrosos se les llevó al lecho de muerte de sus seres queridos para despedirse de ellos! Y a nosotros, un matrimonio detenido, sin saber aún por qué, se nos tiene cinco días sin decirnos nada, habiéndonos asesinado en nuestra propia casa a nuestro único hijo. Nunca se nos informó de manera concreta, oficial, siempre con sugerencias, para que solos sacáramos nuestras conclusiones: ¿Esto formaba parte también de la incomunicación?

Es esta la más absoluta falta de sentimientos humanos. Es burlarse de todo el terrible desgarramiento que esta muerte nos produce. Es una de las formas más refinadas de la tortura sicológica.

¿Cómo puede sentirse un ser humano en duelo —con nuestro duelo— en esa terrible soledad oscura, oprimente, de dos metros por uno y medio?

Yo me sentía la cosita más débil, más tirada, más llorosa. Una cosita nomás.

¿Cómo estará Carlos? ¡Pobre mi Carlos, también! ¿Qué será de nosotros, viejo, sin Horacio? Recién ahora veo que Horacio era todo para nosotros. Era nuestro cordón umbilical con el mundo. Por él nos venía la sangre joven que vibra, vive, lucha por amor a los demás. Es que un hijo joven, lleno de ganas de vivir, para darse a todos devuelve a los padres la vida que le dieron. Invierte la corriente vital. Hace dieciocho años nosotros le dimos vida, ahora él nos hacía vivir a nosotros con su generosa juventud.

¿Cómo será vivir sin él, viejo? ¿Quién nos mantendrá unidos al mundo?

Y pensar que yo tenía miedo de tenerlo. ¿Te acordás cuántas dudas cuando nos casamos? ¿Teníamos derecho, tiene derecho cualquier pareja a traer hijos al mundo? ¿No es ese el primer atropello que se hace al ser humano? Un hijo no nos pide la vida, se la damos compulsivamente. Y si él no eligió vivir, bien tiene derecho a reprochar a los padres haberlo concebido. Pero, seguro, era un problema sin solución.

En fin, pensamos que su vida, la de Horacio, sería feliz. Por lo menos trataríamos siempre de entenderlo y de ser sus amigos.

Recuerdo las palabras de la doctora que me atendió en el embarazo:

—Será feliz, se criarán juntos.

¡Qué verdad! Crecimos con él, sufrimos con él, reímos con él. No pensaba hasta ahora que no lo tendremos más, ¡cuánto era para nosotros! De chico, cuando tanto trabajo me daba, después, en su temprana crisis de adolescencia,

pensaba: qué lindo cuando sea mayorcito y podamos hablar de tantos temas, de igual a igual.

Esa época la estábamos viviendo ahora, y por plena y feliz ni la notábamos.

Era como el aire imprescindible, tan común, tan fácil de tener, pero sin él la vida no existe.

¿Te das cuenta, viejo? Los tres éramos uno, y nos lo mataron, ¡estos asesinos!

¿Cómo estarán en casa? ¿Qué será de mamá? ¿Cómo habrán vivido estos días terribles? No puedo ni pensar, y estas duras paredes que me aprietan. No aguanto más. Necesito ver a alguien, llorar, llorar mucho en casa, con mamá, con Carlos, con todos, apretarme con ustedes.

¿Se acuerdan cuando murió papá? ¡Cómo nos agarró desarmados, débiles! ¡Y cómo nos apretamos, volviéndonos niños, aquellos niños de ayer que se acurrucaban alrededor de la madre! Eso nos hizo rencontrarnos, nos volvió más sólidos. Ahora esto otra vez nos sorprende desarmados, desvalidos. Además tan separados, tan concretamente aislados por estas duras paredes de cemento. Ustedes sin saber siquiera de nosotros, nosotros aislados y sufrientes, sin consuelo.

Abren la puerta. La policía me indica que debo salir. Me conduce a un estrecho despacho. Un señor menudo, rostro triste y bueno, de pie, me recibe.

—¿Señora Grieco de Rovira?

—Sí, señor. —¿Quién sería este hombre? ¿Un policía? ¿Empezaría el interrogatorio?

—¿Cómo se encuentra, señora?

No pude más. Rompí a llorar.

—Señor, mataron a mi hijo. Hoy me lo dijeron, esta mañana. No sé por qué estamos aquí. ¿Se da cuenta? Lo

mataron y no me dijeron nada hasta hoy. No me dejaron ni verlo, ni darle un beso, un último beso.

Este hombre estaba tan conmovido como yo. ¿Quién era? ¿Un policía? ¿Tan bueno, tan sensible?

Suena el teléfono. Entra un empleado y atiende. Responde que llamen después, pues ahora estaba trabajando aquí el señor juez.

¡Era el juez! Este hombre era el juez. Claro, no podía ser un policía. Sufría como yo.

Sale el empleado.

—Señora, cuénteme, ¿qué pasó en su casa?

—No sé, señor juez. Me dijeron que hubo un tiroteo y los mataron. A nosotros, mi esposo y yo, nos detuvieron al llegar a casa, alrededor de las dos y media de la tarde. Nos golpearon, nos amenazaron de muerte con sus armas. Nos encapucharon y nos trajeron acá. Estamos incomunicados, sin saber por qué nos tienen aquí. A mi esposo le robaron la billetera. No tenemos dinero ni documentos.

—¿Cómo era su hijo? ¿Usted no sabía de sus actividades?

—Es, era un muchacho bueno, idealista, un estudiante lleno de vida, sensible a las injusticias, con ganas de ayudar a hacer un mundo más justo, más bueno, con más amor. Su vida era normal, estudiaba, tenía amigos. Estaba preparando filosofía para examinarla la semana próxima. Ya estaba inscrito en la Facultad de derecho. Este año empezaba el ciclo básico. Además, tenía tantos proyectos. Se había anotado en un concurso de la Cooperativa Bancaria. Y pronto iba a sacar la libreta de chofer. Había empezado los trámites. Ese día, el viernes, vino de mañana un amigo a estudiar con él.

Iban a repasar las últimas bolillas. Al mediodía me fui a la escuela y no lo vi más. ¡No lo voy a ver más! ¡Es horrible, qué horrible es esto!

—Señora, cálmese, comprendo su dolor. Dígame, ¿cómo la tratan aquí?

—No sé. Bien. Si se puede llamar bien este estado de soledad, de incomunicación en que estoy, sin poder llorar con mi familia. ¿Qué puedo esperar de ellos que lo mataron? ¿Cariño, comprensión, consuelo? No, no, aparte del maltrato que sufrimos en la detención, aquí no me torturaron, digo, físicamente. Los policías cumplen a su manera su función. A ellos no les importa una madre que sufre.

—Dígame, señora, ¿qué necesita?

—Sólo quisiera que me interrogaran, que se aclare todo esto. Parece que se hubieran olvidado de que estamos aquí.

—Trataré de hacer algo. Pediré que la interroguen lo antes posible.

—Muchas gracias, señor.

La policía me esperaba a la puerta. Me acompañó a la celda.

Otra vez sola, transida de dolor, impotente, apretada por los gruesos muros de mi celda. Sentía golpes en la pared. Alguien quería hablarme. No tenía fuerzas para responder. Perdón, perdón a quien me llama. No puedo golpear para contestarte. Gracias por tu solidaridad. Pero mi dolor me hunde tanto. No puedo levantar ni una mano. Perdón por mi dolor tan egoísta.

¡Horacio!, necesito tenerte aquí conmigo. Te veo enorme como eras ahora y te veo chiquito como cuando naciste, ¿te acordás?

—Un esfuerzo más, señora, que ya asoma —me dijo la doctora—. Veo su cabecita. Aquí está, ¡mírelo! —y te levantó para que te viera. ¡Un precioso bebé!

—¡Qué suerte, un varón, como nosotros queríamos! ¡Qué grandes ojos! Me quedaron grabados en la memoria. Tu cuerpito y tus pies finitos y largos. Era un miércoles 20 de enero a las siete y veinticinco de la mañana. Medías cincuenta centímetros y medio y pesabas 3k 100. Me lo anotaron en tu tarjeta de nacimiento.

—Descanse, señora, que falta hacer una sutura —y me aplicaron anestesia.

Al salir de la sala de partos estabas tú, Carlos, en la puerta. Estabas feliz y nervioso.

—Viste, ¡qué precioso! ¡Qué ojos grandes! —me dijiste.

Habías llegado tú, Horacio, el primer nieto en mi familia. Enseguida vinieron todos a conocerte. El primero que llegó fue Normey, ¿te acordás?, y después los abuelos, los tíos. Eras la novedad para todos.

Esos días en el Sanatorio Británico fueron para mí días llenos de ansiedad por volver a casa. Tenerte allá, verte crecer.

Por ti compramos la *Ferrania,* y con ella seguimos todos tus momentos. Te fotografiamos en todas tus actitudes: durmiendo, en el baño, mamando, en el cochecito. Allá te tenemos, en el álbum y en los cientos de fotos sueltas, que son tu historia gráfica.

Recuerdo tu primer dientito, que te asomó en agosto. ¡Y qué emoción aquella noche de verano! Era febrero del año siguiente. Yo preparaba la cena. Sentí unos chas-chas-chas. Al darme vuelta, te veo venir solito, caminando con

tus sandalias de suelas anchas. Parecías un pato, apoyando con cuidado tus piecitos.

No sé hasta cuándo estuve recreándote en la oscura soledad de mi celda. Te me apareciste pequeñito, con jardineros azules, con tu shorcito rojo. Ya escolar, de guardapolvo y moña azul. Aquellos guardapolvos que ya el primer día venían tan revolcados.

Ya liceal, con tu pantalón gris, sacón azul, el uniforme del primer año del liceo Vaz Ferreira.

Ahora, un joven apuesto, tan buen mozo, de hermosos ojos que se estaban poniendo verdosos, y tu brillante pelo negro. Te veo llegar de la academia Pitman, en las noches del invierno pasado, con tu infaltable campera de gamuza y la bufanda marrón que te había tejido Teresa, tu noviecita de entonces.

Se me mezclan todas las imágenes. Sin duda quedo entredormida. Sueño con la casita de la calle Figueredo, donde vivimos desde que nos casamos, donde creciste tú. Estamos felices los tres, tú chiquito, jugando en el jardín.

Abren la puerta. Vienen a lavar el piso. Empieza otro día de este tremendo laberinto en que me siento atrapada. ¿Qué pasará hoy?

Eran alrededor de las diez de la mañana cuando abrieron otra vez mi puerta.

—Señora, trajeron esto para usted, se lo manda su familia.

Una frazada, un paquete de alimentos, cepillo y pasta de dientes, jabón, toalla.

—Gracias, señorita.

Los sollozos me ahogaban. Abracé aquellas cosas queridas. Ellos estaban aquí, conmigo, me rodeaban. ¡Cuánto

sufrirían por nosotros! Este dolor desgarrador los alcanzaba también a ellos. ¿Cómo habrán pasado estos días? ¿Cómo estará mamá? Al recibir estas cosas se ahondó más mi pena. El cariño de ellos me hacía llorar más. ¡Cuándo podría verlos para estrecharlos fuertemente y llorar con serenidad!

Carlos, si pudiera verte y hablar largamente, serenamente, de nuestro Horacio. Porque él no se nos ha muerto, lo han asesinado, sí, pero no se nos morirá nunca.

Nuevamente abren la puerta. La policía me indica que debo seguirla. Vamos hasta el final del corredor. Me conduce a una salita, a la derecha de los baños.

Una mesa con una máquina de escribir. Una silla donde está sentado un señor de mediana edad, de rostro indiferente. A su costado, de pie, el halcón.

—Siéntese, señora —y me indica una silla frente a la mesa.

El señor con rostro duro, indiferente, impersonal, me dice con tono amenazante:

—La voy a interrogar. Diga todo lo que sabe. Si intenta ocultar algo, me obligará a usar otros métodos.

—Siempre digo la verdad. No tengo nada que ocultar.

El halcón vigilaba todos mis gestos, escudriñaba con sus ojos filosos, llenos de odio.

Yo estaba nerviosa, abrumada. No sabía cómo era un interrogatorio. Comprendí que necesitaba toda mi serenidad. Hice un gran esfuerzo para sobreponerme a mi dolor y enfrentar con firmeza esta entrevista.

El señor frente a la máquina me alcanzó dos hojas de cartulina con fotos pegadas.

—Mire estas fotos. ¿A quién conoce de ahí?

Observé los rostros de la primera hoja.

—Aquí está mi esposo —dije con un hilo de voz.

Miré la segunda hoja. Las dos últimas fotos eran de amigos de Horacio.

—Estos dos son amigos de mi hijo. Este es Rodolfo y este Marcos.

—¿Apellidos?

—Creo que se llama Rodolfo Martínez, y este Marcos Gambardela.

—¿Desde cuándo los conoce?

—A Rodolfo lo conocí esa mañana, vino a estudiar con mi hijo. A Marcos lo vi dos o tres veces, pues preparó el examen con Horacio cuando lo iba a dar el mes pasado. Pero después postergaron la fecha para la segunda quincena de abril. Era filosofía, la única materia que le faltaba para ingresar a Facultad.

El halcón estaba ansioso. Se le salían los ojos de ganas de hablar. Parecía feliz de que yo conociera a esas personas.

—¿A nadie más conoce?

Volví a observar. De pronto, en la primera hoja, veo la primera foto. Soy yo. Quedo abrumada. ¡Yo también ahí!

—Aquí estoy yo —dije apenas.

—¿Nadie más?

—No, señor.

De pronto el halcón no pudo más y habló:

—¿Sabe quién es el tal Rodolfo? Nada menos que Candán Grajales.

Y el de rostro indiferente se puso cínico, diciéndome:

—¿Usted no lo sabía?

—No, señor.

—¿Cómo lo explica, siendo un tupamaro tan buscado? Salieron fotos en los diarios.

—Para usted, que es policía, eso será fácil. Ese es su oficio. Yo no lo conocí. Era un amigo de mi hijo. Una persona educada, correcta. ¿Usted les pide el prontuario a los amigos de sus hijos?

—¿Sabe quién es el otro? Blanco Katrás, otro tupamaro buscado. ¿Tampoco lo conocía?

—Señor, debo responderle lo mismo. Era un joven culto, educado, inteligente. ¿Qué otra condición le pide usted a un amigo de su hijo? A mí eso me basta. Por otra parte, mi hijo tenía dieciocho años. Supongo que no pensará usted que yo le vetara sus amigos, sobre todo si notaba que eran tan buenos muchachos.

El rostro indiferente, luego cínico, se puso impaciente.

—Sabemos que su esposo es de la organización. Y usted también lo sabe. Usted recibía encargos para él y para su hijo.

—¿Qué dice? Eso no es cierto.

—Nosotros lo sabemos y usted también lo sabe.

—Eso que dice no tiene base. Lo mismo podría decir yo de usted, ¿qué le parece? Usted lo afirma y yo le digo que no es cierto.

Su impaciencia no pudo más. Comenzó a registrar a máquina el interrogatorio.

—¿Nombre, edad, estado, domicilio? Relate todo lo sucedido el viernes 14, desde que se despertó.

—Me levanté a las siete de la mañana. Tomamos mate con mi esposo, mientras oíamos el informativo de las siete y media de Montecarlo. Mi esposo se aprontó para ir a su trabajo. Salió a eso de las ocho y media. Comencé a hacer las tareas. Mi hijo se levantó alrededor de las ocho y media.

Tomó el desayuno mientras oíamos un programa de música folklórica. Hojeó el ejemplar de *Marcha* de esa mañana. Le pedí que me hiciera unos mandados. Alrededor de las diez, llegó un amigo con quien iba a repasar algunas bolillas. Me lo presentó.

—¿Quién era? ¿Cómo se presentó?

—Me dijo llamarse Rodolfo, creo que dijo Martínez. No presté mayor atención porque estaba ocupada en mis tareas.

—¿No lo había visto otras veces? ¿No había ido otras veces a estudiar?

—No. Yo lo vi por primera vez esa mañana. Mi hijo no me dijo que hubiera ido otras veces.

—Siga, señora.

—Bueno, fueron al cuarto de mi hijo. El amigo había traído varios diarios de la mañana. Mi hijo le dijo: «Parecés un diputado, te leés todos los diarios.» Él le contestó: «Y ché, hay que estar bien informado y para eso tenés que oír todas las campanas.»

Mi hijo fue a hacer los mandados (pan, fruta), y yo comencé a preparar el almuerzo. Cuando volvió, a eso de las diez y media, yo me bañé. A las once salí del baño y me dediqué a preparar mi almuerzo. Oímos el informativo de las once.

Dieron la noticia del atentado a policías en Rivera y Ponce y a un marino en Las Piedras. Comentamos el hecho: «¡Qué barbaridad! ¡Qué épocas estamos viviendo!»

Mi hijo dijo: «¡Qué semana para América Latina!»

Vino el cobrador de impuestos y le pedí a mi hijo que pagara con su dinero, porque yo no tenía cambio. A las once y media me senté a almorzar.

—¿Sola? ¿Ellos no?

—Les ofrecí, pero me dijeron que lo harían después. Prefirieron tomar mate amargo. Oí la audición política de Heber, como todos los días. Le expliqué a mi hijo lo relativo al almuerzo. Fui al baño. Sonó el teléfono y lo atendió mi hijo. Me dijo que era René, que pasaría a buscarme en la *Grumett* porque el tiempo estaba feo. Por el informativo del mediodía dieron la noticia de los atentados de la mañana, además de otro a Acosta y Lara. Pasadas las doce y media llegó mi esposo. Apenas lo vi, porque llamaron a la puerta y como era el cobrador de Huracán Buceo, él fue a atenderlo. Mientras mi esposo hablaba con el cobrador, llegó René. Era la una menos veinte. Me fui a la escuela con mi compañera.

—¿Cuándo volvió a su casa? ¿Por qué volvió?

—Serían alrededor de las dos, o dos y media de la tarde, cuando mi esposo vino a buscarme a la escuela. Me dijo con gran nerviosismo que le parecía que en casa pasaba algo grave. Había salido para su trabajo, pero por haber olvidado la linterna tuvo que volver a buscarla. Al querer entrar en casa vio muchos policías armados, que incluso le dispararon. Confundido, sin saber si era o no en casa el problema, salió a buscarme. Juntos decidimos ir a ver qué pasaba. Al llegar fuimos recibidos como peligrosos criminales. Nos maltrataron, nos golpearon, nos robaron. No nos explicaron nada, y encapuchados nos trajeron aquí. Y hasta el día de ayer no me habían dicho nada de lo que pasó en casa. Me lo dijeron de la manera más cruel y brutal. No me dejaron verlo. No me dejaron darle un beso, a mi hijo muerto. Eso no se hace ni con los más peligrosos criminales. Es inhumano.

Yo les reprocho este crimen. ¿A ustedes esto de qué les sirve? Me imagino que a la policía le sirven los tupamaros vivos, no Candán muerto.

No intentaban detener mis palabras de reproche. Yo desahogaba mi dolor con rabia.

El halcón estaba inquieto, impaciente, mientras el otro, sin escribir, me oía distante. El halcón se acercó y le dijo algo al oído.

—Señora, ustedes tenían una radio a transistores que captaba la onda policial.

—Sí, una radio negrita, chiquita, *National.* Pero si casi no marchaba.

El halcón dijo implacable:

—Sí. ¡Esa! Captaba la onda policial.

—Pero, ¡por favor!, si les digo que casi no se oía. Marchaba muy mal.

El otro titubeaba, el halcón quería ganar una.

—¡Ah! Ya me doy cuenta —les dije—. Entonces es verdad que ustedes ponen cosas en las casas y después dicen que las encontraron allá.

El indiferente saltó de la silla. Perdió su fingida calma.

—¡Por favor, señora! ¿Por qué no piensa que la trajeron ellos, los amigos de su hijo?

—¡Ah! Puede ser. Pero mía, de mi casa, no es.

Sacó las hojas de la máquina y me leyó el interrogatorio. Me preguntó:

—¿Tiene algo que agregar?

—Sí. No escribió que al detenernos nos golpearon y nos robaron.

—Eso se lo dice al juez —me contestó ásperamente.

Se paró y me entregó las hojas.

—Entonces firme aquí, en todas.

—¿Puedo leerlo yo? —le dije desconfiada.

—Sí, por supuesto —contestó con ironía. Se apartó con el halcón a un extremo de la salita. Yo los sentía hablar bajito.

Leí y comprobé que el contenido era correcto. Firmé todas las hojas. Vino a retirarlas. Había vuelto a su indiferencia.

—¿Cuándo paso al juez?

—Tenemos que estudiar esto, luego veremos. ¿Desea algo más?

—Sí. Quisiera hablar con usted sobre mi hijo. Sobre todo esto que está pasando, que es tan terrible.

—Hoy no tengo tiempo. Un día de estos la llamaré —me dijo, mientras me acompañaba hasta la celda.

Otra vez sola. Una angustia imperceptible, suave, me penetraba. Se hizo intensa, insoportable, me apretaba el pecho. Rompí a llorar. ¡Qué horrible, qué horrible es todo esto! ¿Hasta cuándo?

Horacio volvió a mí. Ibas al Neptuno, ¿te acordás? Habías aprendido a nadar en la pileta de Trouville. Te gustaba y hacías buenos promedios. Te inscribimos en el Neptuno para que siguieras practicando también en invierno. Era una actividad sana, tan recomendable para la adolescencia. Carranza te puso entre los competidores. Hasta tuvimos que ir a la Federación de Natación para autorizarte a competir. Tenés el equipo en casa. Nunca te acordaste de devolverlo, ¿te das cuenta?

¿Cuándo fue? Sí, creo que por mayo del 69. Estabas en cuarto año del liceo 10. Había conflicto por el boleto estudiantil (¿o fue la visita de Rockefeller?) Querían aumen-

tarlo, y los estudiantes ocuparon los liceos y hacían peajes informativos.

De mañana estabas en casa, y de tarde ibas al Neptuno a entrenarte. Volvías alrededor de las ocho y media. Sacabas del bolso tu pantalón de baño, tu toalla para que se secara.

Una tarde que fui a hacer compras por la calle Colón, se me ocurrió llegar hasta el Neptuno y esperarte para volver juntos. Llegué hasta las gradas de la pileta de adentro. Muchachos y muchachas estaban entrenándose. Los profesores controlaban sus tiempos. Te busqué entre los nadadores. No te veía. Tal vez te habías cansado y estabas duchándote. Me acerqué al profesor Carranza y le pregunté por ti.

—No vino, señora, ayer tampoco, hace días que no viene.

—Gracias, profesor.

¡Qué susto me di! ¿Dónde andarías? ¡Pero si volvías siempre con la ropa mojada! El viaje hasta casa fue angustiante. Era mejor no decirte nada. Hablé con Carlos. Pensamos en el liceo ocupado. Nosotros te habíamos pedido que no te metieras en esos problemas. Teníamos miedo, sucedían tantas cosas. Ya el año anterior habían matado a varios estudiantes. Y tú eras tan chico, mejor que tuvieras más experiencia y supieras elegir bien el camino.

Al otro día, sin que lo notaras ni lo sospecharas siquiera (sí, perdón, pero estábamos tan angustiados), te seguimos. Estacionamos la Renault en la rambla, cerca del liceo. ¡Qué alivio cuando te vimos venir tranquilamente con tu bolso, caminando hacia él! ¡Y qué cara pusiste cuando nos viste!

—¿Qué hacen acá?

—¿Y qué hacés vos, que no fuiste al Neptuno?

—¿Así que me siguieron? ¡No faltaba más!

—Vení, vamos a hablar.

Conversamos sobre lo que sucedía. A vos te importaba mucho más el conflicto estudiantil que la natación. La huelga, la ocupación, era tu problema. La natación, aunque te gustaba, era secundaria. No nos querías disgustar diciéndonos que participabas con tus compañeros en la lucha.

Llegamos a un acuerdo: pedirías licencia en el entrenamiento del Neptuno y participarías en la lucha, ayudando en la ocupación. Pero ya no nos ocultarías cuando eligieras participar. Eso sí, después de pensarlo bien y haber estudiado a conciencia todas las posiciones.

Después, en ese mismo año, junto a Andrés, Daniel y Gastón, hiciste tu debut de periodista. Editaron a mimeógrafo aquel diarito de estudiantes. ¿Cómo se llamaba? ¡Ah!, sí, *Extra 10*. ¿Quedará alguno en casa? ¡Me gustaría tanto verlo ahora! Es un pedazo de tu vida y de tus compañeros de lucha gremiales. ¡Ojalá encuentre alguno!

Y fue ese año también, sí, ¡qué año con problemas! Bueno, ¿qué año no tuvo problemas desde el 68? Ese año hubo una huelga de los obreros de los frigoríficos. Ustedes hicieron peajes, volanteadas, barricadas, en favor de los obreros de los frigoríficos de Carrasco, en Canelones.

Me acuerdo que en un peaje juntaron más de cuarenta mil pesos. Fueron al supermercado y lo gastaron todo en víveres, que ustedes mismos llevaron a los campamentos obreros. ¡Qué feliz estabas, en todas esas actividades! La solidaridad te enfervorizaba, te iluminaba. Era el gran motor de tu vida joven. ¡No, no hay derecho a segar una vida tan generosa, tan llena de idealismo, de solidaridad plena hacia los oprimidos, los marginados, los perjudicados por una sociedad injusta! Pero esto no puede seguir así. De alguna manera lo bueno tiene que resplandecer.

—¿Los mártires de qué sirven? —te dije una vez.

—Los mártires siempre sirven, mamá —afirmaste seguro.

Desde una celda silbaban suave y tristemente el *Hasta siempre.*

Horacio, a ti no te lo cantaron. Este es para ti.

Pedí para ir al baño. Apenas podía tenerme en pie. La policía que atiende es la de brillantes ojos negros, de trato amable.

—¿Cómo se siente, señora?

—Mataron a mi hijo. Me lo dijeron ayer de la manera más brutal. No puedo más, es demasiado terrible.

—Lo lamento, señora, yo no lo sabía. Le aseguro que no lo sabía, por eso no se lo dije cuando me preguntó.

—No importa, ahora todo me da lo mismo.

—Descanse, señora, acuéstese, no piense.

—Gracias, señorita.

Trato de vaciar mi cabeza, quedar en blanco. Imposible. Las imágenes tuyas vienen a mí. Cuando empezaste la escuela. Aquel primer año con Chela. ¡Cómo la querías!

La vi hace tan pocos días. Me preguntó por ti. Quería verte ahora, ya grande. No te imaginaba de casi dos metros.

—¡Aquella preciosa carita, llena de pecas! ¿Todavía las tiene? —me preguntó.

—Algunas sí. Le voy a decir que te llame por teléfono.

Te hubiera gustado verla. Me dijiste que algún día la ibas a llamar. No pudo ser. ¡Qué alegrón hubiera sido para ambos!

Ella siempre te defendía cuando yo, enojada por tus desprolijidades, te rezongaba. ¿Te acordás aquella anécdota de la *i*? Ella les decía que la *i* chiquita no se animaba a ir sola. Por eso estaba pegada siempre a las otras letras. La que salía

sola era otra, más valiente, la *y* larga. Pero, al hacer un dictado, tú escribiste la *i* sola en lugar de la *y*. Fuiste a mostrársela contento:

—Mirá Chela, ¿viste cómo se anima a andar sola? No tiene miedo como vos dijiste.

Quedó desarmada. Le hizo tanta gracia que lo contó a los compañeros, a su familia.

La anécdota circuló de tal modo que un día Donato la contó en casa de abuela. Se la había comentado otro edil en la Junta, que era cuñado de Chela. Por ese camino de tantas vueltas se conoció en casa tu ocurrencia. Para nosotros, Carlos y yo, eran cosas que cualquier niño hace. Otros le daban trascendencia.

Ahora pienso, repasando tu vida, que tenías razón cuando una vez nos reprochaste que no te valorábamos lo suficiente; que otros, tus compañeros del IAVA[10] o los del comité, te consideraban más que nosotros.

La policía abre mi puerta.

—Pase, doctor.

Un médico joven, de túnica blanca, me atendió. Yo no lo había llamado. Lo trajo la policía, sin duda preocupada por mi estado. El médico me aconsejó que tratara de sobreponerme a la angustia lógica, y le indicó que me dieran *Valium*. Salieron. Al rato volvió la policía con un plato de guiso. No tenía ganas de probar bocado. Tenía la garganta apretada y las lágrimas me corrían solas. Me dio de comer.

—Coma, señora, tiene que mantenerse fuerte —y me ponía cucharadas en la boca.

[10] Instituto «Alfredo Vázquez Acevedo» (centro de enseñanza universitaria).

Luego me trajo el calmante y me pidió que descansara.

Una policía distinta, sensible. Me ayudó mucho.

La calma artificial que me produjo el sedante terminó a la mañana siguiente.

Recibí de casa un paquete con alimentos, vitaminas y *Valium*. Mi familia, mis hermanos, estaban pendientes de nosotros. El funcionario me dijo que lo había traído Mario. Me recomendaban tranquilidad. Mamá estaba bien, ya había superado el difícil trance.

Me quedé pensando en ellos: ¿qué decían de esto? Fue un mazazo para todos, un golpe tan duro, tan cruel. ¿Quién podría suponerlo? ¿Quién podría imaginarlo siquiera?

Sin embargo, nosotros siempre fuimos los distintos, los discrepantes.

¿Fue premonición o qué, aquella reunión en casa de mamá el 5 de setiembre pasado, después de habernos reunido en el cementerio por el aniversario de papá?

¿Recuerdan?

Yo estaba muy sensibilizada por la muerte de Spósito, ese estudiante asesinado por la policía hacía unos días. Pero ustedes ni lo sentían, siempre esa indiferencia como respuesta a las tremendas cosas que estaban pasando.

Hacía poco habían asesinado a Nieto, y ustedes nada.

Ahora este otro muchacho, y la indiferencia seguía. ¿Hasta cuándo?

Yo sentía que en cada muerte se me moría mi hijo. Pero ustedes, mientras no les tocara de cerca, con un «¡Qué horrible!», estaban cumplidos.

Reconozco que yo estaba muy nerviosa.

Habíamos acompañado con Carlos el cortejo en todo el trayecto, a pie, desde el IAVA hasta el Buceo.

Esa multitud en duelo no estaba triste, estaba llena de rabia. Cantábamos el himno. Gritábamos con bronca todas las consignas que él hubiera gritado. Esos muchachos, sus compañeros, entre los que estaba Horacio, no lo lloraban, lo sustituían.

La muerte de un estudiante, es una baja y no es,
por cada uno que muera, otro ya está por nacer.

A Horacio no lo veíamos desde el día anterior. Su lugar estaba con los otros, junto al compañero caído.

El espectáculo en el cementerio era de hondo dolor y gran firmeza. Se cantó el *Hasta siempre,* como en el entierro de todos los estudiantes asesinados por la policía.

Esa canción sellaba una promesa: «No has muerto en vano», «Por cada uno que muere, otro ya está por nacer».

Esos muchachos, traspasados de dolor y rabia, de dolor y bronca, de bondad y furia; sentía que todos eran mis hijos. Spósito era mi hijo, como Nieto, como Horacio. Me dolía la carne y el alma por cada uno y todos ellos. Y ustedes, ¿no sentían nada?

—¿Comprenden que se acercan días tremendos? —les dije—. Tengo miedo por todo lo que pueda pasar. Tengo miedo de que un día ustedes estén de un lado y nosotros de otro.

—Lo que pasa es que estás muy nerviosa, muy afectada por la muerte de ese muchacho. Pero no es para tanto. Simplemente, no hay que meterse. ¿No ves que al final siempre te usan? ¿De qué les sirve a ustedes el idealismo? Si al fin, lo que va a suceder aquí, lo cocinan en otro lado. Ahora es en Estados Unidos. Si triunfaran los otros, será

en Rusia o en China. En fin, hay que convencerse, somos muy poquita cosa; siempre otros nos manejarán.

Eran los argumentos de ustedes: tranquilidad, indiferencia, conservar lo poquito que somos.

—Nosotros no nos conformamos con eso —dijo Carlos—. No tenemos problemas, no nos falta nada, pero hay otros que sufren injusticias, hambre, muerte. No se puede ser indiferente.

—¿Y vos vas a arreglar el mundo?

—Yo solo, no. Pero si todos los que pensamos así nos uniéramos, algo se podría hacer.

»Me refiero a la gente buena, honesta, leal, que quiere el bien para todos. En fin, los que son sensibles al dolor de los demás. Los que comprenden que un niño descalzo y con hambre de un cantegril no tiene la culpa si mañana es un delincuente y te ataca a vos mismo. Los que ven que ese botija descalzo es igual que su propio hijo, al que no le falta nada. Cuando muchos comprendamos que no debe haber quienes tengan demasiado, mientras otros no tienen nada, ya se habrá avanzado bastante.

—Ustedes son unos soñadores, unos idealistas incorregibles. ¿Cómo van a hacer eso? ¿No ven que en ninguna sociedad van a estar cómodos? Siempre le encontrarán algún defecto. Además, ¿cómo van a cambiar esto? ¿Con el Frente Amplio?

—Con el Frente Amplio, o con lo que sea.

—¿Qué querés decir?

—¡Lo que dije!

—Y bueno, es un criterio. Allá ustedes...

Yo sentía una necesidad enorme de decirles algo que me desgarraba por dentro, que rompía la unidad de sangre.

—Lo cierto —dije— es que siento que se acercan tiempos cada vez más difíciles, y me asusta que nos desgarremos. Horacio es un muchacho idealista, que está en las luchas estudiantiles. Nosotros sentimos que tiene razón. Estamos de su parte, no porque sea nuestro hijo, sino porque defiende con lealtad todo lo bueno, todo lo noble, todo lo mejor del ser humano. Nosotros estamos con él y sentimos que se delimitan cada vez más claramente los dos bandos. ¿En cuál van a estar ustedes? Eso me asusta. Llegará el momento en que ya no se podrá estar en el medio, en que ya no podrán preservar a los hijos en colegios particulares, en que ya estaremos todos implicados, lo queramos o no. Ustedes son mi familia, ¿qué pasará entonces?

Mientras nosotros discutíamos esa noche, se estaban fugando los tupamaros.

¿Premonición o qué?

Alrededor del mediodía abren mi puerta y el señor del interrogatorio me indica que pase a la salita del día anterior. Hoy no estaba la máquina de escribir. Tampoco traía papeles. Me dijo:

—¿Vio cómo me acordé? Vine a charlar con usted.

—Necesito hablar de mi hijo, decirle cómo era, cuánto valía. Tenía ideas muy generosas. Luchaba con los demás estudiantes por todo lo justo. Es ese idealismo maravilloso que ilumina a casi todos los jóvenes. Eso nunca lo debemos destruir, es el motor que mueve el mundo, que lo va haciendo cada vez mejor. Su muerte fue un crimen sin justificativo posible. La represión no sirve, sólo destruye. Los problemas de la juventud rebelde hay que estudiarlos, interesarse en ellos para entenderlos. Las causas son muy complejas y

profundas. ¿Qué se va a arreglar con muertes y golpes? ¿Van a matar a toda una generación, van a matar justamente a los mejores, a los más valiosos? Y con eso, ¿qué? Las ideas siempre triunfarán sobre la masacre. Otras generaciones vendrán. No, con represión no se puede nada.

Este hombre me dejaba hablar, me escuchaba con aparente simpatía. ¿Interés? ¿Cinismo? Me daba igual. Yo necesitaba hablar de Horacio con quien fuera, era mi pequeño desahogo ante tanta crueldad.

—Estoy de acuerdo con usted —me dijo—. Los jóvenes son idealistas, pero hay que enseñarles que en la vida no todo es fácil. Que hay que hacer sacrificios para conseguir las cosas. Yo tengo dos hijos y así los acostumbro. Me piden lápices de colores nuevos, y les digo que se arreglen con los que tienen, que por ahora no tenemos dinero. Eso es para que vean que el padre trabaja, se sacrifica para comprar las cosas y así las valoren más.

—Sí, de acuerdo. Así lo educamos nosotros. El ejemplo nuestro fue siempre de trabajo y sacrificio. Usted ayer quería saber cómo teníamos una camioneta nueva y cómo habíamos cambiado varias en pocos años. Comprobó cómo trabajamos y ahorramos. Todo claro, ¿no? —Asintió con la cabeza—. Además, mi hijo se había inscrito en un concurso de la Cooperativa Bancaria y empezaba a trabajar pronto. En la Facultad se había anotado en los cursos nocturnos para poder trabajar de día. ¿No le parece sacrificio ese? Por otra parte, creo que sobre educación debo tener algunas ideas bastante claras. Tengo una larga experiencia de maestra. Siempre he tenido la más armoniosa relación con mis alumnos,

tanto niños como adultos. ¿Sabe? Soy maestra de cursos para adultos desde hace muchos años. Mire, hace dos años, siendo directora del Curso de Rivera y Julio César (tenía alumnos mayores, algunos de más edad que usted), visitó el curso el Ministro de cultura, el doctor Fleitas. Los muchachos (siempre los llamo muchachos, aunque había hasta de más de cincuenta años) le pidieron que yo no renunciara al año siguiente. Lo que ocurría era que estaba bastante cansada (trabajo en los dos cargos y hago todo en mi casa), y necesitaba tener una licencia. Ellos no lo comprendían, y creían que el Ministro podría interceder. Su gran cariño no les permitía ver con claridad mi problema de cansancio. Le cuento esto para que vea que, de educación, algo debo saber. ¡No, no! La represión nunca sirve. El idealismo de la juventud es indestructible. Los tiempos que se viven en América, en el mundo entero, la liberación de los pueblos oprimidos, es el gran ejemplo para todos los jóvenes. ¡Y eso no se puede destruir con muertes y torturas!

Me escuchaba, casi se diría que atentamente. ¿Interés verdadero o cinismo? De cualquier manera, para mí no dejaba de ser un policía. Un policía de Inteligencia del Departamento 4. Me dijo, y aquí sí lo encontré descaradamente cínico:

—Mire, yo no estoy de acuerdo con las muertes y torturas. La tortura envilece, degrada al torturador, que indudablemente es un ser despreciable, y la muerte, la sangre, me erizan la piel. Me felicito de que ni mi departamento, ni hombres de mi departamento, ni yo mismo, hayamos tenido que intervenir en ningún enfrentamiento armado, que no hayamos derramado sangre nuestra ni de ellos.

Yo pensaba: ¿Cinismo o qué? Continuó:

—Además le digo; yo valoro la rebeldía de la juventud, inspirada en tan nobles causas. Más aún: creo que el mayor idealista de América fue el Che Guevara. ¡Realmente admirable!

Yo lo escuchaba inmutable. Prosiguió:

—Pero aquí no, en nuestro país los problemas no son tan graves. Estos muchachos están equivocados al matar policías. ¿Por qué no agarran a Jorge Batlle, a todos los poderosos que se divierten mirando este partido: tupamaros *versus* policías?

—¿A usted le parece —le dije, dudando— que esto es para divertir a los que sólo miran desde la platea? Si fuera así, ¡qué juego macabro!

—Además, señora, fíjese que los que protestan no son los que pasan hambre. Son chicos bien, de buenas familias, que lo hacen de aburridos, por aventura. Tienen todo resuelto, no trabajan, y en esto emplean su tiempo.

—¡Ah! ¡Mire usted! Yo creía que esos «chicos bien» se dedicaban a los autos sport y a las drogas, nomás —contesté con ironía.

El asunto no daba para más. Evidentemente este hombre era un cínico, porque tan torpe no podía ser.

Lo llamaron por teléfono. Nos paramos, pero quise hacerle una última pregunta:

—Bien, señor, ¿de que se me acusa? ¿De ser una madre estúpida por ignorar que los amigos de mi hijo eran tupamaros?

Me miró con frialdad.

—Mire, es que nosotros suponemos que usted no podía ignorar que en su casa se hacían reuniones.

—¿Y por suposiciones me tienen encerrada? ¿Cuándo paso al juez?

—En estos días. Mandaré el expediente en estos días. Hay mucho trabajo, ¿sabe?

Salimos. Él fue a atender el llamado. Yo otra vez a mi celda, mi pequeño mundo de dos por uno y medio que abrigaba mis llantos y mi impotencia.

Habían traído de casa un paquete con alimentos. Por los empleados sabía que venían Luis o Mario. Venían también de noche Mario, Donato, Antonio.

Los empleados me decían que todo marchaba bien en casa, que no me preocupara. Me mandaban muchos besos, mucho cariño.

Mis hermanos, ¿cómo estarían? Los veía incansables de aquí para allá, tratando de encontrar una salida a todo esto. Golpeándose contra las paredes, también ellos impotentes. Pero eran infatigables. Los conocía bien. Cuando alguien de la familia tenía un problema, todos se apretaban fuertemente y quemaban sus energías para solucionarlo. En estos momentos se olvidaban diferencias pequeñas que pudieran separarnos y surgía «la fuerza de la sangre común», como decía mamá. Por eso estaba segura de que ellos estaban haciendo, cada uno por su lado, lo imposible para sacarnos de esta maraña, de este impenetrable caos que se había armado a nuestro alrededor.

Pero yo había oído hablar de estado de guerra. Sentía que los empleados hablaban de eso. ¿Qué significaba? Mis hermanos eran varones. ¿No sería peligroso para ellos? Decidí preguntarle a un funcionario. Él me tranquilizó:

—No se preocupe, señora. Es un estado de guerra para luchar contra los sediciosos. Los que no tienen nada que ver,

siguen su vida normal. Mire, anoche hubo fútbol y se llenó el estadio. Todo sigue igual, no se preocupe.

Quedé sola. Pensé en Carlos. Estaría tan solo e impotente como yo. ¿Tendría suficiente comida? Hice un paquete con fruta, galletas y fiambre, para mandárselo. Por lo menos, a través de este paquete sabría que pensaba en él. Pero lo mismo había pensado Carlos, porque nuestros paquetes se cruzaron.

Hermosa expresión de amor a través de las rejas y gruesos muros.

Es la noche oscura. Si tuviera un lápiz y un papel para escribir algo. Me hace tanto bien escribir, volcar en unas páginas esta amarga angustia.

¡Viejo, viejo querido, quedamos solos! ¡Cómo vamos a tener que ayudarnos para soportar su ausencia!

No sentir más, hacia las nueve de la noche, sus golpecitos en la puerta de la cocina para que abriéramos. No esperar el ruido de su llave en la cerradura del frente, cuando volvía más tarde.

Los sábados, al volver del cine o de algún otro espectáculo adonde iba con los amigos del barrio, siempre me despertaba. Encendía la luz y hacía algún pequeño comentario sobre lo que había visto. ¿Te acordás? La última película que vio fue *Decamerón.* Nos dijo que era muy buena, que teníamos que verla.

—¿Por qué no fueron a ver *Sacco y Vanzetti?* —le pregunté.

—No quedaban más entradas. Vamos la semana que viene.

¡Pobrecito! Se quedó sin verla, ¿te das cuenta? ¡Y cómo le hubiera gustado! Eran los temas que más le interesaban.

Me acuerdo cómo nos recomendó *Las fresas de la amargura.* Se sentía vivir en esas obras.

¿Y el teatro? Mirá que nos jorobó para que viéramos *Fuenteovejuna.* Y nosotros, con ese quietismo hogareño que nos atacaba, no nos movíamos.

—No los banco[11] a ustedes —nos decía—, después dicen que les interesa el teatro, y se pierden estas obras por no moverse de casa.

¿Y el canto popular? ¿Te acordás el entusiasmo cuando fue a ver *Generación 70,* y después *Cantando a propósito?*

—Tienen que verlo, tienen que oír a Viglietti —nos decía.

Por él tenemos los discos de Viglietti.

¡Y la gran admiración que sentía por Numa Moraes! Creo que lo oyó por primera vez en un recital de Arquitectura y después en aquel festival de AEBU, al que fue contigo. ¿Te acordás? Volvieron como a las tres de la mañana. Yo estaba tan asustada por la demora que llamé por teléfono a eso de la una y media, y me tranquilicé porque me dijeron que la fiesta de inauguración tenía para rato todavía.

Volvieron entusiasmados los dos. Numa enfervorizaba, tenía una fuerza que salía del fondo de la tierra. Yo pensé: exageran, no será para tanto.

Me convencieron, y otro día me llevaron a mí también.

Era verdad. Numa electrizaba al público. Tenía tal magnetismo, tal comunicación, que era sin duda un fenómeno distinto dentro del canto popular.

A un espectáculo Horacio llevó el grabador. Quería tener esas canciones que no estaban en el disco: *La huella de la*

[11] *Bancar:* soportar, aguantar.

victoria, Los mejores compañeros, y tantas otras. Después las oía incansablemente en casa. ¿Estará todavía el *cassette* en casa, o se lo habrán llevado los policías? ¿Y el grabador?, ¿qué habrán hecho con él? ¿Estarán todavía en casa los milicos?

Ya digo milicos, ¡si tendré bronca!

Pienso que Horacio se me murió otras veces antes de ahora, la definitiva.

Cuando mataron a Spósito, él vino y nos dijo lleno de dolor y de rabia:

—Mataron a un compañero del IAVA, los milicos asesinos. Me voy para allá. Mi lugar está al lado del compañero caído. ¿No les parece?

¿Qué podríamos decirle? Un silencio triste fue la respuesta.

—El muerto podía haber sido yo, cualquiera. Un compañero muerto es uno mismo que muere con él. Tengo que estar a su lado, somos muchos los que ocuparemos su lugar.

Era verdad, el muerto podría haber sido él, o cualquiera. Toda vida joven vale lo mismo cuando se lucha por un ideal.

Después o antes, no me acuerdo bien, en aquel espectáculo en el Plaza en que cantaba Numa y recitaba Calcagno, recuerdo una poesía, no sé de quién. ¡Cómo me emocionó! Sentí que a mí me pasaba eso.

Decía Calcagno:

Si me vieras ahora, madre, en medio de esta sangre, agonizante.
No llorarías, madre, si me vieras ahora, muriendo.
Madre, concebirías otro hijo, madre, otro hijo pronto.
Un hermano mío, madre, para que tomara mi puesto.

Inmediatamente, Numa cantaba *Los mejores compañeros.*

La emoción me arrancó lágrimas, sollozos. Sentí un dolor casi animal ante esa muerte imaginaria de un joven luchador.

¡Cuántas de estas cosas, cuántas de estas lindas cosas de él tenemos que rescatar entre los dos, Carlos querido, para conservarlo vivo entre nosotros!

Necesito tanto estar contigo, viejo, para recrearlo, para quererlo, amarlo concientemente, con sus madureces y sus inmadureces, en su totalidad. No como antes, que lo queríamos, sí, pero casi sin darnos cuenta y sin valorarlo totalmente.

Volvió la rutina. Es otro día más. ¿Qué día será hoy?, ¿jueves, viernes, sábado? No sé, tampoco me importa. ¡Qué puede importarle a un preso en qué día vive! Si todos los días tienen la medida de su celda estrecha, la luz gris de su penumbra.

Las policías se parecen todas, más o menos amables, más o menos bestias.

Los ruidos son todos los mismos: puertas de hierro que se golpean, cerrojos chirriantes, timbre, el teléfono del despacho sonando cada medio minuto.

Los empleados, que son todos policías, no se llaman entre sí por sus nombres o apellidos, sino por apodos (a veces groseros) o, genéricamente, funcionario. A las policías sólo las llaman: funcionaria o femenina.

Oigo a través del pozo de aire a otros detenidos que tratan de comunicarse entre sí. Son gritos y voces que se entrecruzan. ¿De dónde sacan ánimo?

Yo no puedo intentar nada. Nada me interesa. ¡Estoy tan quebrada! El *Valium* no me tranquiliza. Trato de ocu-

parme recorriendo los dos metros de la celda, cien, doscientas veces. Hago el cálculo de cuántas cuadras serán.

Me siento un rato en la cama. Vuelvo a empezar, cuento nuevamente.

Toco el timbre, llamo al empleado. Le pregunto si no sabe si pasaré al juez.

—No se sabe, señora. Hay un problema. No está claro si pasará a juez civil o militar.

—¿Y eso qué significa? ¿Hay otras exigencias?

—No, no. Es lo mismo. Es sólo porque hay estado de guerra.

—Seguro, me lo imagino. Pero es que estoy impaciente, deseando que esto termine. Que se compruebe nuestra inocencia y poder volver a casa a llorar tranquila, con mi marido, con mi familia.

—Comprendo, señora. Pero, por ahora, no le puedo adelantar nada. Trate de descansar. ¿Tomó el *Valium*?

—Sí, gracias.

Vuelve mi pensamiento a ti, Horacio. Cuando te llevaba conmigo a las asambleas de maestros, porque no tenía con quién dejarte. Íbamos juntos desde la escuela. Te compraba sandwiches y refrescos para que te quedaras tranquilo.

Claro, ¿qué podían importar a tus seis o siete años los problemas gremiales de los adultos?

Y cuando integraba el equipo de Epoquita,[12] también vos conmigo, a todas partes. Las corridas y el bochinche que metías en aquel cuartito, que era nuestra redacción. No había manera de hacerte quedar quieto. Con eso expresabas

[12] Suplemento infantil del periódico *Época,* clausurado en 1968 por Pacheco Areco.

tu desacuerdo a que yo te arrastrara a tantos lugares que no te interesaban.

Y Susana, cómo se divertía contigo. Y vos, cómo disfrutabas, jorobándola siempre.

—Che Susana, ¿de qué color te pintaste hoy los ojos? ¡Mirá, de azul! Parecés una mascarita.

Ella reía, divertida con tus ocurrencias, con tu espontaneidad y tu falta de censura para decir cosas tal cual las pensabas, y también con mi incapacidad para imponerte formas educadas de acuerdo a las normas de urbanidad establecidas.

¿Qué pensará ella ahora?

Aquellos años en la escuela del hipódromo, ¿te acordás?

Allí hiciste segundo, tercero y cuarto años. Precisamente, estando en cuarto, tuviste una discusión en clase que nos relataste muy excitado al volver.

Eran aquellos sombríos días de octubre del 62, cuando a raíz de la instalación de cohetes teledirigidos en Cuba el mundo estuvo al borde de una guerra. Días tensos a los que no escapaban siquiera ustedes los niños.

En la clase surgió ese tema. La mayoría, incluida la maestra, condenaba a Cuba y defendía a Estados Unidos. Tú los enfrentaste diciendo que Cuba tenía derecho a defenderse, que los yanquis debían irse de la Base de Guantánamo. Además, que arreglaran sus problemas de injusticia dentro de su tierra antes de levantarse como ejemplo para otros países. Y hablaste de la discriminación racial, de cómo allí los negros no podían tomar los mismos ómnibus que los blancos, ni ir a las mismas escuelas ni a los mismos lugares de diversión.

Volviste excitado y feliz, aunque eran pocos los que estaban de acuerdo contigo.

Pienso ahora que esa fue tu primera batalla, tu precoz batalla. Tenías ocho años.

A la noche vinieron a buscarme. Me indicaron que debía pasar a la salita donde me habían interrogado.

Me esperaban dos hombres. Uno joven, entre veinte y veinticinco años, y el otro alrededor de treinta y cinco.

—Siéntese, señora —me dijo uno de ellos, poniendo sobre la mesa, delante de mí, una hoja de papel—. Haga el bien de escribir sus datos personales, profesión, domicilio, constitución de su núcleo familiar, primero en letra manuscrita y después en imprenta.

Comencé a hacerlo con cierto titubeo.

—Tranquilícese, señora. Es nada más que una prueba caligráfica.

Seguí escribiendo. Cuando debí detallar el núcleo familiar, no pude más. Comencé a llorar al escribir: «Y un hijo de 18 años.»

—No lo tengo más —les dije—. Lo mataron en casa, el 14 de abril.

—Cálmese, señora, cálmese. Si quiere descanse un poco. No tenemos apuro.

Les hablé de Horacio. De lo valioso que era. De lo injusto de su muerte. De cómo no podría hallar consuelo en ninguna parte.

Parecían conmovidos. Por lo menos dejaron que volcara mi dolor por unos minutos.

Terminé de escribir con letra de imprenta. Me dijeron que, si quería, me quedara un rato más descansando. Les agradecí.

En realidad me conmovía ese joven, en quien veía a mi hijo, a pesar de ser policía. Así se lo dije, y le di un beso de madre.

Volví a mi celda. Cada una de estas explosiones de dolor me dejaban floja, desarmada.

Era un policía joven que podría ser mi hijo, pero era policía.

¿Cómo tantos jóvenes como Horacio dan la vida por sus ideales de justicia, y otros, también jóvenes, pueden hacerse policías, militares, para defender a los poderosos, los culpables de las injusticias? ¿Cómo no ven claro que ellos sí son usados por los poderosos para no perder sus privilegios?

Los días iban pasando lentos, grises, interminables.

El ensopado grasoso, del mediodía a la noche, servía, más que como alimento, para dividir la monotonía del tiempo del preso.

Oía las conversaciones de los otros detenidos.

Ángela, con sus gritos, le contaba a Mirta sus enfermedades y los medicamentos que tomaba. Comentaba sobre las policías, a las que llamaba porteras. Contaba cómo le habían revuelto la casa en el allanamiento. Sus hijitos estaban en casas de vecinos. Ofrecía comida a otros detenidos. Hablaba con ellos. Pedía y mandaba cosas.

Yo me encerraba en mí misma, mascullando mi pena y mi rabia.

Pensé, redacté mentalmente una carta, que algún día le enviaría al Presidente y a la prensa:

«Señor Presidente: Usted tiene ocho o nueve hijos sanos, llenos de vida, alegres. Hermosas criaturas. No les falta

nada: atención médica, educacional, ambiental. Nosotros teníamos un hijo. Alegre, sano, lleno de vida, lleno de la luz de sus dieciocho años. No le faltó nada: atención médica, educacional, ambiental. Salvando las diferencias económico-sociales, el paralelismo se da. Pero a nuestro hijo se le ocurrió ser idealista, generoso. Pensaba que la atención que él tenía debían tenerla todos. No era violento, pero sentía la violencia que sufrían los otros: la violencia del hambre, del frío, de la suciedad, de la promiscuidad, de las calles llenas de barro, de los rancheríos. Y soñaba con una justicia para todos. ¿Qué culpa tienen esos niñitos descalzos y hambrientos de no ser sus hijos, señor Presidente, y de no ser nuestros hijos? Los niños no eligen el hogar donde nacen, pero este los marca para siempre. Los niños no nacen delincuentes. Nuestro hijo era generoso e idealista, pensaba que esto no era justo. Tal vez sus hijos, señor Presidente, al llegar a la adolescencia, piensen lo mismo. ¿Es un delito querer una justicia más justa? Y cuando se la reclamen sus propios hijos, ¿qué les dirá, señor Presidente? De nuestro hijo no sabían quién era, qué pensaba, qué soñaba. Y sus policías lo asesinaron, cortaron sus preciosos dieciocho años, llenos de luces. ¿Quién es el responsable? ¿Quién ejecutó este crimen? Todo es anónimo, nadie responde por él. Pero reflexionamos: los policías dependen de su departamento; este, de sus mandos. Los ejecutores de esta muerte no son autónomos. ¿Quién da la orden de matar a mansalva, dentro de una casa, a cuanto ser vivo encuentran a su paso? ¿Puede contestarnos, señor Presidente?»

La esperanza de poder enviar algún día esta carta imaginaria me calmaba.

El Presidente era un ser humano también, no podía ser insensible al dolor de otros padres ante un crimen tan inicuo.

Mi dolor me hacía ingenua: quizás con esta carta pudiera evitar a otros dolores como los nuestros.

Los días pasaban sin novedad.

Preguntaba si pasaría al juez y nadie sabía nada.

De casa llegaban los paquetes; de mañana, de noche. Fruta, fiambre, galletas, chocolate. Querían hacernos llevadero el encierro. La misma ansiedad que nosotros la sentirían ellos, la misma angustia, la misma impotencia.

Aquí éramos seres olvidados. Nadie se acordaba de nosotros.

Yo me abrigaba con tu imagen, Horacio, con tus palabras.

De golpe me acordé de algo tan extraño. Sucedió en los últimos días de clase del año pasado.

Volviste del IAVA a eso de la una. Era un sábado.

—Estuvimos con unos compañeros en «La Esmeralda». Vino a la mesa un profesor que sabe quiromancia. Me leyó la mano. Me dijo que tenía gran inteligencia y sensibilidad. Y ¿sabés qué otra cosa? Que voy a morir joven.

—Y vos, ¿creés en esas pavadas?

—No, te lo digo como cosa curiosa nomás.

—Mira, si ese profesor creyera que eso es cierto, me imagino que no iba a ser tan torpe de decirlo. De esa manera se le irían todos los clientes.

—Seguro. Son cosas que sólo las podés tomar como un entretenimiento.

¡Qué feliz eras con tu juventud! Te sentías dueño del mundo, con tus dieciocho años.

Una vez hablábamos del significado de cada edad en la vida del hombre. Cómo cada etapa tiene su contenido, su riqueza, su fuerza propia.

Tú dijiste:

—Sin embargo, yo siempre quisiera quedarme en esta edad. Los diecisiete años son fabulosos. Es la mejor época de la vida, tan llena de fuerza, de sueños, de amigos. ¡No cambiaría por nada estos diecisiete años! No, no te digo pararme en esta edad, no avanzar, no. Quiero seguir creciendo, adquirir toda la experiencia. Pero no perder esta fuerza, esta frescura, estos sueños.

Estos recuerdos extraños adquirían ahora una significación casi mágica.

También un sueño que tuve, que me produjo gran angustia al despertar.

Estaban tú y papá, solos, conversando y riendo, sentados a la mesa del comedor. Yo los miraba de afuera y pensaba: «Entonces, no es cierto. No están muertos. ¡Qué suerte! ¡Sólo era un sueño que se habían muerto!»

Un viernes de mañana (hacía quince días que estábamos encerrados, incomunicados) abrieron mi celda y me indicaron que me parara afuera, de cara a la pared. Pude ver que había otros detenidos (hombres y mujeres) en esa posición. Teníamos orden de no darnos vuelta. Se notaba un gran desplazamiento de personas que hablaban entre sí, a la vez que nos ordenaban, de tanto en tanto:

—¡No se dé vuelta, mire la pared!

Un empleado se me acercó y me dijo:

—Su esposo quiere saber cómo está.

—Bien, ¿él está ahí?

—Sí, señora.

—¡Qué suerte!

Sí, qué suerte. Tal vez podría verlo. Aunque sea con los ojos nos diremos tantas cosas.

Nos ordenaron ponernos en fila. Al lado de cada uno iba un hombre. Policías de particular, seguramente. O sea, *tiras,*[13] pensaba yo.

Al frente iba alguien, que sería el de más jerarquía porque daba las órdenes para avanzar o detenernos.

A los hombres los llevaban tomados del brazo. Las mujeres íbamos sueltas, custodiadas al lado.

Bajamos no sé cuántas escaleras oscuras que rodeaban un ascensor. Por momentos prendían encendedores para evitar que alguien cayera.

Por un corredor estrecho llegamos a una habitación amplia. Nos dispusieron frente a una pared especial que estaba cubierta, hasta determinada altura, de algo así como espejos.

Detrás de cada uno, su custodia lo controlaba en sus mínimos gestos.

Nos ordenaban mirar sólo los espejos.

En ellos vi, en ángulo hacia mi derecha, la imagen querida de Carlos.

Estaba tan canoso, y tenía una barba blanca, muy crecida. Las lágrimas me corrían incontenibles. Él miró también mi imagen. Lloraba como yo.

Nos ordenaron cambiar de ubicación.

Carlos pasó por mi lado. Me acarició la cabeza con ternura. Con los ojos llenos de lágrimas, le dije sólo con mi

[13] Pesquisas, investigadores, policía vestida de civil.

pensamiento (no se podía hablar): «Viste, viejo, ¡qué horrible lo que nos pasó, mataron a Horacio!»

No nos habíamos visto desde que supimos la desgracia. Cada uno la había vivido en su soledad. Ahora, con los ojos, nos intercambiamos el dolor.

Nos ubicaron de acuerdo a las órdenes que daba un jerarca. Comenzó algo así como un desfile frente a los espejos.

Primero de a uno, deteniéndose debajo de cada luz y mirando de frente. Luego, caminar de perfil. Otra vez volver y hacer lo mismo. Todo esto controlado por su correspondiente custodia. Después todos en fila, haciendo lo mismo.

Wolvimos a empezar, otra vez de a uno.

De soslayo, cambiaba con Carlos miradas de ternura. Ya estábamos más tranquilos.

Entre los *tiras,* casi todos muy jóvenes (¡qué pena, tan jóvenes!), vi al que me había hecho la prueba caligráfica. Me dio lástima. En qué cosas sucias estaba metido. Mientras, otros jóvenes en las calles daban la vida por sus ideales.

Cuando desfilan, miro a los otros detenidos. Somos seis mujeres y cuatro hombres.

Siempre empieza el mismo hombre, colocado primero en la fila. Es cuarentón, fornido, estatura media. Tiene expresión sobradora, casi se diría que está feliz, burlándose de toda esta grotesca vigilancia, de los *tiras* sabuesos. Desfila con displicencia.

Otro detenido, delgado, alto, barbudo, lo hace con dignidad. Carlos camina dócil y apesadumbrado. Uno bajo, pequeño, está triste. A veces se equivoca.

Las mujeres somos tres mayores y tres jóvenes. Me llama la atención la alegría de una jovencita, con expresión infantil, que me sonríe y hace guiños para darme ánimo.

Las de más edad estamos serias. Yo, muy triste, con los ojos enrojecidos.

A mi lado, dos jóvenes están muy erguidas, demostrando orgullo y dignidad. Miran a los *tiras* con asco. Ostensiblemente les demuestran desprecio.

Una rubia de unos veinte años hasta desobedece las órdenes.

Me siento avergonzada entre ellas. Estoy achicada, tan quebrada, tan llorosa.

Con su actitud digna, ellas parecen decirme: «Esta no es hora de gemir, sino de luchar.»

Nos hicieron salir. Nos llevaron a un cuartito estrecho, recién pintado, en cuyo centro había un escritorio. Nos ordenaron mirar la pared y guardar absoluto silencio.

A mis espaldas estaba Carlos, escritorio por medio, también de espaldas. No nos veíamos, pero nos presentíamos. Respirábamos el mismo aire con olor a cal y pintura fresca.

En el centro, custodiándonos, estaban dispuestos los *tiras*. Aburridos, bromeaban entre sí, tamborileando sobre el escritorio.

De a ratos, como para demostrar que ellos eran los que mandaban, gritaban:

—¡Silencio! ¡No hable! ¡No se dé vuelta!

Nadie había hablado, nadie se había movido. Pero estos jovencitos, amparados en sus armas, hacían ostentación de prepotencia. Tal vez quisieran provocar alguna reacción.

Silencio total. Ellos se divertían. Eran los dueños del poder.

Qué pena sentí por esa vanidad estúpida de los verdaderamente débiles.

Nos llevaron nuevamente a la sala de los espejos. Otra vez la parodia.

Al entrar pude ver que en la sala contigua, del lado de atrás de los espejos, había varias personas observando. Sin duda los encargados de reconocernos, a nosotros, «peligrosos delincuentes».

Otra vez por las escaleras oscuras, celosamente vigilados, nos devolvieron a nuestras celdas.

Pude darle una mirada de adiós a Carlos antes de que golpearan mi puerta.

Por lo menos te había visto, Carlos, había estado contigo en este largo rato.

Ahora tú, encerrado allá arriba, solo. ¿En qué celda? No lo sabía.

Yo aquí, en la mía, también sola, otra vez sola. Miro sus paredes escritas con estas valientes consignas. Mi imaginación me trae las paredes de tu cuarto, Horacio.

Los afiches que habías pegado. Aquel que era sólo una boca sonriente de una jovencita, con el cabello enredado por delante. Aquel otro que tiene unos preciosos niños de una clase jardinera, que me había regalado el ministro Fleitas cuando visitó el curso. Después hojas de almanaque del Club de Grabado con canciones de protesta y letras de tangos.

Pero lo que más me gustaba era el *collage* que habías hecho en las paredes y puertas del *placard*.

Mirá que pasaste días de este verano pegoteando y pegoteando. Pero quedó precioso. Lleno de humor, color y fina ironía.

Cómo te sirvieron aquellos folletos, de gran colorido y excelente papel, que regalaba la 15 en la campaña electoral. Qué bien ubicaste sus leyendas.

Sobre la foto de una manifestación, en que los milicos están apaleando a un joven, pusiste la leyenda de la 15 que dice: «¿Me permite explicarle por qué quiero una democracia nueva?» Fino humor, humor triste, humor negro.

Sobre aquella otra foto, de no sé qué revista, donde están unos mineros bolivianos apuntando con sus fusiles, pusiste esta: «Claro que mi familia sabe que no todo es tan fácil, pero quieren trabajar y vivir en paz y creen que este es el camino».

Otra estaba impagable: una foto de Jorge Batlle inflamado, sin duda, por un discurso patriótico. Le pusiste esta leyenda de su propio folleto: «Toda mi familia vota la 15. Están creando un Uruguay para mí.» Realmente humor triste, humor negro, humor trágico. Pero todo lleno de amor.

Recuerdo frases grandes que atravesaban fotos, partes de historietas: «Ama a tu prójimo», «Los caminos de la libertad», «América es del pueblo», *«Je t'aime»,* «Aprontá tu corazón». Y fotos del Che, de Nixon, Fidel, Pablo VI, Kennedy, de líderes negros, de lindos rostros de muchachas. Todo formando un gran cuadro de nuestro tiempo.

Diariamente llegaban de casa los paquetes que nos traían el amor y la preocupación de todos. Era la precaria comunicación con el mundo exterior.

Por el empleado sabía quién los traía cada día. Me imaginaba a mamá en casa, preparando todo desde temprano. Y a ellos esperando turno abajo para entregar el paquete y mandarme el cariño tranquilizador. ¡Cuánto estaban haciendo

por nosotros! ¡Cómo se habían trastornado sus vidas, sus horarios, su tranquilidad!

¡Qué fin de semana largo! Sábado, domingo, y lunes 1º de mayo. No se podía esperar nada nuevo en estos días. ¿Cuándo pasaríamos al juez?

De la familia de Carlos no sabía nada. Al estar incomunicada, nada podía hacer para saber de ellos. Pero sin duda estarían también muy preocupados.

Pensé en mi familia, repasé tantas cosas. Siempre me había parecido que sus características, su constitución, su evolución, sus relaciones, en manos de un buen escritor serían un tema interesante. Pensaba: entre nosotros hay de todo, profesionales, obreros, militares, comerciantes, estudiantes. Cada uno con su pequeño mundo a cuestas. Reunidos, cada cual necesitaba hablar de sí mismo, de sus actividades, de sus éxitos, su yo. Sólo cuando alguno tenía un accidente, una desgracia, renunciaban a su yo y formaban el muro de protección común. Superado el asunto, volvían a su pequeño mundo feliz, egocéntrico.

Pensé: cuando salga de acá, cuando termine este tormento, hablaré con ellos. Esta experiencia enseña cuánto más hay que quererse, quererse siempre. Amarse sencillamente, en las virtudes y en los defectos, en todos los momentos, en el correr simple de la vida.

Si al fin es esa la única riqueza que podemos dar a los seres queridos, lo único que nos queda después que se nos mueren.

Horacio nos dejó todo su amor de hijo. Se murió sabiendo cuánto lo amábamos. Carlos y yo, que no creemos en el más allá, cómo soportaríamos esto si no fuera por el amor que le dimos y recibimos.

No creemos en el culto de la muerte, no nos consuela una religión. Sabemos que un cadáver es sólo algo que se va desintegrando poco a poco.

¿Qué nos queda entonces? Nos queda este Horacio vivo, que no morirá, que estará siempre entre nosotros, con sus dieciocho años, como él quería quedar.

El martes de mañana, al volver del baño, vi a Carlos parado frente al despacho. Nos miramos con emoción. Quise hablarle. Rápidamente, la policía me hizo entrar en la celda y cerró de un golpe mi puerta.

Al rato, un funcionario abrió mi ventanita y me dijo:

—Fue a bañarse. Parece que pasan al juez.

—¡Oh! Gracias, gracias. ¡Qué suerte!

Qué ansiedad. Toda la mañana y toda la tarde sólo una idea fija: que abrieran la puerta y me llevaran.

Pero no. Se hizo la noche y no pasó nada.

Empezó otro día. ¿Será hoy? Después de pasar al juez todo sería más fácil. Poco tiempo más y estaríamos libres.

A la una y media de la tarde abren mi puerta.

—Salga, señora. La van a llevar al juez. La funcionaria la va a acompañar.

Una señora gorda, uniformada, muy pintada, con el pelo teñido de amarillo, me esperaba. Al momento baja Carlos, acompañado de un policía de particular.

Está esposado. Nos sonreímos con tristeza.

Nos llevan a un ascensor y luego por escaleras oscuras, por donde no habíamos pasado nunca. Este edificio es un laberinto. Parece construido especialmente para que no se sepa cómo salir de él.

Al fin de varias vueltas (en una de las cuales pude oír que un hombre le decía a otros: «Ese es Rovira»), desembocamos en el garaje.

Aquello era impresionante. Nunca me hubiera imaginado que fuera tan grande y tan lleno de vehículos modernos, de diversas marcas y colores. Había: *Opel, Maverick, Chevrolet, Mustang,* «roperos»,[14] «chanchitas»,[15] «guanacos».[16]

Los autos de la policía, de los jerarcas, de los *tiras*. Cuánto dinero gastado en esto y no en crear fuentes de trabajo y promover riquezas. ¡Lo que cuesta al país, a todos nosotros, este equipamiento fabuloso de la policía! Si así piensan acallar al pueblo, qué equivocados están.

Nos arrimaron a dos *Opel*. Carlos en uno, con tres policías con metralletas. Yo en otro, con dos policías con metralletas y la femenina. Los choferes maniobraron, recorrimos el amplio garaje y tomamos la explanada de salida. Traspusimos el umbral y allí estaba el día, la luz de una tarde de sol. La calle San José. La gente, gente libre, que andaba por la calle. Se me nublaron los ojos, no pude contener el llanto.

Al llegar a Yaguarón la luz roja nos detuvo. Las personas que estaban en la esquina nos miraban con curiosidad. Éramos detenidos «peligrosos», dada la fuerte custodia que llevábamos. Tomamos Canelones hacia afuera. Sentí una fuerte sirena. Al frente iba un patrullero, seguido de un «ropero»,

[14] Denominación popular que designa a un carro policial de gran tamaño, color azul oscuro.

[15] Denominación popular que designa a un carro policial mediano, completamente cerrado, de color azul oscuro.

[16] Denominación popular que designa a un carro policial, que lanza chorros de agua para disolver manifestaciones.

abriendo camino. ¿A qué juzgado íbamos? ¿Tal vez al militar de la calle Sierra, donde trabaja Normey?

En nuestro coche había total silencio. Los policías iban tensos, vigilantes. ¿Miedo?

Al pasar por Canelones y Constituyente, veo el local del IAVA 2,[17] donde fue Horacio todo el año pasado. En la esquina, «La Esmeralda», donde pasaba ratos charlando con sus compañeros. Estas calles, estos lugares, esas mesas, tienen algo de él. Me acordé de los versos de Zarrilli:

Un día por esas calles,
ya no me verán pasar.
En vano estarán los árboles,
la vieja casa y el mar.

Qué fugaz es todo. Y su muerte, tan injusta. Si me hubiera muerto yo, total, al fin la vida nunca me interesó demasiado. Pero él tenía tantas cosas buenas para hacer, era tan vital, le gustaba tanto vivir. Cada milímetro de su piel disfrutaba el aire, el agua, el sol. Cada milímetro de su alma disfrutaba la amistad, el compañerismo, la solidaridad.

—No los entiendo a ustedes —nos decía—, cómo estando cerca de la playa no van a bañarse y a tomar sol en la arena.

De pronto tomamos en dirección al norte, por una calle transversal: Acevedo Díaz. ¿No vamos a Sierra entonces?

Cruzamos Rivera y comprendí que íbamos a ese juzgado, ahí donde había tenido que llevar a Horacio para que lo viera el médico forense, cuando tuvo aquel accidente en Rivera y Comercio.

[17] Instituto «Alfredo Vázquez Acevedo», No. 2.

Tenía entonces doce años. Volvía de la clase de inglés y bajó en esa parada para comprar *Marcha.* Al cruzar lo atropelló un auto. Un policía fue a avisarme a la escuela. En el auto de René fuimos a buscarlo a la seccional 25.

Qué susto me había dado. Por suerte no fueron más que pequeños cortes en la cara y hematomas en un brazo. Ya lo habían curado en el Pasteur. Al volver Carlos, lo llevamos al Sindicato Médico. Felizmente, no había sido más que un gran susto.

Nos detenemos a mitad de cuadra, frente al juzgado. Ahí, en la puerta, veo la figura seria, triste, de Donato. Qué impresión. Cómo contener las lágrimas.

Un policía abre la portezuela. Los otros ya están en la acera. La femenina a un costado, un policía al otro.

—Vamos, señora.

Llego a la puerta. ¡Qué abrazo apretado, estrecho, con Donato! Entre lágrimas de ambos expresamos ese gran cariño, que tanto crece en estos momentos.

—Vamos, señora. Después podrá saludarlo.

Enseguida veo la figura grande de Nelson, también lleno de dolor. Otro gran abrazo de hermano.

Carlos venía esposado, custodiado, detrás de mí. También apretados abrazos con Donato y con su hermano.

—Vamos, vamos, señora, señor. Por aquí, al patio del fondo.

Nos llevaron a un patio abierto, de paredes descascaradas y muy altas. A un lado, una escalera de hierro herrumbroso, en la que faltaban muchos escalones. Debajo de ella, una pileta de lavar, llena de agua. Al otro lado, una puerta rota, sin pestillo, intentaba cerrar un baño sucio, cuya cisterna perdía agua constantemente.

El piso era de baldosas blancas y negras, alternadas. La puerta que daba al edificio, así como las ventanas del mismo, tenían varios vidrios rotos. En su lugar habían puesto cartones y pedazos de chapas viejas.

Realmente era vergonzoso el estado de esta vieja casa donde se administra justicia. Para esto no había dinero. En los presupuestos, tanto la justicia como la salud pública y la enseñanza siempre quedaban retaceadas. Siempre las partidas adjudicadas estaban muy por debajo de su necesidades.

Aquí sólo había dinero para las fuerzas armadas y la policía. Estos sí se estaban equipando de nuevo, y realizaban construcciones fortificadas en cada cuartel, comisaría o en dependencias varias.

Que yo sepa, ningún cuartel está asistido por una comisión de fomento, ni sus comandantes tienen que organizar rifas, bailes, festivales, para obtener fondos.

Sin embargo, las escuelas sólo se mantienen más o menos en pie por la labor sacrificada del personal y las comisiones de fomento. Si algún día estas decidieran dejar de asistirlas, veríamos las escuelas en su cruda realidad: reducidas a escombros. Entonces todos comprenderíamos mejor qué poco atiende el gobierno lo fundamental para el pueblo. Mientras que somos nosotros, o sea, el pueblo, quienes damos el dinero para que se equipe a las fuerzas armadas, las mismas que reprimen nuestras protestas.

Estaba absorbida en estas reflexiones y no había advertido la presencia de otro detenido. Éramos tres, Carlos, el otro y yo, custodiados por seis policías de particular, un soldado, armado con metralleta y revólver, y la femenina.

Nos dispusieron bien separados, de cara a la pared.

Hablaban entre ellos, diciendo que debíamos esperar un buen rato.

Pasaba el tiempo. Oía las voces y las risas de los *tiras* cambiando bromas entre sí. Estaba bastante cansada y, de a ratos, no podía contener el llanto. La policía, a quien le habían traído una silla desde que llegamos, me dijo que podía darme vuelta y, si estaba cansada, caminar por ese estrecho espacio, debajo de la escalera.

Así lo hice. Me sentí aliviada. Miré el cielo despejado. Qué hermoso azul profundo. Su luminosidad me encandilaba. Mis ojos no lo resistían después de tantos días de penumbra gris en mi celda.

Serían alrededor de las tres de la tarde cuando un funcionario se acerca a la puerta y dice:

—Juan Almiratti, pase a declarar.

Instantáneamente levanto mis ojos hacia el nombrado, que se dirige a la puerta. Era el otro detenido. Lo reconozco: era aquel hombre que en la sala de los espejos comenzaba el desfile con paso desplicente y actitud sobradora. Desapareció tras la puerta.

De modo que este era el ingeniero Almiratti. El que tanto dio que hablar a la prensa, el año pasado, cuando con una audacia increíble —propia de los tupamaros— escapó del juzgado, burlando a los guardias y a todos los funcionarios.

Cómo celebraba Horacio estas cosas. Cada vez que se producía una de esas audaces acciones de los tupas (los llamaba siempre así), volvía radiante a casa.

—¿Saben la última? —nos decía, y ahí nos largaba la primicia que había recogido en la calle. Porque en la calle se sabía mucho antes de que saliera el comunicado oficial.

Era así desde que estaba prohibido dar noticias por la prensa. Todo se sabía antes, y las primicias corrían de boca en boca como reguero de pólvora. «Radio Bemba» llamaban a esta prensa en la Cuba de la Revolución.

¡Si Horacio supiera que conocimos a Almiratti, él que lo admiraba tanto!

—¡Son unos genios! —comentaba cuando la fuga de los ciento once—. Fijate que hicieron un túnel desde las celdas, pasando por debajo de la calle, hasta el living de una casa. Eso es una obra de ingeniería. Sin duda que lo planificó Almiratti. ¡Es un bocho,[18] el loco!

Había pasado más de una hora cuando volvió al patio. Con una ancha sonrisa feliz, se recostó a la pared del fondo. Miró a los *tiras* con amabilidad, con cariño casi, y con confianza y satisfacción dijo:

—Declaré fenómeno. Está todo arreglado. Le dije que todo estaba tranquilo, que no se preocupara.

Hablaba feliz, dominando la situación. Los *tiras* lo miraban, también sonrientes, con simpatía. Se diría que sentían admiración por este hombre, tan seguro, tan por encima de las circunstancias adversas.

De pronto, luego de una breve reflexión, le dijo a uno de ellos:

—Che, andá a decirle al juez si puedo pasar de nuevo. Tengo que agregar algo.

El interpelado lo miró incrédulo, titubeante, sorprendido. No se movía.

—Che, hacé el favor. ¡Dale, dale! Andá a decirle que me quedó algo para declarar.

[18] Persona muy inteligente.

No era un pedido. Era una orden, pero dicha con tal sencillez y confianza que el otro obedeció.

—Dice que pases.

—¿Viste? Está bien.

Volvió a los pocos minutos. La misma alegría, la misma seguridad.

Ahora nos tocaría a nosotros, pensé. Llamaron:

—Señor Carlos Rovira. Pase.

Carlos desapareció tras la puerta.

Mientras esperaba su regreso observé a este hombre, que concitaba la curiosidad atenta de todos los guardias. Estaba vestido igual que el día que fuimos a los espejos: pantalón y saco de lana gris. El saco bastante usado, con aplicaciones de cuero en los codos, lo llevaba algo arremangado. Sin duda lo que menos le interesaba era la vestimenta.

Miró con simpatía a uno de los *tiras* y le dijo:

—Che, ¿eras vos? Ah, no, no. Era otro. Aquel morocho que me cuidaba en los espejos, ¿te acordás? Sí, era ese. Ese fue conmigo, el año pasado, cuando me las tomé del juzgado.

Lo escuchaban con atención. Expectantes.

—La otra vez estuve preso un poco más de un año. Ahora pienso estar más o menos lo mismo. El año que viene me voy otra vez. Yo no voy a hacer como estos de ahora. ¡Se pasaron de vivos! Apenas estuvieron un mes y se las tomaron. No, yo me quedo un año, un año y medio más o menos.

Los guardias se miraban como diciendo: «Pero este tipo, ¡sí que es formidable! Está por recibir una larga condena y piensa tan fresco que se irá pronto. Es tan audaz que es capaz de hacerlo, nomás.»

Yo estaba admirada del estado de ánimo que tenía. Realmente, había que ser muy templado, muy firme, para estar

tan alegre y optimista. «Luchar con alegría, morir con alegría», decía en mi celda. Este era un ejemplo.

El soldado que cuidaba la puerta se había mantenido aparentemente indiferente. De pronto le dijo:

—Pero, che Almiratti, vos que sos tan inteligente, un gran ingeniero, ¡qué necesidad de meterte en esto! ¿Qué ganás? Sólo que te pongan preso, de tanto en tanto.

—Y, viejo, si los que estamos convencidos de que las cosas tienen que cambiar no nos metemos, ¿hasta cuándo va a seguir la injusticia?

—Pero vos, ¡qué necesidad! ¡Vos que sos tan inteligente! Porque vos planificaste todo lo de la fuga, ¿no es?

Tenía acento fronterizo. Hablaba con admiración, como con orgullo de poder dialogar, tuteándose, con una persona tan importante.

—Pero no, viejo, eso es pura leyenda. Fama que me hicieron los diarios, nada más.

—Bueno, pero yo te pregunto, ¿por qué ustedes nos tienen bronca?

—Estás equivocado, a ustedes no. Lo que pasa es que no se dan cuenta que defienden a quienes los explotan.

—A mí me pagan. Hay que trabajar, ¿no es?

—Sí. Pero hay trabajos y trabajos. ¿Vos de dónde sos? ¿Rivera, Tacuarembó? Bueno, ¿no te parece que con las riquezas que hay por allí podías trabajar en una fábrica, en un establecimiento, cerca de tu familia, o que pudieras estudiar si así lo quisieras? Y, sin embargo, tuviste que venir para acá, meterte de soldado y arriesgar tu vida defendiendo a otros que lo tienen todo.

—Pero ustedes nos tienen bronca, porque si pueden nos matan. ¿Por qué no los matan a ellos?

—Lo que pasa es que ustedes siempre se ponen en el medio para defenderlos. Cuando se den cuenta...

Yo me acordaba de los versos de Guillén:

No sé por qué piensas tú,
soldado que te odio yo,
si somos la misma cosa,
tú, yo.

Se abrió la puerta. Volvió Carlos. Al instante llamaron:

—Señora Grieco de Rovira, pase.

Eran casi las seis de la tarde. Pasé a un pequeño despacho. Un escritorio. Detrás, sentado, el juez. Era el mismo hombre de ojos buenos que me había entrevistado en la jefatura. A su lado, una mesita chica, con máquina de escribir, y un hombre dispuesto a usarla. El juez se puso de pie y me indicó que me sentara. Se paró frente a mí.

—¿Cómo está, señora?

—Bien, señor juez, ya más tranquila.

—¿Está de acuerdo con lo que declaró a la policía?

—Sí. Es toda la verdad.

—Bien, háble me de su hijo. Relate todo lo que hizo ese día, desde que se levantó, minuto a minuto.

Hice el relato, él me hacía algunas preguntas para que aclarara mejor lo que decía. En el curso del interrogatorio me dijo que eran cuatro los muertos en casa.

—¿Cómo, no lo sabía? ¿No le dijeron en la jefatura?

—No, señor. Me dijeron de mi hijo y los dos amigos que yo reconocí: Rodolfo y Marcos.

—Había otro más, Gabriel Schroeder.

—¡Qué horrible! ¡Qué crimen horrible!

—Cálmese, señora.

—Pero es que esto es un crimen espantoso. Matar a cuatro muchachos así, dentro de una casa. Yo pensaba en estos días en mi celda: la policía actuó con torpeza criminal. Porque me parece que siempre debe interesarles más un tupamaro vivo que muerto. ¡Qué ceguera, qué torpeza!

El juez indicó al funcionario que registrara a máquina el interrogatorio, así como el relato de todas mis actividades del viernes 14. Como finalizó el horario de oficina sin que esto hubiera terminado, debíamos volver al día siguiente.

Los policías nos condujeron a los autos para regresar a la jefatura.

Pude ver, estacionado frente al juzgado, un «ropero». En él introdujeron a Almiratti, celosamente custodiado.

¡Cómo lo controlaban! Él respondía, con su risa franca.

Al entrar al garaje, los policías que nos acompañaban se apresuraron a exhibir sus carnés a los soldados de guardia, fuertemente armados.

Por escaleras y ascensor volvimos a nuestras celdas. Como íbamos juntos, pudimos despedirnos Carlos y yo con un silencioso abrazo.

A la tarde siguiente nos condujeron nuevamente, cada uno en un coche, vigilados igual que el día anterior. Carlos iba esposado otra vez.

Llegamos y ya de lejos diviso a Mario. Serio, triste, emocionado. También estaban Donato y Nelson. ¡Qué abrazo con Mario, el menor de los hermanos, tan duro por fuera, pero qué blando, qué tierno por dentro! ¿Quién dijo que los hombres no lloran? Pero, ¡qué conmovedor es ver llorar a un hombre!

Nos conducen al fondo. Le sacan las esposas a Carlos.

Al rato me llaman. Termino mi declaración. Me llevan nuevamente al patio.

—¿Nos levantan la incomunicación? —pregunto.

—Un momento, señora. Voy a consultar.

Viene un *tira* joven, pequeño. Con prepotencia llama a Carlos. Lo esposa nuevamente.

—¿Qué es esto, por qué? —pregunta él.

No le contesta. Vuelve el otro y dice:

—Está levantada la incomunicación. Pueden hablar unos minutos con sus familiares. —El *tira* chiquito le saca las esposas a Carlos. ¿Qué fue esto entonces? Una pequeña demostración de poder, de prepotencia.

Pobres de ellos si eso los hace sentirse fuertes. Qué débiles son.

Nos hacen pasar a una pequeña salita, abarrotada de carpetas llenas de expedientes. Apenas cabemos parados. Hacen entrar a Donato, Mario, Nelson. Nos confundimos en un apretado abrazo los cinco. Los guardias nos vigilan desde la puerta.

—¡Qué crimen horrible! Fue una matanza que no tiene perdón. ¡Pobre Horacio! —dije entre sollozos.

—Pero vos tenías confianza en nosotros, ¿verdad? —preguntó Donato.

—Seguro. ¿En quién si no?

—¿Ustedes no sabían nada de lo de Horacio?

—No, no. Eran amigos que estudiaban con él.

—Entonces estén tranquilos. No va a pasar nada. Es de esperar un buen desenlace.

—Y mamá, ¿cómo está?

—Ahora ya está mejor. Fue muy duro, pero lo soportó. Está deseando verlos.

—Cuánto pienso, cuánto pensamos en ustedes. En los difíciles días que pasaron.

—Por favor, ahora a tratar de olvidar y soportar lo poco que falta.

Un guardia nos dijo:

—Señores, tenemos que volver a la jefatura. Como ya no están incomunicados, podrán verlos allá.

—Besos grandes, todo el cariño para todos. Perdón por todo este gran dolor.

—Traten de estar serenos. Pronto podremos verlos libres —nos dijeron.

Otra vez, en autos separados, nos devolvieron a la jefatura. El ascensor se detuvo en el cuarto piso. Yo debía bajar, Carlos seguía al quinto. Un fuerte abrazo sin palabras lo dijo todo.

Me llevaron a mi celda.

—Y, ¿cómo le fue, señora? —me preguntó el empleado.

—Bien. Ya terminé la declaración. No estoy más incomunicada.

—Bueno, saldrán libres en poco tiempo. A cualquier hora puede llegar la orden de libertad. Ha llegado hasta de madrugada. Descanse tranquila. Ya está todo solucionado.

—Trataré de hacerlo. Gracias.

En la soledad de la celda, pensaba esperanzada en el momento del rencuentro. Cuando pudiera estrecharme en un abrazo largo con Carlos. Cuando estuviera con mamá, Rosa, con todos ellos, tan queridos y lejanos.

¡Cuánto tendríamos para hablar! ¡Qué necesidad de consuelo y desahogo mutuos! Ya faltaba tan poco. Horas, tal

vez un día, dos, pero al fin todos juntos, para hablar mucho de Horacio y de todo esto que pasó.

Al otro día me llaman porque tenía visita especial. Así le llaman a estas visitas que no tienen horario establecido, sino que las concede la Dirección General. Un guardia me conduce al ascensor, donde ya está Carlos con otro guardia. Bajamos unos pisos y nos llevan a un patio amplio, con bancos largos. Nos dicen:

—Tomen asiento. Ya vienen sus familiares. Tienen cinco minutos para hablar con ellos delante de uno de nosotros.

—Gracias, gracias.

A un costado vimos que se abría una puerta, de gruesas rejas. Venía mamá con Luis, Rosa y Antonio. Mamá estaba serena. Como siempre, el pañuelo cubriendo su cabeza. Su pelo blanco asomaba al borde de la frente.

¡Qué apretado abrazo con todos! No lloramos. Hablamos de cómo estaban, de las esposas, los chiquilines, Normey. Nos dijeron que Donato les había avisado que el juez había dispuesto nuestra libertad, y que de un momento a otro estaríamos en casa.

—Van a ver —dijo mamá, con los ojos felices—, esta tarde o mañana ya estaremos todos juntos.

Terminó la visita. Nos despedimos, felices de habernos visto. Ellos se iban contentos, con nuestra imagen en los ojos.

Las horas siguientes fueron de espera ansiosa. En cualquier momento llegaría la orden de nuestra liberación.

La noche apagó bastante esta esperanza. Pero no, si el funcionario me había dicho que también de noche podría ser. Me dormí con esa ilusión. Tal vez a las tres o las cuatro de la mañana me despertaran para decirme:

—Ya está. Puede irse, señora. Aquí está su esposo para salir juntos.

Me desperté a la mañana siguiente. No había pasado nada. Seguía la tensa espera.

A la tarde nos llaman nuevamente para visita especial.

Eran Donato, Nelson y Mario. Otros fugaces cinco minutos para charlar con ellos delante del guardia.

Donato nos explicó que la demora se debía a que la orden de libertad había pasado a la órbita de las Fuerzas Conjuntas, o sea, las que decidían en estos tiempos. Cuestión de trámite nomás. Pronto estaría listo. No había que impacientarse, porque no existía motivo para ello. Se estaba viviendo una época tan compleja, que hasta las situaciones más sencillas demoraban en resolverse.

Nos informaron de algo realmente increíble: Mario también había estado detenido.

Sucede que a la tardecita del viernes 14, al enterarse por el diario, no dudó un instante en ir a nuestra casa. Pensó: si están allanando, que sea en presencia de alguien de la familia. Por supuesto, ignoraba el asesinato, porque de eso se informó ya muy entrada la noche.

Al llegar, sin darle tiempo a explicar nada, fue detenido con la misma brutalidad que nosotros. Lo llevaron a la jefatura y lo tuvieron tres días en una celda del sexto piso, sin colchón, sin nada.

No atendieron sus explicaciones, no se le dieron razones de la detención.

Después de un breve interrogatorio, lo liberaron recién el lunes.

—¡Qué barbaridad! Además del asesinato, este otro atropello.

Nos devolvieron a nuestras celdas. Traté de convencerme de que lo mejor era la paciencia. Total, lo más valioso lo habíamos perdido. ¿Qué podían importar unas horas, unos días más de encierro injusto?

Lo importante no éramos nosotros, las víctimas no éramos nosotros, los padres, por más que sufriéramos.

La verdadera víctima era Horacio.

¡Qué podía importar nuestro dolor frente a esa vida tan plena, segada por un criminal tan indigno!

Pero sufría también por ellos, por mi familia y la de Carlos; los sabía infatigables, buscando nuestra libertad.

Seguramente a ellos les importaba esa libertad más que a nosotros mismos. Comprobaban por primera vez, tan de cerca, una injusticia, un atropello semejante.

A la mañana siguiente permiten la visita de la madre de Carlos, y de Nelson, el hermano. Cuánto dolor, cuánta pena, expresados en palabras y en silencios.

No. Nada puede conformar. No hay explicación, no hay palabras que ayuden.

Como estas visitas no estaban prefijadas con horarios establecidos, hubo días en que los familiares venían, y después de hacer gestiones, de esperar horas, se les contestaba negativamente.

Mi inquietud fue en aumento. Esperaba con ansiedad hasta la tardecita. Ya en la noche preguntaba si no habían venido. Se me decía que ese día no habían permitido visitas.

Fue así que pregunté al funcionario en qué consistía habernos levantado la incomunicación. Esto me parecía una burla. ¿Por qué no me dejaban ver a Carlos? Viéndolo me sentiría más tranquila. Prometió ocuparse.

Pasaban las horas, y nada. Volví a llamarlo. Volví a insistir en lo mismo.

Sobre las siete de la tarde me hacen pasar al despacho. Allí estaba Carlos, con su crecida barba blanca.

—¿Vio, señora, cómo me ocupé de su pedido? Pueden hablar cinco minutos en mi presencia.

—Sí, sí. Gracias, gracias.

Carlos estaba triste y feliz, lo mismo que yo. Por primera vez podíamos hablar, sólo de Horacio.

—¡Viejo, cómo haremos para vivir sin él!

Nuestras manos apretadas hablaban más que nosotros, lloraban más que nosotros.

—Bueno, Filo, tratemos de ayudarnos. Sabemos cuánto valía Horacio. Él siempre nos acompañará.

—Sí, así tiene que ser. No me lo puedo imaginar muerto.

—Además, pensá por qué murió. Si él hubiera podido elegir su muerte, sería esa: peleando por sus ideales. Lo injustificable es que haya sido un asesinato tan cobarde.

—¡Si pudiera conformarme! Pero es inútil, no encuentro consuelo.

—Pensá si hubiera muerto en un accidente en la calle, o de una enfermedad. Tampoco podríamos conformarnos. Pero sería una muerte distinta. Esta es una muerte valiosa, como él la quería. Tenemos que estar orgullosos de él. Valía mucho y murió por lo que tanto soñaba.

—Sí, viejo, tenés razón. Eso también yo lo pienso. ¡Pero es tan difícil aceptar su ausencia!

El funcionario nos indicó que debíamos volver a nuestras celdas. Agradecimos y nos despedimos.

¿Quién sabe hasta cuándo no podríamos vernos nuevamente?

La conversación con Carlos me serenó. Tenía razón. Horacio era todo para nosotros, pero su muerte lo hacía más valioso. Quien es capaz de perder su vida, que es su mayor riqueza, por el ideal de hacer un mundo mejor, da la más grande prueba de amor hacia los demás.

Nosotros lo queríamos con un amor limitado, chiquito, que lo envolvía a él sólo. Su muerte nos mostró que el amor de él era para todos grande, enorme, ilimitado.

En los días siguientes nuestra situación siguió incambiada. Encerrados en nuestras celdas, incomunicados, excepto las fugaces y excepcionales visitas. El encierro era aislado, en la celda individual y estrecha, lo mismo que antes de nuestra libertad.

El juez dispuso que debíamos ser liberados, pero aquí se nos mantenía como el primer día, peor que a criminales peligrosos. A estos, después de veinticuatro o cuarenta y ocho horas de encierro aislado, se los pasa al juez. Si son procesados, pasan al establecimiento de detención de Miguelete, y ahí son celdas colectivas.

Este encierro aislado, incomunicado, oprimente, está pensado sólo para un día o dos, hasta que el juez dispone la libertad o el proceso.

Y nosotros, declarados libres por el juez, ¿cuántos días hace que estamos aquí?, ¿veinte, veinticinco? ¿Cómo puede ser esto así? Siendo inocentes, tratados mucho peor que verdaderos delincuentes. ¿Cómo pueden estar tan trastocadas todas las cosas, que no se resuelve un asunto tan claro? ¿Y la justicia? ¿Qué significa la justicia en este momento? Los jueces, la Suprema Corte, ¿todos aceptan sumisos este atropello, este manoseo? ¡A qué extremos hemos llegado!

Pero, ¿qué quiere esta gente? No sé cuánto podré aguantar.

Comprendo claramente que, después de esta experiencia, aun el más sereno se haga rebelde. Son tan torpes que no se dan cuenta de que ellos mismos los están fabricando. ¡Si serán torpes!

¡Si a un ministro de hace un tiempo se le ocurrió que la mejor manera de eliminar a los tupamaros era prohibir nombrarlos! Y hasta se decretó que no se podían usar siete palabras que hacían referencia a ellos.

Es el colmo. Pero son los que mandan, y por eso nosotros, siendo inocentes y liberados por el juez, tenemos que aguantar y mascar bronca. Pero no, no puede ser. Esto se tiene que aclarar. No puede seguir indefinidamente invertida la justicia.

Cuando permitían visitas, era siempre delante de funcionarios y sólo un familiar. Salvo cuando venía mamá, o la madre de Carlos, las dejaban pasar, acompañadas por un hijo, en razón de la edad. Por ellos nos enteramos de otras cosas que habían pasado en aquellos días trágicos. Habían matado a un matrimonio en su propia casa, ese mismo 14 de abril, y en un tiroteo en la calle a dos jóvenes más. Días después, en un club comunista en Belvedere habían acribillado a ocho o nueve obreros allí reunidos. ¿Hasta cuándo seguirían estas muertes?

Nuestra inquietud seguía en aumento. Ellos nos decían que Donato, Luis, en fin, todos, seguían sin descanso haciendo gestiones a todo nivel. Hasta Nelson, en su desesperación y en contra de la opinión de ellos, había ido a ver a Gallinal para interesarlo por nosotros. Naturalmente, el resultado fue cero.

Nos pedían que no desesperáramos, que había que tener fe, que la justicia debía salir a flote y resplandecer al final.

Hicieron gestiones ante la Dirección General y se nos permitió recibir libros, que ellos nos trajeron, pasando lógicamente por la censura previa. Los relatos sobre aventuras en la selva de Horacio Quiroga, que se habían editado últimamente, *La invitada* de Simone de Beauvoir, la serie de *El tercer ojo,* fueron algunos libros que nos intercambiamos con Carlos, por medio de los funcionarios.

Yo trataba de concentrarme en la lectura para evadirme de la realidad. Lo lograba a medias. Sentía que la angustia y la inquietud crecían.

Debía dominarme cuando ellos me visitaban. No quería agregar a su preocupación la enorme pena de saber que yo no podía contener mi sufrimiento.

Cuando ellos se iban, encerrada en la soledad de mi celda, volvían a mí las imágenes imborrables de Horacio. Él era mi gran compañía.

Recordé cuando, a principios del año pasado, él cursaba segundo año de Preparatorios de abogacía, en el IAVA 2, y se produjeron una serie de problemas gremiales en ese instituto. Él era uno de los delegados de su grupo. Se trataba de desgremializar a un estudiante de su misma clase. Un tal Miguel Sofía.

Él nos explicaba que no era estudiante, sino un infiltrado que trabajaba para la policía.

—Es un *tira* —nos dijo.

—Bueno, pero ¿cómo lo saben? No pueden actuar con ligereza, pueden cometer una gran injusticia.

—Está comprobado. Ya estuvo en otros institutos haciendo lo mismo. Además, yo lo vi hace unos días en una

clase del nocturno, sentado en un salón como un alumno más. Asiste a dos institutos de Preparatorios a la vez. Otros compañeros lo conocen bien y tienen datos concretos; trabaja para la policía. Viste de lo mejor y anda en brutos autos sport. Él no niega que estuvo entreverado en asuntos feos, fichar gremialistas, dar datos a la policía, pero dice que ahora no lo hace más. Imagínense que con esos antecedentes, ¿quién va a estar tranquilo?

—Bueno, bueno, todo lo que decís puede ser cierto. Pero eso no nos quita la inquietud. Traten de calmarse. Son cosas muy peligrosas. Mirá lo que pasó en el Bauzá y en tantos otros.

—Por eso mismo, ¿vamos a dejar que los fachos[19] nos masacren, nos entreguen a la policía? Hay que desenmascararlos, porque ellos todavía la dan de demócratas y tratan de engañar a los incautos.

A la mañana siguiente fue a clase y, al despedirlo, una filosa inquietud me penetró.

—Cuidate, por favor. Todo con calma.

Recién lo vi después de la escuela. Él volvía del estudio de Donato, a quien ayudaba de tarde, haciendo algunos trabajos a máquina y averiguando la marcha de expedientes en los juzgados.

Estaba eufórico.

—¿Sabés que fue desgremializado y expulsado por los compañeros? El muy podrido, como tiene pinta, trató de conquistarse a las chiquilinas. Exigió voto secreto. ¡Fenómeno! Se votó en todas las clases, y por mayoría, por voto secreto, salió que debía ser expulsado. No tuvo más remedio

[19] Fascistas.

que aceptar el resultado. Era lo que él había exigido como garantía.

Eso sí, se armó flor de relajo en la calle porque algunos querían sacarlo a patadas. Vinieron de los diarios. Mirá esta foto de *Acción*. Dice que lo lastimaron. Y, ¿sabés qué es? Pintura roja que él mismo se volcó encima.

—Bueno, bueno, tranquilo. Ojalá se arreglen las cosas y puedan estudiar en paz.

Comencé a leer *La invitada*. Hacía unos años que lo había leído, pero era bueno repasarlo para ver si me seguía pareciendo interesante. No sé si por mi creciente estado de inquietud, pero la verdad es que no lograba convencerme.

Además, ¿cómo esta mujer, en plena guerra, con todos los problemas de injusticia y horror que se vivían, podía perder el tiempo en esos intrincados asuntos sicológicos, en los mil vericuetos del alma humana? Era una forma de individualismo que no podía justificar. En esos momentos en que había que jugarse por cosas fundamentales, ella hacía filigrana intelectual.

No lo compartía, ni lo podía entender, en quien se decía de izquierda avanzada. Sufría la enfermedad de tantos intelectuales que se aíslan en su torre de marfil y se adornan con el rótulo: izquierdistas.

Las paredes de la celda empezaban a apretarme. Sentía la sensación física de la opresión del encierro. Ya no me calmaban las interminables idas y venidas a través de los dos metros de largo. Llegué a golpear con mis puños esas paredes odiosas. Pedía para ir al baño, aunque no fuera más que para estar unos minutos en el corredor. Pero al volver, ese golpe de la puerta me decía: ¡Adentro, aguante, quieta, embrómese!

Hacía varias noches venía ocurriendo algo increíble. Sí, sólo digno de este sistema de represión, tan humillante y torpe. ¡Traían perros al corredor para cuidar las celdas! Los sentía ladrar, sentía golpes en mi puerta cada vez que el animal se movía. Oía las órdenes del policía que los mandaba: «¡Échese, acuéstese, quieto!» No lo podía creer. Por momentos los gruñidos del animal y la voz del hombre se confundían. Eran un mismo ruido ininteligible.

Una noche, a eso de las dos de la mañana, pedí para ir al baño, y pude comprobarlo con mis propios ojos.

Junto a mi puerta un enorme *doberman* marrón, y en el otro extremo del corredor un ovejero alemán, de lomo gris oscuro.

Dos hermosos y enormes animales. Cada uno sostenido por un policía de uniforme. Esto me permitió diferenciarlos. Me vieron pasar y no ladraron, no se movieron siquiera. Maravillosamente amaestrados.

Pero durante las noches, en muchas oportunidades, me despertaron sus fuertes ladridos.

Quedaba largo rato con los ojos abiertos, mirando la oscuridad, oyendo los ruidos de los policías-perros. Mi pensamiento repetía y repetía una parte de la canción que canta Horacio Guaraní:

Estamos prisioneros, carcelero,
yo, de estos gruesos barrotes,
tú, del miedo.

¿Qué significaba esta presencia de perros guardianes aquí? ¿No eran suficientes las gruesas rejas y revólveres que los funcionarios llevaban en la cintura? ¡Qué débiles y

ridículos son! ¿O será esta la última novedad en técnica represiva? ¡Qué adelanto! ¿Ese «adelanto» se evidenciaba también en la presencia de detenidas, tiradas en el corredor y los pasillos, sin colchón, sin abrigo, sin nada?

Al otro día, cuando vino Mario, ya no pude disimular mi angustia. Le pedí que no le dijera nada a mamá, ¡por favor! Que le pidiera a Luis algún medicamento que me levantara el ánimo, que me infundiera optimismo. El *Valium* no me hacía nada. ¡Caía en pozos tan profundos! Hacía un esfuerzo enorme para que ellos no lo notaran, pero hoy no había podido contenerme.

—Perdoname, Mario. No quiero darte tristeza con mi sufrimiento. Ustedes ya tienen bastante. Perdoname.

Se despidió con los ojos brillantes. ¡Si me hubiera aguantado!

Me torturaba más por haber trasmitido a otro, que ya tenía su dolor propio, el mío, que no supe contener. No tenía derecho de hacer sufrir a los demás.

Estaba muy angustiada, necesitaba hablar con alguien. La policía de este turno era medianamente joven, bien arreglada, de gestos altaneros y distantes.

No se diría una milica-tipo, pero sí que aspiraba a serlo. En fin, una incógnita. La llamé.

—¿Necesita algo?

—Sí, señorita. Quisiera pedirle si me puede traer unas hojas de papel y una lapicera que tengo en mi bolso. Estoy muy angustiada y me haría mucho bien escribir algo. No tendría inconveniente en que ustedes lo leyeran. Quisiera escribir sobre mi hijo, algunas páginas donde volcar mi pena.

Me miraba fría, inexpresiva.

—Voy a consultar.

—Voy a intentarlo. Gracias, señorita.

Me había costado descongelarla. Se diría que estaba cubierta por una coraza impenetrable para así parecer una policía-policía.

Porque ¿a quién puede gustarle este trabajo? Especialmente una mujer, ¿puede tener alma de milica?

Había conocido algunas sobre las cuales aseguraría que sí. Parecía que disfrutaban con el uniforme, que se sentían dueñas del poder. Pero había otras que hasta eran casi amables. Y otras más, como esta, que parecían indiferentes a todo, funcionarias de rutina, pero que se mantenían a base de sedantes. Seguramente por necesidad estaban atrapadas por esta máquina infernal, y sólo sedándose podían soportarla. No eran lo suficientemente fuertes e independientes para conseguir otro trabajo.

Al otro día vino Luis. Me trajo los medicamentos. Me observó, me preguntó qué sentía. Me indicó un tratamiento combinado de *Niamid* y *Valium*. Me dijo que ellos seguían haciendo gestiones.

Al pedirle perdón por la pena que yo les agregaba a las suyas propias, me dijo que no pensara en eso. Era lógico que la angustia me atrapara así, ante esta situación doblemente trágica: lo de Horacio y ahora este encierro injustificado.

Sus palabras me animaron. Además vi a Carlos. Él estaba firme, me daba coraje.

Esa noche descansé mejor, a pesar de los golpes y ladridos de las fieras en la puerta de mi celda.

Hoy es lunes 15 de mayo. Hace un mes y un día que sucedió la tragedia. Un mes y un día de encierro, entre estas cuatro estrechas paredes.

De tarde vino mamá con Antonio. Estaban contentos. ¡Cómo disimulaban delante de nosotros!

—Todo marcha bien. Donato no descansa en esto. Van a ver que pronto están en casa. En el momento menos pensado los venimos a buscar.

¡Qué ánimo nos daban! Ni una lágrima, ni un lamento. Todo marchaba a las mil maravillas. Había que creerles.

Nos despedimos felices, con la certeza del próximo rencuentro en casa.

Eran alrededor de las ocho. Me disponía a pasar otra noche como las anteriores, aderezada por ruidos y ladridos.

Abren mi puerta y la policía de turno me dice:

—Señora, apronte rápido sus cosas, que se va.

—¡Ay! No puede ser, ¡qué alegría!

Atropelladamente empecé a meter las pocas cosas que tenía en una bolsa de polietileno. Por encima del trajecito me puse el saco grueso de lana que me había tejido mamá. Sobre un brazo llevaba la frazada doblada.

Salí de la celda. En el corredor había otras personas. Otra policía, al verme tan feliz, me dijo:

—Pero mire, que no va para su casa. Va internada al Nery.

—¿Cómo, si estoy libre?

—Sí. Pero hay orden de internación al Nery.

El funcionario me llamó al despacho. Allí estaba Carlos, firme, tranquilo.

—Señora, la llamé para que se despidan.

—¿Y él adónde va?

—No tenemos comunicación. Por ahora se queda aquí. Pero usted va a estar mejor allá. Por lo menos tendrá compañía. Es muy distinto que acá.

Miré a Carlos. Tener que separarnos ahora. Yo estaría mejor, ¿y él? Me parecía tremendo. No podía estar contenta si él seguía encerrado aquí.

—No te preocupes por mí, Filo. Yo me siento tan feliz de que puedas dejar esto. Ya estabas muy mal. Allá vas a tener compañeras.

—Pero vos, viejo, ¿hasta cuándo seguirás acá? Ojalá también te manden pronto a otro lado donde puedas hablar con alguien.

—Yo estoy bien, tengo fuerzas todavía. Además, desde el lado en que estoy se oyen las canciones de los detenidos del otro piso. Eso da mucho ánimo. Qué fuerza, qué optimismo tienen esos muchachos. Superan el encierro y la injusticia. Andá tranquila. Sabiendo que vos estás bien, yo también lo estaré.

—Vamos, señora. Es hora de irnos.

¡Qué abrazo apretado! Carlos querido, ¿hasta cuándo estaremos separados?

Acompañadas por una policía y un guardia armado traspusimos la puerta de rejas. Éramos tres liberadas; nos llevaban al Nery.

Una, la rubia alta, que fue también a los espejos. Otra, menudita, de ojos muy claros y tristes. Y yo.

Por unos corredores estrechos y escaleras angostas, por lugares por donde nunca había pasado (este edificio no lo entendería nunca), salimos a la calle San José.

Era noche cerrada. Una «chanchita» oscura nos esperaba. Nos hicieron subir por la puerta del costado. Arrancamos.

Estaba desorientada. No me daba cuenta por qué calles marchábamos.

Nos detuvimos en un lugar que, según pude entender, era una dependencia de la policía femenina. Bajó el guardia. Al rato seguimos, sólo con el chofer y la policía.

—Ahora vamos al SIM —dijo ella.

Tampoco ahora podía reconocer las calles. Sé que nos detuvimos cerca del puerto, pero no pude darme cuenta del lugar. Era como si estuviera en una ciudad donde no hubiera estado nunca.

—Voy a buscar las sábanas —dijo la policía, y bajó. Demoró un buen rato. Quedamos solas con el chofer.

—¿Cómo te llamas? —me preguntó la rubia.

—Filomena, ¿y vos?

—Isabel. ¿Y vos? —le dijo a la otra.

—Mabel.

Mabel estaba triste, muy triste.

—¡Qué frío! —dijo.

—¿Querés mi saco? Tomalo, yo no tengo frío —le dije.

—Bueno, yo te doy el mío, que es más liviano.

—¿No tiene cigarrillos? —preguntó Isabel al chofer.

—No. Tengo tabaco. Si se anima a armar... —le alcanzó el paquete y las hojillas.

—Sí. Gracias. ¡Hace tanto que no fumo!

Preparó su cigarrillo y empezó a fumar. Agradeció la amabilidad al chofer.

Volvió la policía.

—Vamos, todo listo.

Unas cuadras más y nos detuvimos.

Yo sabía que la Escuela de Nurses Carlos Nery ocupaba el antiguo edificio de la Escuela Naval, allí, al final de la calle Sarandí. Pero ahora, después de aquel encierro y en la oscuridad de la noche, no lograba orientarme.

Bajamos con nuestras pocas cosas. La pequeña puerta estaba custodiada por guardias de la marina. Nos hicieron subir una estrecha escalera que termina en una pesada puerta de hierro. Pasamos a la izquierda, a una oficina. Trámites de rigor.

—Bueno, pueden pasar adentro —nos dice una policía de ahí.

Una gruesa reja de hierro separa la oficina del corredor y dormitorios de las internadas.

El espectáculo era conmovedor. Nos reciben apiñadas contra la reja y cantando.

Eran incontables rostros, de lo más variados, pero todos llenos de alegría contagiosa. Había jovencitas, había de mediana edad, hasta mayores como yo, o más que yo.

¡Con qué alborozo nos esperaban!

Se abrió la puerta de rejas y ¡qué confusión de besos, abrazos, bienvenidas!

Yo lloraba, lloraba de emoción, tristeza, alegría. No sabía qué decir. Sufría tanto, y recibir esta enorme muestra de amor, de amor colectivo, me confundía. No conocía a nadie y ya todas me querían. Sí, conocía, pero muy poco, a Milu, de allá, del barrio de mamá. Ella también tenía la familia en aquel barrio. Alguien dijo:

—Sos Filomena, ¿verdad?

—Sí. Muchachas, perdonen este llanto. Muchas gracias por este gran cariño. No quiero traerles tristeza, aunque estoy muy triste. ¿Saben qué me pasó? Mataron a mi hijo. Mi esposo sigue allá, encerrado en una celda. Comprendo que llorar ahora es egoísmo. No tengo derecho a apenarlas con mi dolor.

—Llorá, llorá. Te hace falta. Pasaste mucho tiempo encerrada, sin poder hablar de tu pena.

Este grupo tan diverso de mujeres era muy acogedor. Nos ofrecieron de comer, nos dieron ropa, cigarrillos, nos prepararon las camas.

Parecía mentira haber pasado de aquel infierno de cuatro paredes a este mundo bullicioso y alegre.

Estábamos excitadas. Hasta Mabel había perdido su tristeza. Sus ojos claros tenían una luz brillante.

—Bueno —dijo alguien—, aquí nos acostamos a las diez. Sólo un cuarto por noche puede tener luz hasta las doce. Si están muy cansadas pueden acostarse. Si no, vienen a charlar al cuarto con luz. Es por las restricciones que se apaga temprano.

—¿Qué restricciones?, ¿desde cuándo? —pregunté.

—Hace casi un mes, ¿no sabías? Adelantaron la hora también.

—¡Con razón! En la jefatura un día tenía el reloj una hora atrasada. Pensé que se me había parado, aunque le daba cuerda continuamente. Mirá vos, estar preso allá es como estar fuera del mundo.

No tenía sueño. Este cambio de ambiente, poder hablar libremente cuanto quisiera, me tenía bien despejada y sin cansancio. Mabel se acostó.

Pasamos largo rato charlando con algunas compañeras.

Al final quedamos solas Isabel y yo, tomando mate.

Después de más de un mes de encierro incomunicado, esto era una maravilla. Poder hablar de Horacio, a mi gusto, era un milagro.

Isabel me escuchaba con atención y cariño.

—¡Qué buena sos! —le dije—. Pensar que cuando te vi, en los espejos, me parecías altanera y antipática.

Se rió de buena gana.

—¿De veras? ¿Por qué?

—No sé. Estabas seria. No me miraste ni una vez. Yo estaba tan triste y necesitaba de una mirada de aliento.

—Te miré, sí. Te veía con esos ojos llorosos. Me parecías una gatita triste. Sentí pena por ti, porque sabía de qué se trataba.

—Sí, lo pasé muy mal. Y en estos últimos días, peor. No soportaba más. No podía ya responder por mí. Tenía un miedo enorme de enloquecer.

—Es que aquello es realmente inhumano, torturante. A mí me cambiaron tres veces de celda. Ninguna les venía bien.

Charlamos incesantemente. De a ratos yo volvía a mi tema querido: Horacio.

Le hablé tanto de él, de sus ideales, de su fervor juvenil. De cuando era chiquito, de cuando era mayorcito. No la cansaba. Le gustaba oírme.

¡Qué bien me hacía esto! Poder llorar y hablar de él interminablemente.

—¿Cómo era? ¿No tenés una foto?

—No, acá no. En casa tengo tantas. Era delgado, alto, más alto que el padre, de 1,85. Pelo bien negro, bastante largo, ojos castaños, casi verdosos. Un precioso muchacho, lleno de salud y alegría. Al verlo tan grande, cuando jugaba conmigo, jorobándome, levantándome en brazos, le decía: «Pensar que estuviste dentro de mí, saliste de mí, de este cuerpo tan chiquito, y ahora sos un gigante.» Con mi esposo, pasaban embromándose como dos chiquilines. Tenían el mismo buen humor.

—Me hubiera gustado conocerlo. Sería un gran compañero, un compañero fenómeno.

La mañana nos encontró aún charlando y tomando mate. Al levantarse, las compañeras nos saludaban sorprendidas:

—¿No se acostaron? ¡Claro, después de ese largo encierro tendrían necesidad de hablar!

Siguieron las múltiples atenciones. Desayuno, baño, en fin, todo su compañerismo sincero, abierto, cordial. Me llevaron al gimnasio, al que se pasaba trasponiendo la puerta de rejas, que de día abrían las policías.

Era un inmenso salón, de quince a veinte metros de largo por ocho de ancho, con tres altas y viejas ventanas enrejadas. Por las ventanas, y en forma oblicua, se veía el mar.

Mi mar, nuestro mar, Carlos, al final de la rambla, casi en la escollera Sarandí.

Poder ver el cielo y el mar, las ondulantes gaviotas. ¡Carlos, si estuvieras conmigo! Pero tú, allá encerrado, ¿cómo estarías?

El almuerzo era alrededor de las doce y media. Mandaban grandes ollas de la jefatura con ensopados, guisos, polenta, según el día.

Pero como había varias internadas enfermas, con úlceras y gastritis, aquí se cocinaba para ellas, que debían hacer un régimen especial. Las demás comían lo que venía de la jefatura.

El edificio es muy antiguo, con techos altísimos, enormes ventanas con rejas, todas muy deterioradas y a través de las cuales se filtra el frío viento del mar. Los dormitorios tienen doce o catorce camas (cuchetas[20] dobles). Las internadas

[20] Literas.

éramos alrededor de treinta en ese momento. Había dos enfermas en el Hospital Militar.

Aquí se podían recibir visitas de familiares directos los martes, jueves y domingos, en turnos de media hora.

La primera tarde me llaman a la ventana del dormitorio, que da a la calle Guaraní.

—Filo, vení. Hay un señor abajo, hablando con las guardias. Debe ser algo tuyo.

Me asomo, y allá veo a Luis. Me mira, me saluda con la mano.

Las compañeras me avisan que no se puede hablar para afuera. Con seguridad vino a averiguar el régimen de visitas.

Se va, nos saludamos nuevamente con la mano.

A la tarde siguiente me llaman de nuevo. Me asomo y allá están Donato y Normey.

¡Qué emoción! A Normey no lo veía desde tanto tiempo. Los saludo agitando nerviosamente la mano.

Ayer, Luis. Hoy, Donato y Normey. No hay duda. Son infatigables. Mañana es jueves y vendrán todos a verme.

Necesito mi soledad. Estas imágenes queridas me han conmovido. Voy a la ventana del gimnasio y me refugio en el mar.

Pienso con tristeza en Carlos, encerrado, solo.

Pienso en Horacio, que no verá más este mar tan amado.

Allí, tan cerca, cuando iba al Neptuno, en el verano nadaba en la bahía, tirándose desde la chata, aquel viejo barco anclado.

Me acordé de los últimos días, cuando presentó la solicitud para trabajar de peón en la Cooperativa Bancaria.

Mario le había avisado de un llamado a concurso para cadete. Él fue a buscar las bases. No se podía presentar,

porque el límite era diecisiete años y él había cumplido dieciocho, el 20 de enero último.

Le dijeron que había otro para peones con edad mínima de veinte años. Si le interesaba, que llenara la solicitud, pues el directorio podría considerarlo.

Trajo el formulario. Llenó los datos de rutina. Al final le pedían que en pocas palabras expresara por qué aspiraba a trabajar en la Cooperativa.

Recuerdo que me llamó a la escuela para ver qué me parecía lo que había escrito, pues esa tarde debía entregarlo:

> Indudablemente, la causa fundamental por la que deseo ingresar a la Cooperativa Bancaria es para poder solventar mis estudios universitarios y no estar dependiendo de mis padres, como hasta ahora. Esto no deja de lado otra causa fundamental, pero en menor grado que la anterior, y es que el trabajo forma indudablemente al individuo, y en mi caso, que soy un joven de dieciocho años, me ayudará a tener una mayor madurez. Creo que tendré éxito, tanto porque deseo trabajar como por las ansias que tengo de estudiar y de poder culminar mi carrera felizmente.

Me pareció espléndido. Así se lo dije. Había expresado lo que pensaba.

En estas primeras noches del Nery, dormí de a ratos. La gran puerta de hierro era abierta y golpeada a cualquier hora. Los guardias de abajo hacían bromas, reían y gritaban continuamente.

Volví a soñar con Horacio chiquito, con la casa de la calle Figueredo.

De día, la compañía de todas me sacaba de mi problema. En la noche, yo me refugiaba en él.

El jueves, alrededor de las diez de la mañana, comienzan a llegar las visitas. Las hacen esperar en la acera de enfrente, hasta que venga el vehículo de la marina, con más guardias, y dé la orden de que pueden ir pasando de a uno.

Allá abajo, ansiosos, expectantes, están todos: mamá, Rosa, Donato, Luis, Antonio y Mario. No falta ninguno.

¡Qué humillante! Estos guardias de la marina, casi chiquilines sin barba, apuntaban con sus armas largas a la fila de los familiares. ¡Qué indignación me producía eso! ¡Si se dieran cuenta para dónde tienen que apuntar! Viglietti lo dice en una canción:

Soldado aprende a tirar,
para abajo, no.
Abajo, estoy yo contigo,
soldado amigo.

¿Estos gurisitos[21] podían tener conciencia al manejar un arma de guerra? ¡Ya habían pasado tantos accidentes!

Las compañeras me contaron que el 13 de abril, de tardecita, dispararon contra un ómnibus que traía las policías para tomar turno. Se habían confundido, y como tienen orden de tirar, así lo hicieron.

—Tiran porque están muertos de miedo —comentó alguien.

Esa tarde se agolparon los vecinos, e indignados les gritaban: «¡Asesinos, asesinos!»

[21] Niños pequeños.

—¿Se acuerdan que el año pasado, en la exposición rural del Prado, un guardia mató a otro al pasarle la metralleta? —dije.

Son unos chiquilines. Verdaderamente, si no fueran tan peligrosos, me darían lástima.

Llega la camioneta de la marina. Bajan seis guardias armados a guerra. Se da orden de hacer entrar a las visitas.

A los hombres los revisan y cachean los policías en la entrada de abajo.

A las mujeres las revisan aquí arriba; las cachean, las hacen descalzar para observar dentro de los zapatos.

Esperábamos ansiosas detrás de la reja que nos separa del gimnasio, lugar destinado a las visitas. Veíamos este manoseo humillante de la revisación. Hasta los niñitos, hijos de las internadas, eran controlados.

¡Qué rabia me da ver cómo revisan a mamá! Con su cara buena, llena de arrugas, su pelo blanco, deja hacer, dócilmente. Detrás pasa Rosa. La misma minuciosa revisación.

Abren la reja y me dejan pasar. Me cachean también.

¡Que rencuentro emotivo! Hago un esfuerzo enorme por no llorar. Todos me besan, me aprietan, hablan a la vez.

—Estás más tranquila —me dicen—. ¿Tenés muchas compañeras? ¿Cómo es la vida aquí? ¿Comés bien? Trajimos fruta, galletas, fiambre. ¿Qué más precisás?

Traté de contestarles ordenadamente. Les pregunté lo que más me importaba:

—Carlos, ¿cómo está, lo vieron?

—No. Ya no nos dejan visitarlo. Sólo permiten ir a los hermanos y a la madre. Va Nelson, que es el que tiene más

tiempo. Siempre le mandamos cosas. Dice que está bien, quiere saber cómo estás vos.

—¿Lo van a trasladar a algún lugar donde tenga compañeros?

—No se sabe nada todavía. Sigue en la celda solo, incomunicado.

No puedo más. Lloro delante de ellos, a pesar de que me había propuesto no hacerlo.

—¡Perdónenme, no quería llorar delante de ustedes! Pienso que vivían felices, tranquilos, y ahora todo esto, por nosotros.

—Por favor, Filo. Ahora tenés que olvidar. Pensá que pronto van a salir. Cuando salgan, hacemos un viaje, ¿no te parece? —me dice mamá. Quiere darme ánimo.

—Sí, sí. Pero ahora déjenme decirles lo que quería. Me acuerdo tanto de aquella discusión del 5 de setiembre pasado. ¿Se acuerdan? Todos ustedes concordaban, se entendían. Los desconformes, los discrepantes, siempre fuimos nosotros. Y ahora esto, tantos disgustos y problemas.

—Mirá, Filo —me dice Rosa—, sólo ahora, con esto que pasó, comprendo qué egoísta fui. ¿Cómo vas a pedir perdón, si vos sos la que más sufrís? Estoy orgullosa de ustedes.

¡Qué bien me hacen estas palabras! Todos me hablan así, con aceptación, con amor. Me dan serenidad.

Sobre las gestiones, me dicen que en el parlamento se han interesado por nuestro caso varios legisladores de diversos partidos. Donato habló con los ministros, con el vicepresidente. Espera que el asunto se resuelva pronto.

Luis habló con los dirigentes de la Federación uruguaya del magisterio. El gremio se moviliza por la libertad de varios maestros injustamente detenidos, entre los que estoy yo.

Todas estaban injustamente recluidas, porque todas eran liberadas.

Algunas habían sido procesadas y, después de terminar su condena y obtener su libertad, las trajeron acá.

Otras, como yo, no tenían proceso, habían sido declaradas inocentes desde el primer momento, pero igual las traían acá.

¡Y dicen que en el Uruguay no hay presos políticos! ¿Qué somos nosotros, entonces? ¿Qué son los cientos de detenidos sin proceso, liberados por los jueces, que llenan la jefatura y los cuarteles?

Había tres compañeras, Adriana, Mil[illegible] y Da Silva, cuya situación era particularmente dolorosa.

Estaban seriamente enfermas. Por tal motivo, sus abogados habían solicitado la libertad con los correspondientes comprobantes del Hospital Militar. La orden de libertad estaba a punto de ser firmada por el ministro en aquellos trágicos días de abril.

Vino el estado de guerra, la suspensión de garantías individuales, y todas las libertades quedaron trabadas.

Ellas seguían aquí, con su enfermedad y su impotencia a cuestas.

Una de ellas, ya bastante mayor, operada de flebitis, tenía un estado tal de angustia que vivía postrada. Todas la atendían con cariño para hacerle más tolerable su situación.

Yo buscaba mis ratos de soledad, mirando el mar desde el gimnasio. Me recogía a reunirme con Carlos y Horacio. Necesitaba sus amadas compañías imaginarias.

Cuando pensaba tan intensamente en Carlos, estaba segura de que él recibía mi imperceptible presencia en la soledad de su celda.

Horacio se me hacía vivo en estos momentos. Lo veía discutir, defendiendo sus ideas.

Como aquel día, la última vez que estuvo mamá en casa. Era el jueves de la semana de turismo. Mamá nos había traído un huevo de pascua.

Horacio recibía siempre con mucho cariño la visita de la abuela. Ella también se sentía feliz charlando con él. Había una verdadera simpatía entre ambos.

Mamá me dijo una vez: «No sé por qué quiero tanto a este bandido.»

Él siempre preguntaba los sábados: «¿Viene abuela? ¿Por qué no viene?»

Sin embargo, no la visitaba más que raras veces. Como buen muchacho mayor, ya tenía su vida independiente. No podía regalar «sus preciosos minutos» a la rutina de las relaciones familiares. Eso quedaba para los viejos y los burgueses.

Él la quería, pero no necesitaba visitarla.

Ese jueves, esa tarde, estaba muy contento con la abuela.

Ella estaba inquieta porque Horacio quería trabajar de peón en la Cooperativa Bancaria. Deseaba que consiguiera un trabajo menos duro.

—Yo que tuve que hacer tanto sacrificio para criar a tu madre y tus tíos, para que pudieran estudiar, te pido que cambies de idea. Vos estás preparado para un trabajo mejor. Ser peón es muy duro, muy sacrificado —le decía.

—Pero abuela, entendeme, cualquier trabajo vale. No hay trabajos mejores ni peores. Todos los trabajos dignos son buenos si los hacemos con gusto. ¿No te parece injusto

que busque un trabajo liviano y deje para otros los más duros? Eso es egoísmo. Si soy fuerte y sano puedo hacer cualquier trabajo. Uno vale por sí mismo y no por la categoría del trabajo. No creo que sea mejor ser un profesional que un albañil. Cada uno vale en lo suyo si lo hace con responsabilidad.

—Sí, m'hijito. Yo te entiendo. Pienso así también. Pero es tan bravo tener ampollas en las manos y que te duelan todos los huesos de cargar bolsas. Cuando estés tan cansado que no puedas ni dormir te vas a acordar de mí, y vas a pensar que tenía razón. Te lo dice esta vieja, que tiene mucha experiencia.

—Yo ya lo pensé bien. Quiero trabajar. No me vas a convencer, abuela.

Yo los escuchaba divertida. Me gustaba oír estas conversaciones entre dos generaciones, con tantos puntos de contacto a pesar de las aparentes diferencias.

Todos los martes, jueves y domingos, recibía la visita de todos mis hermanos y mamá, con grandes paquetes de alimentos.

Algunos domingos venía también Nelson. No podía subir. Lo saludaba desde la ventana y le mandaba un beso grande a Carlos.

Las noticias que me daban ellos sobre la marcha de nuestro asunto querían ser alentadoras. Pero, veladamente, trasuntaban la impotencia que los deprimía.

Los legisladores se ocupaban, con real interés, de nuestra situación.

El magisterio había hecho volanteadas con su plataforma de lucha, uno de cuyos puntos era mi libertad. También hubo paros por igual motivo.

—Se hace de todo a todo nivel —me decían—. Nadie puede negar la gran injusticia de la situación de ustedes. La inocencia está claramente comprobada. Pero es increíble ver a qué extremos hemos llegado. Parece que nadie fuera la cabeza visible, la autoridad responsable, ni siquiera el presidente. Todo es difuso, abstracto. Se han roto todos los esquemas jurídicos. La Suprema Corte es lamentable, apenas decorativa. ¿Cómo te diré? Es una situación viscosa, pegajosa. Nada se ve claro, todo es imprevisible.

A pesar de todo, me querían dar ánimo.

—¿Sabés que en la Asamblea General y en el Senado hablaron por ustedes varios legisladores? Entre ellos Fleitas.

—Mirá, Fleitas. ¡Seguro! Si él me conoció en la visita que hizo al curso, hace dos años.

—Hablaron también Ferreira Aldunate, Vaz, Michelini. Fueron tantos, que tal vez me olvide de alguno. Todos muy bien, reclamando la libertad de ustedes y denunciando el robo.

—¿Qué robo?

—No te lo habíamos dicho antes para no afligirte más. Pero mirá, la casa estuvo ocupada por las fuerzas conjuntas. Cuando se retiraron, el juez fue con Donato para entregarle la casa, y comprobaron la falta de infinidad de cosas. Naturalmente, Donato hizo la denuncia de inmediato, aunque el inventario total sólo podrán hacerlo ustedes cuando salgan. Los legisladores denunciaron el robo con toda dureza. Además, no fue sólo a ustedes. Saquean todas las casas que ocupan.

—Este robo me muestra otra faceta de la descomposición que se vive. No me aflige. El peor daño ya nos lo hicieron el primer día, los asesinos. Todo lo que pasó después ya no

puede importarme. Con esto queda claro dónde están los verdaderos asesinos y ladrones.

—Al entrar, el panorama era deprimente, todo revuelto, tirado: libros, papeles, fotos, ropas viejas que no se llevaron. En el piso del cuarto de baño, en un montón de frascos, algodón, trapos de piso, estaba la foto del casamiento de ustedes y el tomo de *Teatro completo* de Ibsen. Era una escena surrealista. Son unas bestias.

Además, picaron todos los pisos, rompieron muebles, hasta picaron la azotea. En la estufa hicieron pozos por dentro y por fuera. Pero con Nelson ya reparamos casi todo.

—Seguro estarían enloquecidos buscando un berretín. Querían justificar el asesinato. No hay caso; son unos ineptos. Sólo tienen la fuerza, el poder, las armas. Les falta la inteligencia. Primero asesinan, después averiguan —comenté.

Los días iban pasando. Me traían noticias tratando de infundirme un optimismo que ellos mismos no tenían.

Aquí las compañeras, entre trabajos y charlas, también me ayudaban mucho.

María del Carmen, con sus vitales dieciocho años, era un cascabel. Sentía a través de ella la alegría de vivir de Horacio.

Adriana, reflexiva y reconcentrada, casi triste, siempre profunda.

Graciela, menuda, serena, silenciosa, como no queriendo ocupar lugar.

La India, telúrica, con sabor a tierra charrúa,[22] con coraje gaucho.

[22] Tribu indígena que habitó en lo que hoy es el Uruguay. En el habla popular es sinónimo de uruguayo, oriental, con una connotación de valor, coraje.

Todas con una fuerza interior, con una alegría exterior contagiosa, estimulante.

Era admirable cómo treinta y cuatro mujeres de las más diversas edades, costumbres, llevábamos una convivencia tan armoniosa.

Cada una cedía en favor de otra, tanto un buzo como una frazada, un plato de comida o una sonrisa. Lo primordial para todas era hacernos mutuamente más llevadero, casi amable, este largo encierro injusto. ¡Tan largo ya para algunas! Yeni y Nelly hacía más de un año que estaban aquí.

¡Un año encerradas, presas, habiendo sido liberadas por el juez! ¡Más de un año ignorando el fallo de la justicia!

Y afuera casi nadie dice nada. El comité de familiares de presos políticos y también el Movimiento 26 de Marzo denunciaban estos atropellos, pero nadie más.

En mis buscados refugios de soledad escribía para Carlos páginas llenas de amor y nostalgia, aunque sabía que no se las podía mandar.

En la jefatura seguía la incomunicación. No le dejaban recibir cartas, ni aun pasando por la censura.

Horacio volvía continuamente a mí. Escribía para él: Te veo ahora, 16 de junio de 1972. Ya pasaron sesenta y dos días de la tragedia. No moriste tú, te mataron, te segaron cruelmente la vida. Esa vida que tanto vivías, esos dieciocho años llenos de fuego, de luces, de sueños de justicia.

Te veo ahora, tu remera verde, tu vaquero, tus botas, tu campera, tus discos, tus *cassettes,* tu sabor a vida, tus ganas de vivir. Tus sábados de salida, con Darío y Edgar, al cine o al teatro, las buenas películas que nos comentabas.

Tu buen humor, tus bobadas. ¿Te acordás como te jorobaba Carlos? Y tus broncas y tus bromas. Y lo que te costaba despegarte de la cama en las mañanas.

Te veo ahora, en aquel primer grito de vida, largo y de grandes ojos, y mi asombro al verte por primera vez, salido de mí. ¡Qué pies grandes y qué ojos!

Y las primeras mamadas y los interminables pañales y todo aquel tremendo trabajo de los primeros años. Los primeros dientes, los primeros pasos, las primeras palabras.

Y después tus años escolares, tu desprolijidad, tu mala letra, tu inteligencia desordenada. El liceo, los exámenes.

Ahora que no estás, pienso en lo que podría haberte dado y no te di: más amor, más seguridad, más cariño expresado. Pienso que fuiste feliz, pero podrías haberlo sido más, merecías más.

Nos sucedió la única desgracia que nunca habíamos imaginado: que ya no estés.

Veo ahora tu sillón vacío, aquel frente al televisor, que llenabas con tu cuerpo largo y los pies en alto.

Veo tu cama, que quedaba corta a tus 1,85, toda tu ropa vacía de ti.

No sé qué pasará cuando entre a casa.

Sé que tu presencia viva está conmigo. No te puedo pensar muerto, y estás muerto, te asesinaron.

Pensaba largamente en todo esto que estaba pasando: el estado de guerra, la justicia atropellada, los muertos, la cantidad indiscriminada de detenidos, sin proceso, recluidos en los cuarteles, las terribles torturas que denunciaban los legisladores, que dejaban secuelas físicas o síquicas imborrables. Y hasta la muerte (caso de Luis Batalla, en Treinta y Tres),

los supuestos suicidios de detenidos que casualmente caían de seis metros de altura, las graves denuncias del senador Terra sobre las actividades del Escuadrón de la Muerte (como integrantes, aparecían entre otros, Miguel Sofía y los ajusticiados por el MLN en la mañana del 14 de abril).

Todo esto se había precipitado desde esa fecha. De ahora en adelante se hablaría de «antes o después del 14 de abril». Esa fecha marcaba la iniciación de esta guerra. Esa fecha marcaba la madurez de un enemigo; el movimiento rebelde, que hasta ahora se había subestimado.

A medida que por documentos incautados las Fuerzas Conjuntas descubren la ramificación y el afianzamiento que la organización tenía en el pueblo (en el interior era llamativo), se comprende más cómo este movimiento rebelde responde al ansia profunda de liberación.

Ya no pueden decir que son unos extraviados muchachitos idealistas, unos impacientes descabellados.

Lo integran personas de toda edad, de todo nivel social (hacendados, sacerdotes, médicos, obreros, militares, etc.).

Aunque los risibles comunicados de las Fuerzas Conjuntas llenan de objetivos ofensivos a los militantes que apresan (mafiosos, criminales, extraviados, asesinos), ya no convencen más que a los ya convencidos: los reaccionarios recalcitrantes, los fascistas de siempre.

El pueblo, el pueblo verdadero, sensible y auténtico, sabe que los tupas tienen razón. Y por más golpes que les den, ellos crecen. Como crecieron cuando se les declaró la guerra. Crecieron porque se les consideró el doble poder.

Es verdad, es tremendo, no estábamos acostumbrados a esto. Pero esto es una guerra. Yo soy la madre de un muerto en esta guerra.

Sé que estos muertos no son en vano.

Por supuesto, recibo puntualmente mis visitas. Mamá no falta nunca, llueve o truene, haga frío o viento fuerte, ella allá, al firme, con su pañuelo a la cabeza y su grueso saco verde.

Me traen noticias más o menos alentadoras. Yo no quiero hacerme ilusiones.

Donato trajo un petitorio por nuestra libertad, que debo firmar para elevar al Ministerio del interior. Tiene esperanza de que le den curso. Trato de creerlo yo también.

Me dicen que la FUM también sigue movilizándose por mi libertad. En un volante trascriben las palabras que el senador Vaz dijo en la Asamblea General.

Además, una delegación tuvo una entrevista en el Ministerio del interior solicitando mi libertad. Me reconforta esta solidaridad del gremio.

Pienso que seguramente la FOL, el gremio de Carlos, estará haciendo lo mismo. ¡Claro! Si ellos siempre lucharon por: «Salario-Pan-Unidad». No se puede esperar otra cosa de un gremio tan combativo. ¡Qué extraño, ellos no me dijeron nada! O tal vez no.

Estábamos viviendo la segunda quincena de junio. El ambiente volvía a ponerse tenso. El 30 concluían la autorización, dada por la Asamblea General, al decreto de estado de guerra y la suspensión de las garantías individuales.

¿Qué pasaría entonces? ¿Qué actitud tomarían los legisladores de la oposición, pues ya se hablaba de prórroga por parte del Ejecutivo?

En las cámaras se estudiaba el proyecto de ley de seguridad del estado, que pondría bajo jurisdicción militar a todos los procesados por delitos de subversión.

¿Qué pasaría con los detenidos por suspensión de garantías, los que estábamos a disposición del Ejecutivo, como gustaba decir el Ministro?

Nosotras, las retenidas en el Nery, y tantos cientos de liberados retenidos en cuarteles y en la jefatura, estábamos en esa situación.

¿Qué pasaría con nosotros?

Tensa inquietud. Mil rumores nos llegaban a través de las visitas. Pero una cosa era cierta: ninguna autoridad se inquietaba por nuestra suerte. Éramos los olvidados, los que no importan.

Teníamos radio. Oíamos con ansiedad, todas las noches, los chismes políticos de una audición radial. Estos periodistas, al mejor postor, siempre tan obsecuentes con los mandamás, podían tener alguna información respecto a nosotros.

Nada. Lo dicho antes: éramos los olvidados.

Se deshacían en elogios empalagosos para «las fuerzas del orden», y sugerían la necesidad de la prórroga si para el 30 no se aprobaba la ley de orden interno (ahora la llamaban así los sagaces cagatintas).

El lunes 26 de junio estábamos escuchando el informativo del mediodía de radio Montecarlo. Eran las doce y media. Alrededor de la radio estábamos cuatro o cinco compañeras. Yo estaba al lado de Nené. Ella tenía un hijo clandestino. Había cumplido una condena en Punta Carretas, y al salir se reintegró a la organización.

Oímos al informativista: «Tupamaro muerto en enfrentamiento.»

A Nené se le crispó el rostro. Vivía sobre ascuas, oía los informativos con indisimulada inquietud. Fue un segundo dramático. Dijeron el nombre: Luis Gustavo Couchet.

Un pequeño grito desgarrado de Nené. Las compañeras corrieron a atenderla.

Yo quedé paralizada, mirándola con dolor. No podía hablar.

¡Otra muerte de Horacio!

Unas compañeras me llevaron al gimnasio. Comprendían que otra vez se me había muerto mi hijo. Sentí profundamente su solidaridad, su compañía silenciosa ante esta herida reabierta. Después de largo, compartido dolor silencioso, dije:

—Me pasó a mí, hoy le pasa a Nené. Pienso que este dolor de madre no puede ser dolor solamente. Me acuerdo tanto de *Los fusiles de la patria vieja.* Estos días pasados pensaba: ¿por qué nos tienen acá encerradas, sabiendo que somos inocentes? Ahora, con este dolor furioso que siento, sé por qué no nos sueltan.

El panorama político se definió en los días siguientes.

Las cámaras aprobaron la ley de orden interno y seguridad del estado. También se prorrogó la suspensión de las garantías individuales hasta el 30 de setiembre próximo.

Se esfumaba así toda esperanza de liberación. Entre los varios artículos suspendidos, citados en forma expresa, estaba el referente al *habeas corpus.*

Cualquier libertad sería absolutamente excepcional y sólo concedida por gracia especial de la superioridad, pensé.

De modo que, de ahora en adelante, sólo había que esperar tener suerte y no que se reconociera un error, una injusticia.

Donato me decía que el trámite seguía su curso normal. Procuraba darme ánimo.

Pero yo sabía que en estas situaciones no se podía pronosticar nada seguro.

Antes, cuando la justicia era respetada, un abogado podía prever con certeza el resultado de un trámite.

Ahora todo escapaba a los cálculos lógicos. Todo estaba sujeto al arbitrario humor de la autoridad abstracta.

Estaba casi resignada. Algún día esto tendría que terminar.

Sufría sólo por Carlos, que continuaba aún en la jefatura.

¡Qué torturante! Casi tres meses encerrado, solo, en una estrecha celda. Estaba liberado por orden del juez desde el 3 de mayo. ¡Qué resistencia física y síquica había que tener para no enloquecer allí!

Luis solicitó para verlo como médico. Le llevó medicamentos, vitaminas. Me dijo que lo encontró relativamente bien.

Es sábado 8 de julio. Me levanto antes de las siete como todos los días. Preparo el mate amargo y escucho el informativo de *El Espectador.*

Estamos en la cocina con Clarive. De a poco, se unen a la rueda del mate la India, Pelusa, Teresa, Esther, Ileana. Somos tantas ya, que el mate demora en volver a la primera mano.

Empieza el bullicio del desayuno. Todas están levantadas, sirviéndose su jarro de café de malta y su pedazo de pan recalentado.

Comienzan las tareas de limpieza, el lavado de ropa, el arreglo de las camas.

Esta mañana, junto con María del Carmen y Marita, vamos a ordenar la biblioteca, recoger los libros que andan por ahí, para que no se pierdan.

Estoy en la cocina, charlando con algunas compañeras. Oigo que me llaman.

—¿Quién me llama?

—Te llama la funcionaria.

Me acerco y veo que desde la puerta de rejas una policía me dice:

—Señora Grieco de Rovira, pase a la oficina.

Siento un aflojamiento de rodillas. ¿Qué puede ser esto?

Entro y veo a tres o cuatro policías que me esperan sonrientes. La rubia que me había llamado me dice con alegría que le brilla en los ojos:

—Llegó su libertad. Tiene cinco minutos para aprontar sus cosas. Apúrese, que yo tengo que llevarla. Abajo nos espera un patrullero.

Ahora siento todas las articulaciones flojas. Alegría, tristeza, felicidad. Todo a la vez. ¿Yo sola? ¿Y las otras?

Al otro lado de la reja me esperan todas amontonadas. La policía detrás mío repite:

—Rápido, apúrese, cinco minutos nomás.

—¿Qué te dijeron? ¿Qué pasa?

—Tengo la libertad —dije llorando.

—¡Qué suerte! —gritaron todas—. Vamos a aprontarle las cosas.

La felicidad que sienten por mí es indescriptible. Lloran, ríen, me abrazan, me besan. Apresuradamente ponen mis cosas en la valija.

Yo estoy floja, alegre y triste.

—Ponete contenta. ¡Estás libre, libre!

—No puedo. Ustedes se quedan. No puedo estar feliz por mí sola.

Se acerca la policía.

—¿Está pronta, señora? Vamos, vamos.

Todas me rodean. Las abrazo y beso una por una. Nos intercambiamos las lágrimas. Me dicen que Luis avisó desde abajo, que espera en la otra esquina.

—Muchachas, no las podré olvidar. Gracias por la calidez del cariño que me dieron.

Caminamos apretadas hasta la reja. Isabel y Mabel, que habían llegado conmigo, quedaban aquí.

Isabel fuerte, alegre, segura. Mabel apagada, triste, pequeña. Tiene cuatro hijos, tan chiquitos y tan solos.

Apiñadas todas contra la reja, como el primer día, cantan para mí. Es una hermosa canción de rebeldía, de esas que crean los presos políticos.

Antes de bajar, me quedo un instante con esta imagen querida en los ojos, con esta canción en el corazón. Pienso: muchachas, no las podré olvidar. Pronto estaremos todas de este lado de la reja.

Bajamos. La policía me ayuda a llevar la valija. Abajo, una camioneta celeste espera.

—Suba, señora —dice el chofer.

—¿Puedo ir caminando? —le digo a la funcionaria—. Mi hermano espera en la otra esquina.

—Bueno, si usted quiere. Yo la acompaño.

Cruzamos Guaraní. Levanto los ojos a las ventanas de los dormitorios. Todas las manos y los ojos me saludan.

Tomamos por Buenos Aires. ¡Qué maravilla! A mitad de cuadra está Carlos, con su barba crecida. También están Luis, Donato y Normey.

—Ya está, señora. Adiós —me dice la policía.

—Gracias, señorita. Adiós.

¡Carlos, Carlos querido, estamos libres!

¡Qué abrazo entrañable! Se nos va el alma de uno al otro.

Y Luis, Donato, Normey. No puedo parar de llorar. Es mi manera de estar alegre.

—Bueno, vamos —dice Luis—. Mamá estará nerviosa esperando en casa.

Subimos todos al *V.W.* Las palabras se agolpan desordenadamente.

¡Cuántas cosas quieren contarme! Carlos había salido anoche. Pero para mí, les dijeron que no había tiempo. Por eso fue recién hoy.

Andar en auto por las calles de la ciudad, como una persona libre, es una sensación extraña.

Llegar a casa de mamá, ver sus muritos, su jardín, las flores, todo es de maravilla.

Entramos al comedor. Estaban mamá y la mamá de Carlos. Lloramos mucho, abrazados todos. Vienen Blanca, Nenucha, Antonio, los nenes. Los sobrinos chiquitos que hacía tres meses que no veíamos. Luego Rosa, Rafa, Leo, Nelson. Cada encuentro es un estallido de amor y lágrimas.

—Por unos días se quedan acá. Tienen que descansar y serenarse. Después ustedes decidirán qué van a hacer —dice mamá.

Todos hablan, comentan desordenadamente los últimos acontecimientos. Los nenes nos tocan y no dejan de mirarnos, llenos de sorpresa. Deobaldo me sigue encandilado a todas partes y me da besos apretados.

Pasamos el día envueltos en ese bullicioso cariño familiar.

A la noche, Carlos y yo no pudimos dormir. Teníamos tantas cosas para hablar. De Horacio, de esta gran tragedia, del largo encierro.

Me dijo que la última semana lo habían cambiado a una celda más grande, con siete detenidos más.

—En estos últimos días reviví —me dijo—. ¿Sabés? Tener compañeros, poder hablar, poder compartir todo. No te imaginás qué tipos bárbaros son. Te dan todo, con un desprendimiento total. Tienen un sentido de solidaridad que no lo ves en ningún lado. Cuando llega alguien nuevo, sin ropa, sin comida, al instante de todos lados le llueven cosas. Lo más grande de estos tipos es esa enorme bondad y su gran optimismo. Es fantástico, cuando alguno está deprimido, cómo le levantan el ánimo con canciones, con palabras. ¿Sabés? Hay una comunicación continua de celda a celda, de piso a piso, a través de las ventanitas enrejadas. Se hablan, se conocen por apodos, que se cambian periódicamente para que no los reconozcan los guardias.

Carlos tenía una tremenda necesidad de hablar. ¡Cómo se notaba que había estado tanto tiempo encerrado, solo!

—Mirá, no te imaginás lo que fue la despedida anoche. Los siete compañeros emocionados me abrazaban y cantaban esas hermosas canciones de los tupas. Te digo, no lo olvidaré nunca.

—No sé, viejo, cómo pudiste aguantar tanto tiempo encerrado allí, solo.

—Fue duro, fue bravo, sí. Pero yo oía cantar continuamente canciones llenas de fe, con una fuerza que te contagiaban. Ellos también sufren, sin embargo, cantan para ellos y para vos. Comprendés que tu dolor es egoísta.

¿Sabés que hicieron una canción donde nombran a Horacio? Fue muy emocionante oírla. Mis compañeros me decían: «¡Qué orgulloso debés estar vos de tu hijo!» Y es así, Horacio fue uno de ellos. No tenemos que estar tristes. Horacio murió por sus ideales.

—Sí, viejo, es así. Pero, ¿sabés?, yo tengo miedo de volver a casa. Encontrarla vacía de él. No me animo, no sé si podré soportarlo.

—Yo pensé mucho en eso. Creo que vos estás equivocada. Tenemos que volver, hacernos fuertes para pasar el primer impacto. Filo, esa casa es un símbolo, un lugar histórico. ¿No lo pensás así? Además, no volver sería una traición a él. Quería tanto esa casa, ese barrio, ¿te acordás?

—Sí. Decía que no se iría nunca de ahí, es verdad.

—Por eso mismo y por el orgullo que sentimos por él tenemos que volver, ¿no te parece?

—Comprendo que tenés razón. Pero es tan difícil dominar el dolor por la razón. Es verdad, tenemos que volver. Allí lo tendremos más vivo.

Pasamos dos o tres días más en casa de mamá. Nos ayudaron a serenarnos, a tratar de aceptar una nueva realidad.

Carlos fue con Mario a ver nuestra casa y trajo la camioneta. Estaba decidido. Volveríamos a casa. Como nos habían robado, mamá me dio lo imprescindible: sábanas, cubiertos, en fin, hasta bombilla y mate. Era como empezar de nuevo.

Nos fuimos a media mañana.

Llegar a nuestra casa, ver su murito gris, sus portoncitos negros, sus grandes ventanas con rejas blancas, la ancha y larga entrada al garaje, con el techo de placas metálicas que

habíamos puesto este verano, el césped crecido, la jardinera llena de yuyos, todo eso nuestro, tan querido, apretaba el corazón. ¿Tendría coraje para entrar? Sí, Carlos me lo trasmitía.

Lo hicimos con serenidad y silencio. Miramos transidos de dolor cada ambiente, cada habitación.

El cuarto de Horacio, sus afiches en la pared, el *collage* multicolor, sus libros y apuntes revueltos.

La cocina, el estar. Aquí habría sido la tragedia.

El *living,* en cuyas paredes de balai[23] había impactos de balas y la puerta perforada por tres balazos.

—Todo esto tiene que quedar así. Es el testimonio del asesinato —dijo Carlos.

Yo me sentía extrañamente serena. La firmeza de Carlos me sostenía.

Llegaron vecinos a darnos su apoyo y solidaridad.

Ferrúa, tan llano, sencillo, francamente afectado.

El matrimonio Rodríguez, la señora tan dolorida, ella que lo quería tanto a Horacio.

Los de Barboza, padres de los queridos amigos de Horacio. Queca, la madre de Eduardo, muy afligida.

Todos sufrían nuestro mismo dolor, estaban enteramente con nosotros. Nos dijeron que fue un asesinato, que no hubo resistencia ni tiroteo. Entraron violentamente y los asesinaron. Valioso testimonio.

Llegaron estos muchachos tan queridos, sus amigos: Darío, Edgar, Eduardo.

Verlos a ellos era como ver a Horacio.

[23] Sistema de terminación o revoque de las paredes.

Hacía ocho años que vivíamos acá. Se habían criado juntos. Juntos iban a la playa, juntos hacían los mandados, juntos jugaban al fútbol, en el campito o en la calle.

Estos muchachos lloraban con nosotros.

Les dije que se encargaran de ordenar las cosas del escritorio de Horacio.

Será como si él lo estuviera haciendo. Les pedimos que vinieran siempre, como antes. A través de ellos tendríamos a Horacio. Nos pusimos a ordenar. Donato nos había dicho que teníamos que hacer el inventario para presentar la denuncia del robo en la seccional 25.

Se habían llevado de todo. Desde documentos, títulos de propiedad de la casa, planos, hasta dinero, joyas, ropa de vestir, de cama, en fin, de todo. Si hasta se llevaron bebidas, termos, mates, bombillas.

—Dejaron el perrito porque no es de *pedigree* —comentó Carlos.

Es increíble que sean de tan baja especie.

En realidad, poco nos importa recuperar o no todo eso, pero había que hacer el trámite.

Nos importaban, sí, los documentos. ¿El título de propiedad de la casa, para qué lo querían? ¿Nuestros documentos, la cédula de Carlos, mi credencial, para qué?

Aquí empezó otra odisea.

Comenzamos por la jefatura. Recorrimos oficinas, preguntando. Al fin recuperamos la cédula de Carlos.

En el Departamento 4 nos devolvieron algunas joyas, el pasaporte y el carné de vacuna de Horacio, diciéndonos:

—Esto es lo que tiene el Departamento del procedimiento de la calle Pérez Gomar.

Devolvieron algunas joyas, no todas. ¿Así que las joyas estaban incluidas en el procedimiento? Al devolver esto, ¿no estaban reconociendo tácitamente el robo? Son realmente increíbles estos señores.

Nos dijeron que los documentos de la casa los reclamáramos en la Región Militar.

Fuimos. En la entrada dos soldados nos apuntaban al pecho, aunque íbamos con la cédula en la mano. Nada. Ni nos dejaron pasar. Ahí no había nada. Que fuéramos al Ministerio de defensa.

Fuimos. Teníamos una paciencia franciscana. No. Ahí no era. Podían estar en la sede de las Fuerzas Conjuntas, en 8 de Octubre, por allá, cerca de Garibaldi, nos dijeron.

Fuimos. Gran casona quinta, enorme jardín.

—¿Te acordás? ¡Claro! Es la casona que, según decían, habían comprado para Pacheco, y como no le gustó, se quedó con ella el Ministerio. ¿No te acordás? Fue en el gobierno anterior.

No bien detuvimos la camioneta, vimos surgir de entre los árboles del gran jardín a varios guardias de la marina, apuntando con armas largas. Se aproximaban al muro, de altas rejas puntiagudas. Mostramos la cédula. Pretendíamos llegar hasta el portón de entrada. No, no podíamos pasar. Ellos nos atenderían desde allí, siempre apuntándonos. Explicamos qué queríamos.

—¡Ah! No, aquí no es. Tienen que ir a la Región Militar.

—Ya fuimos.

—Entonces, al Ministerio de defensa.

—Ya fuimos. De allí nos mandaron aquí.

—Pero acá no es. Acá no se traen cosas de los procedimientos.

—¿Dónde vamos entonces?

—Y yo no sé. Averigüen bien en la jefatura.

—Ya fuimos. Por allá empezamos.

El que hablaba tenía acento fronterizo. Los demás, que vigilaban, también eran muy jóvenes y con aspecto de muchachitos del interior. En estos últimos tiempos habían llenado los cuarteles con estos casi chiquilines traídos de afuera.

Comentamos esto, y Carlos me dijo:

—Estas son las únicas fábricas que trabajan: las fábricas de milicos. Esta es la prueba más evidente de la crisis. ¡Con esto van a arreglar el país! Mientras no ataquen las verdaderas causas, ¡no hay caso!

Pero el asunto nuestro era realmente caótico.

—¿Vos te das cuenta, viejo? Esto es un círculo vicioso. Así que ahora tenemos que empezar de nuevo por la jefatura.

—¿Viste que ni ellos mismos saben nada? Vamos a consultar con Donato. Esto nos muestra las vueltas que habrán tenido que dar aquellos en cada trámite por nosotros.

—Te hacen sentir impotente. Al menos, si te dijeran: «En tal lugar haga gestiones frente a tal autoridad.» Pero no. Aquí nadie es responsable. Se pasan la pelota de unos a otros. No tiene gollete, como decía Horacio.

Mientras estábamos ocupados en esta enredada tarea de ubicar nuestra documentación, se nos pasaba el tiempo casi normalmente. Pero a la noche o al despertarnos en las mañanas, nos sorprendíamos los dos en nuestra angustia. El llanto nos dominaba y necesitábamos hablar largamente de

Horacio, recrear todos sus momentos. Cada uno quería ahorrar al otro su pena. Pero era inútil.

Tratábamos de engañarnos envolviéndonos en la telaraña de los trámites.

Presentamos escritos en el Ministerio del interior, reclamando lo sustraído, especialmente los documentos, y en el juzgado, para retirar objetos allí depositados.

Mario nos trajo los diarios de sesiones de la Asamblea General y de la Cámara de senadores, donde se hace referencia a nuestro caso.

También nos trajo la solicitud de trabajo que había escrito Horacio para el concurso de la Cooperativa Bancaria. Nos informó de algo que hasta ahora nos habían ocultado, para evitarnos otro impacto emocional.

El día que el juez entregó la casa, encontró la citación para que Horacio se presentara a trabajar. ¡Había obtenido el empleo!

Leyendo los diarios de sesiones, comprobamos que fue realmente importante cuanto dijeron muchos legisladores que denunciaron nuestro caso.

En la sesión de la Cámara de senadores del 10 de mayo, el senador Vaz dijo:

> El 14 de abril ocurrió el conocido episodio de la calle Pérez Gomar 4392, donde hubo varios muertos. No entro a juzgar el hecho. Admito que quienes estaban allí eran integrantes de la sedición; pero los padres, el matrimonio que yo conozco, integrado por la Sra. Filomena Grieco de Rovira y Carlos Rovira, no estaban en la casa. Nunca están en la casa, porque la señora trabaja de maestra, y él trabaja en otras tareas. El hijo

estudiaba allí; quizás ignoraban lo que allí ocurría. Ocurridos los hechos, cuando llegan, después de la muerte de esos muchachos, el matrimonio es detenido, y están desde el 14 de abril al 3 de mayo incomunicados. Nadie sabe por qué. Llegó el momento en que había que hacer algo con ellos. Se les pasa al Juez de Instrucción, porque la Justicia Militar todavía no había entrado en la jurisdicción. Pasa el matrimonio al Juez de Instrucción; este puede acreditar fehacientemente que es absolutamente inocente, que no tiene nada que ver, porque ignoraba las actividades de su hijo. Lo deja en libertad, pero aún sigue detenido, no se sabe dónde está. Todos los que lo conocen tienen la absoluta seguridad de que ese matrimonio es inocente. Además de estar detenidos —no se sabe dónde ni por qué— la casa ha sido saqueada, ha sido robada. Los cubiertos, las sábanas, han desaparecido. No quiero creer que sean los militares, incluso tengo vinculaciones familiares con elementos de las Fuerzas Armadas de este país y sé lo que ello significa. No lo creo, pero deben integrar el otro equipo paralelo. Son atropellos inauditos, porque no se conforman con tener detenidas a personas inocentes, sino que además saquean las casas. Eso, evidentemente, no puede ocultarse, debe tener trascendencia, proyectarse, porque alguien tiene que corregir esta situación. De lo contrario, tendríamos que llegar al convencimiento de que estamos librados a las fuerzas desatadas de la anarquía; que las jerarquías que disponen todos estos operativos, han perdido el comando de la fuerza. De otra manera, no existe ninguna explicación plausible para hechos de tal gravedad.

En la sesión de la Asamblea General de los días 13, 14 y 15 de mayo, hubo también importantes referencias a nuestro asunto. El senador Michelini (Frente Amplio) dijo:

> El otro capítulo escabroso tiene que ver con los robos, y a él me voy a referir [...] En la casa donde vivía Martirena —y yo digo que si los señores ministros investigan verán que los ajusticiaron, como ocurrió también con los cuatro tupamaros, entre los cuales estaban Candán Grajales, Schroeder, Rovira y Blanco— se llevaron de todo.
>
> Sr. Ferreira Aldunate. —De todo, no: ¡todo!
>
> Más adelante pide una interrupción el senador Alembert Vaz (Partido Nacional) y dice: —El hecho real es que cuando llegan los que luego hicieron ese operativo de saqueo, no había —reitero— absolutamente nadie en la casa. El operativo será todo lo legítimo que se diga, pero cuando se está dentro de una finca, se saquean las habitaciones, se roban las cosas, los muebles, los cubiertos, las sábanas, en fin, absolutamente todo. Y yo pregunto: ¿con qué sentido, para qué? ¿Por venganza contra las cosas materiales? ¿Qué es lo que legitima una reacción de esta naturaleza? ¿Qué se hace con esa pobre gente? Los padres están aún presos sin saberse por qué razón, porque el Juez los soltó, probando, fehaciente, inequívoca e irrefragablemente, que en absoluto tenían nada que ver; pero las cosas están íntegramente robadas. Evidentemente, el señor senador Michelini tiene razón en la medida que eso es terriblemente deteriorante de la fe en los agentes que están realizando estos operativos; hay una falta de confianza que se vislumbra frente

a la presencia de personas que vienen con ese espíritu, donde ya la venganza no se materializa, no se concreta por la reacción que sufre en la lucha, sino que se exterioriza en las propias cosas materiales, que muchas veces son valores afectivos, como si estuvieran identificadas con la persona de la que quieren vengarse. Ese es uno de los episodios más tristes, que ensombrecen más, y que dejan una mayor secuela de odios y de pasiones en todo ese proceso entenebrecedor que hemos escuchado esta noche.

A continuación interviene el senador M. Fleitas (Partido Colorado):

Señor Presidente: Con respecto a este asunto quiero pedir una cosa al Poder Ejecutivo. No voy a entrar al análisis de los procedimientos, porque no los conozco. No es mi costumbre ni me parece que corresponda. Pero a Filomena Grieco la conozco como maestra. Siendo Ministro de Educación y Cultura llegué a los cursos nocturnos que funcionan en la Escuela Paraguay, en la calle Rivera y Julio César. Es una vieja maestra que ha dedicado toda su vida a la enseñanza. Se me dice que sometida a la competencia civil el Juez decretó su libertad, pero se encuentra detenida. Digo una sola cosa al señor Ministro. No sé si esta mujer, esta maestra que durante tantos años se consagró a la docencia tiene, para la justicia o para quienes están en los procedimientos, alguna posible culpa. Lo que sé es que, bien o mal, su único hijo está muerto, y que en este momento es una mujer acosada por la angustia y la

desesperación. No creo que el Poder Ejecutivo gane nada con tenerla detenida. Por encima del problema de una posible culpabilidad, que los jueces no han encontrado, pero que la administración, por elementos que pueda tener en su poder, tenga pendiente, digo al señor Ministro que los informes que poseo seguramente le harían ponerla en libertad si él, personalmente, concurriera a verla. Esta mujer, con la tragedia que arrastra consigo, parece tener suficiente castigo como para que la humanidad de los hombres la deje en libertad.

Más adelante, pidiendo una interrupción, habla el Sr. Senador Wilson Ferreira Aldunate (Partido Nacional):

La señora Filomena Grieco de Rovira es militante del Partido Nacional. Es hermana del doctor Grieco, ex subsecretario de Hacienda. Es votante nuestra. Ahí no hay nada de tupamaro, ni de nada que se le parezca. Milita en las filas de mi agrupación política. El que suponga que gente vinculada a nosotros, que integra nuestro agrupamiento político, tiene algo que ver, directa o indirectamente, con los tupamaros, no sabe de qué está hablando; o lo sabe, en cuyo caso comete una canallada. Aquí se trata, pura y exclusivamente, de una de estas dos cosas: o de la inercia de una máquina infernal que porque no sabe por qué metió a alguien adentro no sabe cómo soltarlo —que eso ocurre— o se trata de una responsabilidad tipo Antiguo Testamento, al revés: las culpas de los padres no recayendo sobre los hijos, sino las culpas de los hijos, si es que existen, recayendo sobre los padres. Cualquiera de las dos cosas

no le sirve a mi país, ni a nosotros ni al Uruguay. Esto es lo que hay que entender y meterse en la cabeza. Y estos procesos —quizás también esta sea la lógica de la guerra, o como quiera llamársele—, se agravan día a día.

Decidimos con Carlos ir al Palacio legislativo a ver a estos legisladores, por lo que habían contribuido a poner de relieve la injusticia.

Fue conmovedor el apoyo y solidaridad que recibimos en estas entrevistas personales. Todos destacaron que no había nada que agradecer, que era un deber de cada uno de ellos, como representantes del pueblo, denunciar hechos donde la injusticia era tan manifiesta.

Alguien dijo:

—Justamente, esto demuestra a qué nivel se ha llegado: que algo que es un derecho natural, esencial, sea agradecido como un favor especial. El día que no seamos sensibles a estas injusticias, no tendrá razón de ser esta casa, que debe recoger todos los reclamos populares.

Estuvimos de acuerdo con él.

Recogimos de todos palabras similares de aliento y solidaridad. Conocimos el lado humano, sensible, de hombres políticos, a los que con frecuencia habíamos juzgado con dureza por su actuación pública.

Comentamos luego con Carlos qué extrañas fuerzas manejaban la política nacional, que hacían que hombres talentosos, básicamente buenos, sensibles, tan llanamente cordiales en el trato personal, cometieran ciertas acciones políticas,

votaran cosas tan diametralmente opuestas (ley de seguridad, prórroga de suspensión de garantías individuales) a la impresión que nos habían causado.

¿Se desdoblaban ellos en «ser humano» por un lado, y «ser político» por otro? ¿O la «alta política», donde se cocinan «las grandes leyes patrióticas», era una ciencia inaccesible a las personas sencillas como nosotros? De todos modos era algo que no llegábamos a comprender, a desentrañar. Ellos eran representantes nuestros, del pueblo. Pero nosotros, pueblo, no podíamos aprobar su actuación más que parcialmente. Convinimos en que la historia sigue su curso de depuración, y llegaría el día en que el político y el hombre se fusionaran en un solo ser, sensible, bueno, sin dobleces, real representante del pueblo.

Debíamos saludar también a mis colegas de la FUM, que tanto habían hecho por mi libertad. Llamar por teléfono, enseguida de nuestra salida.

Pero me sucedía algo que no podía dominar: cuando me encontraba con una persona amiga, que había conocido a Horacio, mi llanto era incontenible. Esos encuentros con gente querida, en lugar de consolarme, me hacían mucho daño. Luis se encargó de explicárselo.

Una noche en que me sentía más serena, llamé a la FUM y al Movimiento coordinador del magisterio de Montevideo, agradeciendo su solidaridad y prometiendo una visita personal. Todavía no me siento con fuerzas para hacerlo.

En nuestras constantes salidas por la ciudad, siguiendo la intrincada marcha de nuestros expedientes, nos cruzábamos continuamente con los más diversos vehículos de las Fuerzas

Conjuntas: yipes, «chanchitas», «camellos»,[24] «roperos», camionetas, micros, etc.

Todos nuevitos, relucientes, cargados de guardias, con sus insolentes armas largas apuntando hacia fuera.

—¡Qué indignación nos causaba este despliegue de poder prepotente!

La autoridad de las armas era lo único que podían exhibir, no la verdadera autoridad, la que surge del talento, de la responsabilidad, de la justicia bien administrada, de la solución de la crisis general del país. Y cuánto dinero se malgasta en esto.

—¡Mirá que queman nafta todo el día! Cuánta plata tirada a la calle —comentó Carlos.

—Sí. ¿Viste que a pedido de la Comisión de Hacienda del Senado, los ministros informaron que llevan gastadas varias decenas de miles de millones de pesos, desde mediados del 68, en la lucha contra la sedición?

—¡Qué cifra fabulosa! Y todavía piden aumento de impuestos para eso. Pensar lo que se podría haber hecho con esa plata bien invertida, las fábricas que trabajarían... Esa plata bien empleada hace desaparecer la necesidad de comprar armas. ¿Cuándo comprenderán por qué hay tupamaros?

Allá por Agraciada y La Paz, nos cruzamos una tarde con un camión grande del ejército lleno de soldados. En la caja, parados de frente contra la cabina, iban cuatro de ellos apuntando con sus armas hacia adelante.

—¿Qué es esto? —dijimos a la vez.

[24] Carro abierto, de color verde, usado por el ejército para el patrullaje de calles, cuya parte superior se asemeja a una joroba, de ahí la denominación popular.

Uno de ellos, sosteniendo bajo la axila su arma larga, estaba bebiendo, seguramente alcohol (por la forma de botellita chata), que después pasaba a sus compañeros.

Qué inconciencia. Así después «se escapan los tiros», como aquel caso en que hirieron a tres personas en una concentración por la enseñanza, frente al Ministerio de hacienda, allá por mayo. Me acordé de los guardias del Nery. Se lo dije a Carlos:

—Sabés, yo lo vi con mis propios ojos, como esto de ahora. Los guardias de allá eran casi chiquilines, ya te dije. Se ve que estaban aburridos. Y ¿qué se les ocurrió hacer? Pues ponerse a jugar con sus fusiles. Se apuntaban mutuamente, hacían como que se escondían detrás de esos tanques que ponen para cerrar las calles. ¿Te das cuenta vos, qué peligro son las armas en manos de esas criaturas? Claro que ellos no son los culpables, sino los que creen que por ese camino van a parar las cosas.

En casa, solos, nuestra angustia no decrecía. Él estaba siempre presente: las horas en que volvía, las horas en que se levantaba, los sábados, los domingos... Nuestras llegadas de la casa de mamá los domingos, en que él nos abría el portón y después charlábamos de cómo estaba abuela.

¡El gran silencio de la casa, sin él! Nos asustaba trasformarnos en un par de viejos solos, que se van arrugando con sus recuerdos.

A medida que pasaba el tiempo, comprendíamos más que sin él nada tenía sentido.

Nos aconsejaron que hiciéramos un viaje. ¿Para qué? No se puede borrar a la fuerza algo tan profundo. Además, ¿es bueno borrarlo? Necesitamos llorarlo, y lo hacemos. ¿Hasta cuándo? No lo sabemos.

No, no es masoquismo. Es que para asimilar la nueva realidad es necesario triturar, tragar, digerir la desgracia, incorporarla bien a nuestra sangre y a nuestra alma.

Eso no se logra queriendo borrar, sustituir, por medio de actividades que emboten. Eso es evasión, no solución. Por eso hablamos de Horacio siempre, y si necesitamos llorar, lloramos. Oímos las audiciones que él oía. Escuchamos los discos que él escuchaba. Por supuesto, el grabador y los *cassettes* los habían robado los milicos.

El disco de Calcagno *Me gustan los estudiantes,* tiene poesías que él quería mucho. Me acuerdo que una vez copió una para llevársela a la profesora de literatura; él decía que era una vieja cavernaria. Para ella sólo existían los clásicos. Lo más moderno que aceptaba era Rubén Darío.

Precisamente a este, Horacio no lo toleraba, porque lo encontraba «un poeta de salón», al servicio de la aristocracia y la alta burguesía. ¡Cómo le fastidiaba el poema de la marquesa Eulalia! Lo único que se salvaba de este juicio lapidario era la poesía «Lo fatal», que busca el sentido de la vida.

De este disco de Calcagno le gustaba mucho el poema a Líber Arce, de Cristina Peri Rossi. Realmente es muy bueno, muy profundo y combativo:

«La oligarquía, Líber, ya tiene tu cadáver por verdugo...»

Saliste indefenso y blando para la calle,
indefenso y ya sin nada.
No tenías revólver, ni dólares, ni guardaespaldas,
ni tenías como Ruegger este blanduzco defensor de
(la televisión privada,

un canal que filmara tu coraje,
una estación de radio que grabara tu sacrificio,
mientras defendías la autonomía universitaria.

Nos gustaba este fragmento del poema. Comprobábamos que otros también advertían como nosotros, cuánto mal pueden llegar a hacer esos periodistas seudobjetivos, siempre moviéndose entre dos aguas (algunos dirigían encuestas radiales en los últimos tiempos), blanduzcos, nunca abiertamente comprometidos en una posición, ya fuera reaccionaria, ya fuera de avanzada. De este modo captan incautos y, en última instancia, siempre sirven a los poderosos. Venden su bla-bla al que paga más y, si es en dólares, mejor. Subproductos del sistema.

La poesía que Horacio llevó a la clase de literatura era «Noticia sobre el amor», de Alberto Mediza:

Aquí en esta ciudad han estrangulado al amor,
sin darle tiempo a resistir, sin darle tiempo a nada.
Los niños escondieron sus lágrimas en planchas de (hormigón,
y se arrancaron a tirones la memoria.
Sobre los altos edificios, cruzaron los veranos,
con tardes apacibles, con sonrisas,
y nadie se enteró de que el amor ha sido estrangulado.
Cuando el reloj marcó la hora precisa,
estallaron los timbres, las sirenas y el hábito.
Las calles se llenaron de hombres apresurados,
de restos de papeles, de automóviles,
de voces arrugadas que andaban por el aire,
y nadie se enteró de que el amor ha sido estrangulado.

Sobre el hollín y los metales,
junto a los hornos y los tableros electrónicos,
entre los ciegos compresores y los brazos mecánicos,
entre las chimeneas y el cansancio cobrizo de las
(fábricas,
nadie oyó la noticia.
En ese agitar de manos y bocinas,
bajo la fragilidad de los semáforos,
y la noche tiñéndose en colores y en mujeres sombrías,
nadie llegó a saberlo.
Sólo viejos mendigos de barbas estiradas,
y perros con la piel caída entre los huesos,
pudieron enterarse,
de que el amor ha sido estrangulado,
sin darle tiempo a resistir, sin darle tiempo a nada.

Las anécdotas que Carlos me contaba de sus tres meses de reclusión, eran múltiples. Pero en todas, siempre se destacaba el elevado espíritu de los detenidos. Algunos habían sido cruelmente torturados.

Un vecino de celda fue detenido en un enfrentamiento, y recibió dos balazos en una pierna. Después de un breve pasaje por el Hospital militar (unas pocas horas), lo llevaron a la jefatura. Ahí, en el interrogatorio, lo picanearon en las heridas. Carlos lo vio cuando iba al baño. No podía caminar, lo sostenían los guardias. Tenía la ropa hecha jirones. De inmediato, todos los compañeros le mandaron ropa y comida. El ánimo de este hombre, herido y torturado, era admirable, contagiaba optimismo a los demás.

Otro detenido volvía de los interrogatorios, golpeado y empapado. Le hacían la tortura llamada «submarino». Por

supuesto, enseguida recibía ropa y alimentos de los compañeros.

Pero una anécdota es particularmente demostrativa de ese ánimo y solidaridad:

Llegó uno, muy deprimido. Intentan hablar con él, conocerlo, ayudarlo por si le faltaba algo. No contestaba. Insistían. Ningún resultado. Igual se le mandaron alimentos. Al segundo día, le enseñaron el lenguaje de los golpes en la pared. La insistencia de los compañeros empezó a dar los primeros frutos. Todos lo festejaron. Pero la alegría mayor fue cuando, ya vencida su depresión, oyeron su voz, y no para pedir, sino ofreciendo a otros colaboración y dando ánimo.

Se concretaba así la hermosa fraternidad de los presos, que esos gruesos muros, esas gruesas rejas, no pueden ni podrán impedir nunca, porque es la fraternidad forjada en los ideales comunes.

También había notas de humor. En uno de los últimos días, cuando estaba en la celda colectiva, el guardia que les abría la puerta para ir al baño les dijo en un tono de estricta confidencia, como revelando un severo secreto de estado:

—Muchachos, ese que va ahí, ¡es sedicioso! —señalando a un detenido que pasaba con un guardia.

—¿Cuál, cuál? —preguntaron ellos, con irónica intriga.

—Ese, ese —repitió susurrando.

—¡Mirá vos! —dijeron con fingida sorpresa.

Cuando estuvieron solos festejaron la ocurrencia (¿era ingenuo o qué?)

La noche que Carlos salió en libertad, lo acompañó hasta la puerta un guardia prepotente que se daba aire de serio consejero:

—Bueno, ahora pórtese bien. ¡No lo quiero ver más por aquí! ¿Entendido?

Carlos no le hacía caso. A palabras necias... pensaba. Le preguntó:

—¿No sabe si me esperan familiares? ¿Dónde están?

—Esa es la puerta, amigo, está libre. ¡No lo quiero ver más por acá!

—Yo no estuve nunca acá, ¿sabe? Buenas noches —y salió.

Carlos me comentó:

—Sabés la cara que puso ese «personaje», ¡no te imaginás! Quedó carburando. Claro, ellos no están acostumbrados a pensar. ¡Y eso que leen *Selecciones!*

Emocionantes eran las canciones, cantadas en común, a través de todas las celdas. Esto enfurecía a un guardia del sexto piso, particularmente bestia.

No podía oírlos cantar, no soportaba este espíritu de lucha con que demostraban no estar vencidos, ni aun entre rejas. Con gritos destemplados, los insultaba con las obscenidades más repugnantes.

La respuesta: el canto más fuerte, más firme. El canto de los que están seguros del triunfo final.

Los días de fecha patria cantaban el himno, con unción, con brío, con dignidad. Admirable ejemplo de fuerza, de coraje, de idealismo, a pesar de las torturas, los insultos, malos tratos, mala alimentación.

¡Qué equivocados están los verdugos!

Así como están equivocados los que creen que el resultado de esta guerra está definido a favor de los poderosos.

Que vean si no a los jóvenes estudiantes y trabajadores que realizan peajes, a pesar del continuo patrullaje en las calles. Al pasar entre ellos y dar nuestra colaboración, sentimos que Horacio está ahí. Cada uno es Horacio.

Que vean si no las leyendas que aparecen escritas en las paredes, aun ahora, en medio de esta cerrada vigilancia de chanchitas, roperos, camellos:

«La tortura no mata el hambre.» «Las Fuerzas Armadas torturan. Lo pagarán.» «Soldado no mates tus hermanos.» «Adelante tupamaros.» «Las Fuerzas Conjuntas con los ricos, los tupas con el pueblo.» «Con Pacheco los pobres comían basura, con Bordaberry comen mierda.» Y la clásica: «Habrá patria para todos o no habrá patria para nadie.»

Esta literatura de las paredes está escrita por heroicos muchachos que lo arriesgan todo, porque saben que la guerra no ha terminado.

Que no terminará mientras la miseria sea el fantasma que hace a los marginados seres subhumanos. Mientras el fascismo intente copar la enseñanza, por cualquier medio, llegando a asesinar, aun dentro de un liceo, como en este último caso del joven Nelson Santiago Rodríguez Muela, en agosto de 1972. Mientras siga habiendo corrupción y negociados en las altas esferas, y represión, bajos salarios y desocupación para la mayoría. Mientras las condiciones objetivas se vayan agudizando, habrá más radicalizados, más seres que comprendan que hasta ahora, les vendieron «espejitos de colores». ¡Qué equivocados siguen los que mandan!

En la segunda quincena de setiembre ya se habla de prórroga de la suspensión de las garantías individuales por

parte del Poder Ejecutivo. ¿Por qué, si los ministros declaran que han quebrado la espina dorsal del movimiento subversivo?

Ellos mismos lo dicen: Quedan sedimentos y la ideología. Hay que terminar con eso.

Hace ya tantos años que se afirmó: «Bárbaros, las ideas no se matan.»

Hay una poesía de Tejada Gómez, el poeta argentino, incluida en su disco *Canción con todos,* que Horacio la había grabado cuando la oyó en la audición de Nogareda. Después compró el disco. Ahora la oímos siempre. Era la que más le gustaba.

Se llama «Yo peatón». Es una autocrítica del hombre común, que va tomando conciencia de su papel protagónico en la liberación. Va comprendiendo gradualmente cuántas ataduras tiene que romper, diciendo no, un no cada vez más fuerte, para llegar finalmente al sí, al sí grande de la participación en la lucha del pueblo.

Tomo fragmentos, aunque es valiosa palabra por palabra, silencio por silencio:

Yo peatón, me digo,
a mí no me arreglan ya con otra aspirina.

Yo peatón, culpable de ser la muchedumbre,
yo mismísima culpa, no compro más tranvías.
Digo no. No y a muerte. No redondo y en seco.

Un no en la plena jeta del mercader de patria.
No. Hasta que yo no tenga las treinta y tres de mano.

¿Se da cuenta, compadre? ¡Era simple la cosa!
Como dicen los bolches: «La libertad se ejerce.»

Ya tengo hora precisa, digo no, simplemente,
y se les viene abajo toda la estantería.
¡Pruebe compadre!

No, como una casa, grande como una casa,
donde un día podamos alojar nuestros sueños.
Pero si acaso siente por el aire,
un sonido como de pueblo andando,
caudal en su torrente.

Empínese en la honra de la patria que amamos,
y salga a decir sí, sencillamente.

Nuestras largas conversaciones sobre Horacio son nuestro refugio, son nuestra terapia, son nuestra fuerza para seguir viviendo.

Analizando, comprendemos que no es sólo por Horacio que estamos sufriendo.

—Sabés, viejo, esto puede parecer un sacrilegio, pero tengo que decírtelo. No sé si a vos te pasará lo mismo. Siento que no me duele sólo la muerte de Horacio, sino la de los cuatro, como si todos fueran hijos nuestros.

—Seguro, yo también lo siento así. Si eran sus amigos, sus compañeros, serían como él, generosos, idealistas, talentosos. Sin duda, los mejores.

—A veces pienso qué deformado está en esta sociedad el amor de madre al ser tan exclusivista, tan para sus propios hijos solamente. Llega en algunos casos a extremos de

egoísmo realmente alarmantes. Una vez tuve una conversación con la dentista de aquí cerca que muestra eso. Tiene un hijo solo. Charlábamos de lo importantes que son los hermanos. ¿Sabés qué me dijo? «Sí, seguro, ya me lo dijeron, y yo lo había pensado. Porque un hijo solo, uno no sabe, pueden pasar tantas cosas... Si se muere, los padres nos quedamos sin nada. En cambio, si tenemos más, nos quedan los otros.»

¿Vos te das cuenta qué extremos de egoísmo? Y le llaman amor a eso. Quieren los hijos para ellos, no por los hijos mismos.

—Cada padre, cada madre, ve en su hijo a sí mismo, casi diría que lo usa para que sea lo que ellos no pudieron ser. Por eso quieren más a los suyos que a los otros. Es como quererse a sí mismo. Claro que no es culpa de ellos, sino de esta sociedad que estimula la vanidad y el egoísmo, y no los verdaderos valores humanos. Pensar que hay tantos matrimonios sin hijos, y en lugar de adoptar un niño compran un perro —si es de *pedigree* mejor—, y vuelcan en un animal el amor que le niegan a un ser humano.

—Justamente eso hizo una maestra, aquella que entra en todos los paros. Es un matrimonio sin hijos. Este verano se les murió el perro. Por poco mueren ellos también de dolor. ¿Sabés qué hicieron? Pues fueron a comprar otro, un ovejero alemán con árbol genealógico, que les costó veincinco mil pesos. Tenía un mes. ¿Cómo una persona que prefiere un perro a un niño puede ser maestra? Son «funcionarias», nomás.

—Cuánto hay que arreglar en este mundo. Qué razón tenía Horacio.

¿Qué será de nuestra vida sin él? No lo tenemos, pero tenemos todo lo que él quería. Y las cosas que él quería, los ideales que defendía los heredamos nosotros. Es una herencia al revés.

—Viejo, estaba pensando que podríamos escribir un libro con este Horacio que vive, que vivirá siempre en nosotros. Eso nos ayudará a tenerlo siempre presente, como está presente la lucha en la que él participó.

—Sabés que yo pensaba lo mismo. Justamente iba a decírtelo.

¿Por qué será que pensamos siempre lo mismo, al mismo tiempo?

Setiembre de 1972.

Todo lo referido en estas dolidas páginas no tiene ninguna pretensión literaria. Su única pretensión es ser testimonio de un sistema injusto, de una época convulsionada, de un crimen impune aún.

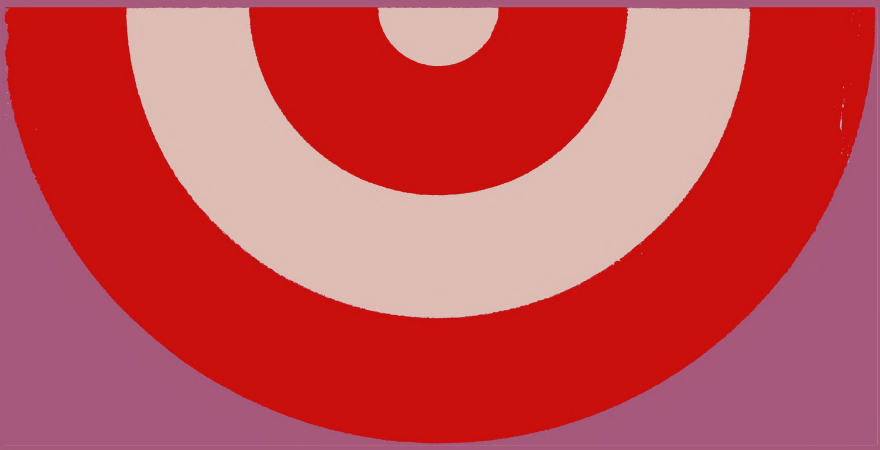
Lo relatado aquí es estrictamente cierto, como puede comprobarse por la prensa de esas fechas y los expedientes radicados en juzgados y oficinas de Montevideo.

A la fecha 28 de setiembre, la Asamblea General prorrogó la suspensión de las garantías individuales, por sesenta días más.

A la fecha 30 de setiembre no hemos obtenido ningún resultado en nuestros trámites.

Situación incambiada.

LOS PADRES.

URUGUAY, VIERNES 14 DE ABRIL DE 1972, de Grieco-Rovira, se terminó de imprimir en junio de 1973 en la Unidad Productora 08 del Instituto Cubano del Libro. Publicado por ediciones Casa de las Américas, república de Cuba, Gobierno revolucionario. Esta edición consta de 9 000 ejemplares.

FILOMENA GRIECO y CARLOS ROVIRA. Uruguayos. Padres del joven combatiente Horacio Rovira, asesinado en Montevideo el 14 de abril de 1972, por las fuerzas represivas del régimen uruguayo.